LA PROTESTA

PORTE PAGO

Núm. 3866. Año XXIV | Buenos Aires, 1º de mayo de 1921 | Precio del ejemplar $ 0.20

1886 – 1º de MAYO – 1921

LOS TRABAJADORES REVOLUCIONARIOS SALUDAN ESTA FECHA MEMORABL E DE SU EPOPEYA EMANCIPADORA

Día de los mártires

Al aparecer hoy LA PROTESTA conmemorando un aniversario de la historia obrera, nos creemos en el ineludible deber de hacer una declaración que, aunque obvia para los compañeros, no es lo mismo para todos sus lectores.

Somos anarquistas y como tales tenemos una clara idea del mundo y de las cosas, como la idea anarquista que es clara y bien definida; todos nuestros actos son ejecutados con la mayor suma de cordura, y nuestros conceptos e interpretaciones son perfectamente acordes con nuestra idea anarquista.

Como anarquistas somos internacionalistas. Por eso celebramos el 1º de Mayo, día internacional de protesta de los oprimidos contra los opresores de todo el mundo; día fijado por las huestes del músculo para detener la máquina de la producción en señal de protesta contra este régimen de opresión y de crimen; día en que se conmemora una afrenta inferida al internacionalismo, por el nacionalismo ensoberbecido al amparo del oro y la fuerza bruta; día aniversario de una tragedia.

¡Quién no recuerda las horcas levantadas por los esbirros yanquis en la Cartago americana! — que arrancó un rugido de indignación a la justicia humana de todo el orbe; día en que los ejércitos del trabajo hacen retumbar las calzadas de los grandes urbes, ansiosos de librar la batalla definitiva con los mercenarios del capital.

Por eso este día no se celebra con dianas, ni ninguna persona digna se entrega al regocijo. Sin enlutar los pabellones ni tañer lento las campanas de la rutina, los anarquistas, que hemos hecho un culto de la rebelión, nos lanzamos a la calle, airado el gesto y vibrante el nervio a la recordación de la fecha en que se quiso silenciar nuestra voz con las cuerdas asesinas de las horcas. Y desde la tribuna callejera o periodística, hendiendo el aire como dardos iconoclastas, nuestros iracundos anatemas contra la injusticia y el oprobio.

No puede el día de hoy festejarse con dianas; no es día de holgorio sino de protesta; porque los esclavos no pueden regocijarse mientras los amos no suelten el látigo; porque el trabajo es un castigo reglamentado, una condena a muerte lenta decretada por las castas parasitarias; y más, porque cada palmo de tierra registra la historia de un crimen que el oro ha encubierto — el criminal, el capitalista; la víctima, el trabajador; — y la humanidad que sufre no puede pactar con el privilegio que la befa; el condenado no puede abrazarse con el verdugo. Festejar con regocijos el 1º de Mayo, equivale a rendir homenaje al crimen, inclinarse reverente ante los asesinos de la humanidad, justificar la existencia de los verdugos, dar la razón al patíbulo; es como bendecir los derramamientos de sangre inocente, empujar la humanidad hacia el idiotismo.

Y eso no podrán hacerlo los que tengan amor a la superación de la especie; los que hayan hecho su composición de lugar en el concierto de la vida universal para luchar por la emancipación y liberación de los parias; los que sientan bullir en sus venas la sangre que viene pujando a través de las generaciones para manifestarse en los actos solemnes la hombría e integridad inherentes al género humano; los que no hayan perdido su dignidad y magullado su carácter al pasar bajo las horcas caudinas de esta sociedad corrompida y corruptora; en una palabra, los hombres, no han de regocijarse sobre la sangre de sus congéneres.

Pero tenemos un amplio concepto de la libertad espiritual, y por eso no incitamos a nadie a que nos acompañe a sentir con nuestro ánimo ni a pensar con nuestras ideas, en el infausto día que conmemoramos.

Para los anarquistas el 1º de Mayo es el día de los mártires y de protesta internacional. Es por nuestros mártires que, sin reir ni llorar, protestamos rotundamente.

ANIVERSARIO DE UNA TRAGEDIA

La más grande tragedia de la historia; el más grande atentado contra la humanidad, puesto que se atentó contra lo más sublime de ella que son las ideas de progreso y de redención y se ejecutó lo mas sagrado de la especie, que son las cabezas humanas que servían de vehículo a las ideas.

Pero las lenguas trágicas, pendientes de las horcas, llevaron el último eco de las ideas sublimes, como una vibración de la angustia y la esperanza, a todos los ámbitos del mundo.

Por eso es más grande la tragedia: porqué es mas intensa la repercusión del alevoso atentado contra lo inmortal: la idea.

Primero de Mayo, fecha trágica, pero magna. Sangre, y sobre la sangre, luz.



1.º de Mayo

No es idolatría, ni adoración. Ni tampoco el prejuicio histórico, la monomanía cristiana de las fechas.

Nosotros, hombres de hoy, que vamos tras un mañana venturoso, no estamos atados al pasado, no nos hemos cristalizado, no hacemos vida contemplativa, no pasamos nuestras horas rememorando lo que otros hicieron.

Recordamos, si, a las víctimas de la burguesía y lo mismo a las que hizo en Chicago con el ignominioso proceso, que a las que en todos los tiempos hacen en las horcas y los presidios, los fosos de los castillos y las vías públicas, en los campos y las fábricas, las minas y las construcciones, los hospitales y las míseras viviendas.

Recordamos, y recordamos en todos los momentos, porque la nefanda obra de miseria y muerte, es de todos los instantes, contemporánea nuestra y de todos nuestros antepasados.

Pero recordamos para continuar la obra.

Recordamos para seguir difundiendo nuestra verdad, la gran verdad, la única verdad incontrovertible.

La verdad de que somos explotados y vivimos oprimidos, siendo los creadores de todo y los que más derecho a la libertad tenemos, puesto que el bienestar es nuestra obra y el bienestar es la base de la libertad.

Hoy difundimos, para poder llegar a la acción, esa acción que es la conciencia inmediata del convencimiento de que, pues todo es obra nuestra, a todo tenemos derecho.

Y sin convertir el 1º de Mayo en fecha simbólica, aprovechámosle, ya que se ha hecho día de huelga, para divulgar nuestras ideas, para hacer conocer nuestra verdad, la verdad de los oprimidos y explotados.

Como todos los días, como en las ocasiones en que en un festival patriótico, religioso o político, las gentes se congregan en grandes cantidades, así hoy 1º de Mayo utilizamos las grandes manifestaciones obreras, para entonar con voz fuerte y a todos los vientos el canto de la Anarquía.

Y sea ella, que es libertad y bienestar, el objeto de nuestros anhelos, así como es su simple nombre el terror de los tiranos y los explotadores.

Proletarios: ¡VIVA LA ANARQUIA!

1º de Mayo 1909. — *La Protesta.*

EL ULTIMO ESFUERZO

El martirologio del proletariado, apura su voluntad de vencer y la dirige como una daga, contra el corazón de un régimen de oprobio y de brutalidad, que mantuvo muchos siglos en la opresión y en la injusticia las nobles fuerzas del trabajo productivo.

La evolución constante, infinita e indefinida de los seres y las cosas, es la única ley estable; fuera de esa ley fija, inmutable, la ley de la evolución, todo cuanto existe lleva en su naturaleza el germen de su descomposición, de su evolución hacia otras formas y otras expresiones. Un régimen social, cuya historia hemos definido y cuyas transformaciones hemos concretado, cuyos pasos históricos hemos cuidadosamente descubierto y explicado, no podía permanecer, como un fetiche sagrado, ajeno a la demolición y a la crítica iconoclasta, que no sólo hirió los ídolos tangibles, sino que hizo víctimas de su audacia a los más altos principios y a las más elevadas encarnaciones de la ignorancia humana.

El capitalismo fué desenmascarado, sus misterios puestos a la luz del día, sus crímenes entregados a la abominación del mundo, sus derechos a la explotación y a la propiedad privada examinados con el escalpelo de la justicia social y negados en nombre del bienestar común, del progreso y de la libertad.

Si este sistema económico no cayera desmoronado, a causa de las propias contradicciones en que se desenvuelve, combatido por la oposición que a su desarrollo opone la vida real, caería indefectiblemente a los golpes de muerte que le dirige a cada instante la voluntad de triunfar que hace poderoso al proletariado consciente, empeñado en la conquista de su liberación económica y de su emancipación espiritual.

Sea este 1º de Mayo para nosotros como un aliciente, como un impulso definitivo que nos haga recorrer sin fatiga, y como aligerados en la carga de dolores y de quebrantos, la última jornada del camino de la sumisión.

Sería mortal un descanso a estas alturas, cuando lo peor ya se ha pasado y la meta se divisa y se presiente cercana; implicaría tal descanso, un apaciguamiento, un sueño que aprovecharía la burguesía para fortalecer sus cadenas opresoras. Nada de paz, nada de tranquilidad, nada de cerrar los ojos al sueño tentador; falta el último esfuerzo; el capitalismo se resiente, cruje en su armazón de egoísmos y de crímenes, agoniza en la impotencia. ¡No seamos cómplices, o la hora del éxito indudable, en el momento que nuestro martirologio va a ser coronado con los laureles de la victoria, no seamos cómplices, repetimos, de una resurrección capitalista! Es cierto que sufrimos el cansancio y el quebrantamiento de los años de guerra, es cierto que el espectáculo inseguro de la revolución rusa acabó con las reservas de entusiasmo y de combate; estamos agotados por la fatiga; este síntoma es general en el mundo del trabajo; la laxitud, el adormecimiento se insinúa como un contagio pasajero, apenas perceptible en el proletariado revolucionario. Puede, hasta negarse la existencia de este fenómeno, y sin embargo, él es real. Las fuerzas humanas tienen un término y los años que llevamos de vida en este siglo han sido los más turbulentos, los más agitados que registra la historia. La fatiga se justifica; el cansancio de las filas revolucionarias tiene su natural explicación, pero ni puede ni debe consentirse un descanso, ya que una concesión al sueño, un armisticio, equivale a un remachamiento burgués de cadenas rotas, a una regeneración de ideas muertas.

Un paso más, un sacrificio más, el último heroísmo se exige de la clase trabajadora para abatir el poder de la burguesía; luego, aunque no la paz y el sosiego, al menos tendrá su libertad económica asegurada y será dueña de sus propios destinos.

SINTESIS del AÑO OBRERO en la REPÚBLICA ARGENTINA

Nuestra cronología.—

El proletariado tiene su cronología, como tiene sus métodos de organización, su filosofía moral y sus concepciones económicas, todo lo cual va poco a poco imponiéndose a la consideración universal, a los sofismas de la ciencia oficializada y a los convencionalismos sociales. El proletariado triunfa, el proletariado marca rumbos a la civilización, rectifica e innova lo que se creyó secularmente sagrado e inmutable y adquiere, día a día, como clase, una preponderancia sensible sobre la burguesía opresora.

Frente a la cronología que glorifica el crimen de la guerra, el heroísmo patriótico y la mentira que defiende el orden establecido, los trabajadores conservan en su conciencia una sucesión de hechos significativos de su lucha por la libertad, como jalones de su pasado y visión interior de su porvenir. El primero de mayo, es, por la trascendencia que las horcas de Chicago alcanzaron en el movimiento obrero internacional, el primero de año de los trabajadores.

El proletariado cuenta los años de 1.o a 1.o de Mayo, y los conmemora como conmemoramos los aniversarios de la Comuna de París, del fusilamiento de Ferrer y de las innumerables semanas rojas en que dejó bravamente girones de su vida y conquistó su idea de emancipación total, conquista superior a cualquiera otra de las que se vanagloria el capitalismo.

Balance del año.—

El año que comienza debe hacernos recapacitar sobre las contingencias, progresos y errores del año que finaliza, para que ese examen de conciencia nos salve de incurrir nuevamente en las faltas que hayamos cometido y para que nos estimule en las direcciones que la práctica haya reputado beneficiosas. Mirar al pasado equivale a iluminar el porvenir, siempre que la espectación de lo acontecido no origine un sentimiento platónico de ciega admiración, capaz de paralizar todo instinto combativo. Pero el momento que vivimos, entraña un dinamismo irreconciliable con la paz y la tranquilidad de los espíritus y eso hace que podamos, sin peligro, volver los ojos a nuestra historia para fortalecernos y estimularnos en el ejemplo de los heroísmos pretéritos, y ponernos en guardia sobre los propios defectos y las propias equivocaciones. No se trata solo de mirar a las estrellas, de caminar contemplando al sol cara a cara; es preciso calcular la solidez de la tierra que pisamos y la magnitud de la ruta recorrida, para así estimar el medio de recorrer más pronto y con menos contratiempos lo que falta de la gran jornada.

La reacción justificadora de nuestra potencia.—

Después de los dolorosos recuerdos que la despiadada reacción del Centenario dejó en nuestra memoria, hubo un período de tranquilidad relativa que finalizó en la semana de enero de 1919. De entonces a acá no tuvimos un instante de sosiego y hemos vivido en perpetua alarma, con la perspectiva de la mazmorra, del martirio o del destierro ante los ojos.

Nuestros diarios fueron repetidas veces suprimidos. LA PROTESTA arrastra una existencia poco menos que clandestina, pero su tiraje no disminuye ni la olvidan los trabajadores, quienes la consideran como algo suyo y la quieren como se quiere a un compañero que permaneció fiel a la causa de la revolución social durante un cuarto de siglo, y que permanecerá lo mismo hasta el día dichoso del juicio final de la burguesía. Mas si LA PROTESTA resucita de sus propias cenizas, como el ave fénix de la leyenda, no sucede lo mismo con otros periódicos, menos vinculados que este a las luchas revolucionarias de la región: la policía los aplasta apenas levantan la cabeza y comienzan a ser conocidos por el público simpatizante. En cuanto a la persecución de camaradas significados por su actuación en los gremios o en los grupos anarquistas, el año que hemos pasado marca una rigurosidad y un ensañamiento inauditos. Si fuéramos a relatar ésta tragedia, serían pocas las páginas de nuestro extraordinario para nombrar solamente las víctimas del miedo de la burguesía, que se traduce en los planes siniestros de reacción con los que, ingenuamente, quiere poner un dique al florecimiento de las ideas revolucionarias.

Las prisiones están repletas de condenados por las leyes de excepción; no obstante, el movimiento de avance no cesa; las organizaciones obreras que se pronuncian en nuestro favor son este año doblemente numerosas que antes de comenzar la "razzia" de 1919. Y es que una relación estrechísima se expresa entre el crecimiento de la potencia revolucionaria y la excitación de las clases amenazadas en sus privilegios de explotación y de dominación.

Nuestra importancia en la balanza social, la revela, mejor que ninguna cifra, la defensa organizada y esgrimida por el capitalismo regional. Somos fuertes y nos temen, y el reinado del terror blanco, nos fortifica en lugar de amedrentarnos y restarnos compañeros de lucha.

El Congreso de la F. O. R. A. Comunista.—

A mediados del año obrero, en plena era de asechanzas policiales y de trabas a la sindicación, la F. O. R. A. Comunista, creación de los anarquistas, frente al sindicalismo indefinido y legalitario, representado en la F. O. R. A., llamada del X Congreso, celebró su primer Congreso extraordinario con un éxito que sobrepasó a todas las predicciones y esperanzas más optimistas. En él se puso de manifiesto la gran fuerza adherida a esa entidad y las simpatías que contaba en el proletariado de la Argentina. A los pocos meses de este acontecimiento, la institución rival que agrupaba otro núcleo de fuerzas obreras, hubo de reconocer su impotencia y el desastre a que era llevada por sus métodos y principios extemporáneos y antiobreros, y en su Congreso de La Plata, propuso la fusión de los trabajadores de la república, como único medio de salvarse de la ruina moral a que la condenaron sus dirigentes.

Hay que tener en cuenta que esta institución es protegida en su desenvolvimiento por el gobierno y aquélla, ferozmente perseguida.

Lecciones de la derrota

Tres huelgas de importancia se produjeron en el curso del año obrero que acaba de fenecer: la de los FF. CC. del Estado, y las simultáneas del territorio de Santa Cruz y de los dominios de La Forestal, en el norte de Santa Fe, a más de la huelga marítima, orientada por la F. O. R. A. del X Congreso y que no nos interesa juzgar. Respecto de las otras, en las que actuaron compañeros o intervino la F. O. R. A. Comunista, creemos conveniente afirmar, como lecciones para el futuro, que la táctica huelguista debe ser esgrimida ya con mucho tacto, por ser un arma mellada en manos de la clase trabajadora y no dar los resultados, en la mayoría de los casos, que fuera justo esperar en relación a los sacrificios que a menudo comporta. Hemos llegado a un momento histórico sin precedentes, y la huelga que no entrañe consecuencias revolucionarias, debe ser declarada excepcionalmente.

Esta lección surge de la descomposición que se operó en el Sindicato de Trabajadores del F. C. C. N. como consecuencia de las continuas y prolongadas huelgas.

Más lógicos fueron los movimientos de Santa Cruz y de La Forestal: ante la opresión y el peligro, los trabajadores se lanzaron al campo en una parte y se internaron en los montes, en otra, poniendo en jaque a las fuerzas regulares del Estado, con quienes en Santa Cruz trataron de potencia a potencia y en el Chaco santafecino tuvieron sangrientos encuentros. Pero en estos lugares faltó organización combativa, y no obstante sobrar audacia y número para poner en peligro la estabilidad republicana y capitalista, hubieron de beber hasta los jueces, la copa amarga de la derrota.

He aquí otra lección: A fuerzas organizadas, solo se pueden oponer fuerzas organizadas; a la militarización burguesa, la militarización proletaria; a los cañones y ametralladoras, algo equivalente. De lo contrario, las tentativas subversivas fracasarán siempre, no sin dejar un buen recuerdo de dolor y de sangre.

Los trabajadores de la Argentina, deben ir pensando en que no son los discursos ni los artículos periodísticos los que han de emanciparles materialmente, sino la fuerza, la violencia roja organizada convenientemente para ese fin, la que conseguirá el abatimiento de los últimos baluartes en que la burguesía se defiende rabiosamente.

La U. C. A. A.—

Una afirmación que corresponde a las necesidades actuales, es la Unión Anárquica Argentina, iniciativa feliz que corresponde al año obrero que sintetizamos y que se propone organizar las fuerzas anarquistas de la región, a fin de que puedan influir en el desarrollo de la revolución, lo que no podrían hacer obrando sin orden ni concierto, por el simple capricho individual.

La inmensa mayoría de los compañeros apoya esta entidad similar de la italiana. En un Congreso próximo se trazarán las líneas generales de su acción en la lucha revolucionaria. La organización del anarquismo en la Argentina es un paso considerable hacia la revolución social, dado el número de militantes y sus cualidades de actividad y de arrojo.

Consideraciones generales.—

Continuamos este año la obra de los años anteriores, la obra a que hemos dedicado nuestra vida, nuestros mejores entusiasmos. Somos hoy más fuertes que ayer y mañana seremos más fuertes que hoy, pese a todas las trabas, obstáculos y contratiempos.

Ahora bien, si es cierto que ya ninguna entidad política ni revolucionaria puede compararse en potencia con los anarquistas, también es cierto que no estamos más cerca hoy de la revolución que ayer, porque las fuerzas no están dispuestas en orden de batalla, como para accionar solidaria y mancomunadamente contra nuestros enemigos, lo que aseguraría el triunfo al proletariado.

Dediquemos el año que entra a la organización para la lucha, al plan para la jornada magna del último día del capitalismo, aunque para ello sea preciso descuidar algo la integración numérica de nuestras entidades combativas.

Ya es hora de que suene sobre la faz de la tierra el toque a muerto del régimen de la explotación y la opresión del hombre por el hombre. Y hemos de ser nosotros quienes toquen, alegres, las fúnebres campanas.

EL PERFECTO CIUDADANO

I

El ciudadano es un hombre sin complicaciones mentales. Como sabe que otros piensan por él, no se siente inclinado al estudio de la realidad. Por eso, el perfecto ciudadano es siempre un hombre sano, fuerte y trabajador; libre de las nerviosidades del pensamiento que desgastan pronto el organismo, de las inquietudes angustiosas de los problemas obscuros, cuenta con un caudal enorme de fuerzas brutas. Por eso también el ciudadano le tiene horror a los tinterillos, a los empleadillos que parecen muñecas mimadas; el peor tormento para él sería manejar una pluma. Fundados en apariencias, también se podría creer que los empleadillos son ciudadanos; pero, no es así. El empleadillo es un hipócrita de la ciudadanía; conoce demasiado las leyes, y por ésto no siente por ellas ninguna veneración. Sabe que las leyes son para los tontos; él conoce las trampas y las emplea con resultados maravillosos. El ciudadano, en cambio, es sincero; no tolera las hipocresías. Al ciudadano del pueblo siempre lo oiremos hablar mal de los empleados; pero, se contenta con hablar. Las resoluciones heroicas, le asustan; los puntapiés, le horrorizan. Aplaude, se regocija, cuando se descubre un robo cometido por empleados públicos; pero como es hombre de orden no piensa siquiera en medidas contundentes. Llama a los jueces, sin pensar que éstos, conocedores de las leyes, son malos ciudadanos; los jueces juegan con trampas. No obstante, el ciudadano perfecto reclama siempre la justicia legal; no quiere perturbar el orden. Su conciencia es muy tranquila y se refleja sobre el mundo. ¡Nada de complicaciones en la realidad! La acción del código es clara; para tal delito existe tal artículo. ¿Quién puede saber, en cambio, el resultado de un puntapié? Los puntapiés que dan los rebeldes, los malos ciudadanos, complican los asuntos; intervienen los gendarmes, el ejército, todo se desquicia. Luego, el porvenir se presenta obsuro; lo actual puede derrumbarse y no hay nada más horrible para el ciudadano que lo desconocido. No, no; el código es muy claro, todo lo tiene pensado, determinado de antemano. La sencillez es la principal virtud del ciudadano; y no hay nada más sencillo para un delito que la sentencia de un juez.

El privilegio de la rebeldía, generalmente, pertenece a los tuberculosos. Rafael Barretta carecía de fuerza musculares; pero con su coraje mental hacía volar a puntapiés este mundo de miserias. Las fuerzas del ciudadano son para mover las pesadas máquinas del trabajo mecánico. En un taller, es el primero que se presenta para todos los trabajos pesados; pero es el último para protestar contra la explotación del amo. El sopapo a un capataz cascarrabias lo dá siempre un tipo nervioso, enfermo, uno de esos hombres que, al verlo, decimos: poquita cosa...

El ciudadano, como hombre de orden que es, naturalmente forma parte en las filas del socialismo. Porque el partido socialista es el único partido de orden que existe actualmente. Los partidos patrióticos, conservadores, burgueses, son rebelces y desordenados. En todo el mundo hacen revoluciones; saben que para conquistar lo que quieren es necesario dar palos y levantarse a mano armada contra lo estatuído. Los burgueses son muy sabios porque son, precisamente, los peores ciudadanos de una nación; hacen las leyes pero no creen en ellas. Por eso, cuando se sienten oprimidos empuñan el fusil. En Rusia, en Alemania, en Hungría, en Baviera, en todas partes, los partidos rebeldes, los que dan puntapiés son los partidos burgueses. El perfecto ciudadano es, pues, socialista porque no existe otro partido de orden. Los patrioteros arman bochinches, desordenan, meten balas a todo el mundo para persistir en su posisión; el ciudadano se contenta con la acción de las leyes y espera confiado que las leyes rediman al género humano. Para él, los que hacen revoluciones son degenerados. La violencia es un signo de degeneración. Claro está que los que no son perfectos ciudadanos piesan de otro modo al utilizar las fuerzas humanas para el fin que se proponen. El generalísimo Foch quería vencer a los alemanes; por esto, sin duda no se cuadraba ante sus soldados para preguntarles: ¡he! ¿sois degenerados? ¿Qué le importaba a él la degeneración de los brutos que lanzaba contra los enemigos? Es necesario vencer; los soldados representan fuerzas, y allá van, al campo del combate. Vence el generalísimo, obtiene los galones del triunfo, salva lo que él cree la gran causa nacional y se ríe de los ciudadanos y psiquiatras que murmuran: la violencia es degeneración. Se vence porque se da un palo formidable al enemigo; lo demás, es tontería ciudadana.

II

Si el ciudadano perfecto es un hombre sin complicaciones mentales, carece, también, de vericuetos espirituales. Siente la vida con un sosiego sorprendente. Es el único ejemplar humano a quien no se le ocurre comparar una estrella con un diamante. Las comparaciones poéticas, indican, en quien las hace, inquietudes de alma. Si lo que vemos nos sugiere otras imágenes que las reales, es porque el alma fantasea. Fantasear significa descontento de lo real, inquietud sublime del espíritu que aspira a vivir en ambientes desconocidos e imposibles. El ciudadano ama a la mujer, pero a modo del doctor Justo: este ha dicho, como perfecto ciudadano, que mira a la mujer en el sentido de que pueda dar al mundo hijos fuertes y sanos para engrandecimiento de la raza. La mujer, para el ciudadano, vale si es gorda y bruta. Dar hijos débiles o enfermos es peligroso; un enfermo, a todas luces, será rebelde, desordenado, un Barret, un Jesús, un Pietro Gori. No; hay que dar ciudadanos, esto es, hombres sanos y fuertes, ordenados, ejemplares vigorisos, hermosos animales que sirvan para dar vueltas en la noria de la vida; mucha fuerza para soportar el yugo, cuanta más fuerza mejor. ¡No sea que la debilidad, sintiendo muy duro el peso del yugo, lo arroje, lo patee, se rebele, muerda y dé un puñetazo al dueño de la noria!

El ciudadano mira de cuando en cuando al cielo, pero con fines muy utilitarios. La luna sirve porque alumbra la noche y pueden verse los salteadores del camino. También porque puede ahorrarle algunos centavos de querosene.

Es un buen padre de familia. El domingo, lleva a los niños a pasear a la plaza cercana. De cuando en cuando va al Zoo, siempre con los niños; generalmente, lo hace en días festivos, el primero de año o Navidad.

De noche, al regresar del trabajo, se sienta en la puerta de casa, en una sillita. Comenta con otros vecinos: ¡"qué cara está la vida!" "¡Si cae agua es que va a llover!" Cena, fuma un cigarrillo y luego... Va a dormir. Al minuto, ronca prodigiosamente.

Sin embargo, existe un día en el año en que el perfecto ciudadano se siente capaz de hacer algo importante, algo que no vieron jamás los siglos, una calaverada imperdonable. Ese día se viste su mejor traje. Sale sin un alfiler para no comprometerse. Se junta con otros miles de ciudadanos; marcha por las calles cantando ordenadamente, a compás, siguiendo el giro de la música de cornetines, platillos y bombos. Marcha en fila, en orden perfecto. Luego escucha varios discursos políticos, discursos de los pastores del rebaño; luego... ya de noche regresa a casita pensando por el camino: "¡Qué calaverada hice!" "¡Qué me dirá la mujer!" "Pero, ¡qué caramba! diga lo que diga es necesario de mostrar que soy hombre... que soy hombre!"

Ese día de la gran calaverada del ciudadano es... el 1º de Mayo.

F. Ricard.

Partidos políticos y organizaciones obreras

La dirección revolucionaria.

Aquellos vagos idealistas que negaban igualmente la necesidad de toda organización firme de las fuerzas revolucionarias, como su dirección en los momentos de la lucha, ya no ejercen ningún influjo sensible en las masas trabajadoras, felizmente. Hoy estamos por la organización y aceptamos el postulado de la dirección revolucionaria, puesto que la espontaneidad popular y la libre iniciativa serán buenas para la destrucción brutal de una Bastilla, pero desastrosas, inútiles, ineficaces cuando se trata de construir un mundo nuevo y de hacer frente a los golpes mortales que medita en su derrota, inteligentemente, la clase desposeída por la revolución proletaria, de sus infames privilegios.

Las experiencias subversivas a que hemos asistido y en que hemos actuado nos dieron esa buena lección de táctica.

Un motín, es un estallido espontáneo de las iras del pueblo; una revolución es algo más: en ella, la inteligencia juega un vasto papel, y toda previsión es poca. El fin del motín es una protesta sin consecuencias sociales ni políticas, una reacción irreflexiva, un gesto de valentí que se aplaca con la misma facilidad que se exterioriza; esto, claro está, no tiene necesidad de organizaciones de prestigio y de fuerza, ni de dirección. Pero una cosa es el estallido de un motín y otra el advenimiento de una revolución social, cuya misión no se cumple, sino en muchos años de esfuerzos perseverantes y racionales. Aquí, no es posible prescindir de elementos directrices que no pierdan la cabeza en los momentos de exacerbación y de locura colectivas, ni el entusiasmo cuando las masas se rinden al cansancio y a las dificultades de la obra emprendida. En nombre de la anarquía, en nombre de la verdad y la realidad, la dirección revolucionaria no puede negarse. Oponerse a ella es favorecer la contrarrevolución o el triunfo del reformismo y el oportunismo.

Lo que Domela Nieuwenhuis dijo a Malatesta en el Congreso de Amsterdam, en 1907, respecto a la opinión del viejo camarada italiano que favorecía la organización de grandes fuerzas proletarias contra las fuerzas de la burguesía, podría repetirnoslo tal o cual trasnochado revolucionario, al afirmar nosotros la necesidad de dirigir la revolución en el sentido de asegurar sus posibles conquistas y reivindicaciones.

Domela Nieuwenhuis dijo a Malatesta: "Si tal es tu pensamiento, querido amigo, puedes ir tranquilamente con los socialistas. Ellos no dicen otra cosa". Pues bien; en esto, la generalidad de los anarquistas dió la razón a Malatesta, contra el puritanismo de Nieuwenhuis, Y pocos son ya los rezagados que no admiten que una revolución no se verifica sin una dirección inteligente y capacitada para resolver los difíciles problemas de la transformación de un régimen milenario.

El partido político

Para la dirección revolucionaria, una fracción que apoya la lucha contra el capitalismo y la emancipación de la clase trabajadora nos ofrece los organismos formados por los adherentes de la idea de arrebatar de manos de la burguesía el poder político y detentarlo en nombre del proletariado y a beneficio de este. Es decir: se nos ofrece, por un lado, el partido político revolucionario, en toda su variedad, desde el incoloro que vacila entre la clase dominante y la dominada, como el social demócrata y el mencheviki, hasta el extremista que acepta sin discusión y con fe y sinceridad los postulados de la tercera internacional de Moscú. Por otra parte, en los pueblos de historia revolucionaria, la clase obrera mantiene sus organizaciones de oficio y de industria, y se niega a soportar la supersposición de una entidad que se abrogue, aun con la mejor buena fe, una superioridad directriz que cohiba las resoluciones de los gremios organizados.

¿De qué parte conviene a los intereses de la revolución inclinarse?

Los partidos políticos del proletariado están desprestigiados en casi todo el mundo, entre los elementos francamente revolucionarios, que no aceptan la posibilidad de una transación, ni aun pasajera, con la burguesía.

En el mejor de los casos, en el de un partido como el bolcheviki hay derecho a elegir sin vacilación el predominio absoluto y directo de la clase trabajadora consciente, mediante el órgano sindical y rechazar la actuación del grupo político *soi-disant* proletario.

Los intereses de los trabajadores nadie los comprende y los siente mejor que los trabajadores mismos; además, la tutela de un partido director priva al sindicato o federación de sindicatos del ejercicio de su función, que es la más directa expresión de la voluntad de los productores. Esto sin contar que el mecanismo partidista lleva a la oligarquía, como lo demostró hasta la saciedad Roberto Michels, según cuyas teorías, la democracia es un sofisma que no ha tenido ni tendrá jamás realización. Los bolchevistas son antidemocráticos también, pero no reconocen el derecho que tienen las organizaciones obreras revolucionarias a negar la intromisión en sus asuntos internos y en los de la revolución, a los partidos comunistas, como a fuerzas que, si apoyan y nacen del proletariado, no conviene su acción a éste, por cuanto los trabajadores que quieren emanciparse como clase, hallan el instrumento más acabado de sus aspiraciones en el sindicato de oficio o de industria.

Si la revolución ha de dar el máximum de rendimiento libertario, si queremos que el proletariado entre en la ruta de su perfeccionamiento, en su independencia como clase, no admitamos tutelaje alguno para los gremios organizados, que tienen experiencia y están ca-

pacitados por sus luchas preliminares contra el capital y el Estado para encaminarse convenientemente. ¡Todo el poder y toda la dirección revolucionaria a los sindicatos! Ese es nuestro lema. Los militantes de los partidos comunistas que se consideren con cualidades y conocimientos útiles a la revolución, tendrán, de fijo, un oficio; que ingresen en el sindicato respectivo y sus méritos serán reconocidos. De este modo, sin salir de las organizaciones obreras, podrán poner a disposición de la transformación social sus buenos propósitos, sus iniciativas y su valor.

Tener fe en la eficacia de los Partidos Comunistas, equivale a negar al proletariado su preparación y su aptitud para dar forma y vida a la nueva civilización del trabajo.

Ivan Kollar.

Los extranjeros "undesirables"

EL PATRIOTISMO DE LOS CAPITALISTAS

Cuando en algún taller de este bendito país estalla una huelga, en seguida el amo hace declaraciones trágicas acerca del peligro que existe para la patria en movimientos de esa índole. El amo, por lo común, resulta ser un extranjero enriquecido a costa del sudor de miles de trabajadores nativos. Pero, los patrioteros argentinos haciéndose eco de las declaraciones patrióticas del amo cazurro, se ponen inmediatamente en contra de los trabajadores. Cuando el ansia de explotación, en cambio, hace algunas víctimas entre los ricos nativos entonces toda la prensa burguesa se pone a defender los intereses de esos ricos y habla, muy veladamente para no parecer descortés y porque entre burgueses es costumbre la conducta de las buenas maneras, en contra de los monopolios que explotan empresas exclusivamente extranjeras. De un tiempo a esta parte, la prensa reconocidamente conservadora, viene dando con lujo de detalles, datos muy importantes acerca de las operaciones que se realizan en el mercado de hacienda de este país. Los ricos hacendados se sienten víctimas de la voracidad de los dueños de los frigoríficos que son, casi todos, extranjeros. El precio de la carne para el consumo de la población aumenta siempre, y. sin embargo, en el mercado de hacienda. el ganado vivo se cotiza cada vez a más bajo precio. La razón de este fenómeno ha sido explicada por una empresa frigorífica; pero, la prensa burguesa ha desmenuzado la explicación haciendo resaltar su falsedad y dejando al descubierto la explotación excesiva de todas las empresas frigoríficas que están obteniendo ganancias fabulosas. Como casi todos los ricos hacendados forman la clase dirigente en este país, protestan porque se les esquilma de tal manera escandalosa; y si las cosas se ponen un poco más graves, veremos a los diarios conservadores pedir la expulsión de los extranjeros undesirables que explotan demasiado a los dueños de hacienda. En cambio, si los obreros de los frigoríficos reclaman un poco más de jornal, para esa prensa conservadora los undesirables serían los obreros. Una causa justa jamás defienden los burgueses; siempre miran exclusivamente por sus intereses.

En resumidas cuentas, el escándalo de la carne, la explotación que ejercen los frigoríficos, recae únicamente sobre el pueblo trabajador. Ya se arreglarán los dueños de hacienda para restablecer el equilibrio de sus acostumbradas ganancias reduciendo los jornales de la peonada de las estancias y especulando hasta con la comida de esa peonada; porque es costumbre ya vieja hacer pagar al pueblo todas las consecuencias de la explotación y de la competencia de los capitales. La experiencia nos dice que el pueblo está cada vez más hundido en la miseria y que los ricos aumentan sus riquezas continuamente sin sentir, por mucho tiempo, las condiciones desfavorables de los mercados. Un capitalista no se siente inclinado a disputar largo tiempo con otro capitalista; más bien la emprende con sus obreros regateándoles el jornal. Además, quien posee capital tiene medios para equilibrar todas sus ganancias; si la hacienda da poco, el hacendado con su capital explota otro ramo cualquiera o compra títulos de renta que paga el pueblo. Este, en cambio, como no posee nada más que sus brazos, no está nunca en condiciones de restablecer el equilibrio de sus ganancias. Hoy mismo se observa en todo el mundo un movimiento que tiende a la baja de los salarios en la mayoría de las industrias; los burgueses alegan que las condiciones del mercado son desfavorables. Y, claramente, siendo las condiciones desfavorables solamente el trabajador tiene que aguantarlas, porque el rico burgués quiere seguir obteniendo los mismos beneficios siempre, con el favor o sin el favor de los mercados. Se cumple lo que reza el Evangelio: a los que tienen les será dado, a los que no tienen les será quitado...

Pero, esto tiene que acabar. Los undesirables dueños de los frigoríficos pueden seguir entonando himnos a la patria que explotan; los ricos hacendados pueden comenzar ya la baja de los jornales por aquello de: condiciones desfavorables del mercado... Los trabajadores ¡ah! los trabajadores también pueden hacer algo, imitar a los burgueses en la defensa de sus intereses: oponerse a toda explotación, prepararse revolucionariamente para terminar con la miseria, la especulación, la ruina económica. Hay que salvarse de la catástrofe, defender el propio pan aunque sea dando la vida.

LA UNIFICACION DEL PROLETARIADO

En las épocas de los mayores desastres causados por la traición de los hombres a los principios revolucionarios que decían sustentar, es cuando más se siente hablar de la necesidad de unificar todos los elementos de acción para homogeneizar la lucha y obtener de ésta los mayores resultados. El problema de la unificación se ha presentado, no solamente entre el proletariado, sino también entre las fuerzas políticas del socialismo mundial. Y, caso curioso y que contiene excelentes enseñanzas que no debemos dejar pasar sin aprovecharlas: en el socialismo, los que claman por la unidad son precisamente los elementos que probaron una conducta traidora a los intereses prácticos del socialismo. Los que fueron y son tachados de divisionistas, dentro del socialismo, son, también precisamente aquellos que hicieron del socialismo una cosa viva, implantándolo donde se ha podido, por ejemplo en Rusia.

Los maximalistas fieles a su doctrina que elimina la colaboración con los partidos burgueses llevaron a la práctica el socialismo destruyendo el poder de los capitalistas; y con la autoridad ganada por su gran sinceridad y consecuencia definieron las condiciones que son necesarias tener en cuenta para pertenecer a la verdadera internacional socialista. Pero, los traidores de su propia causa, alarmados por las consecuencias de esas condiciones, gritan que los maximalistas son divisionistas, que es necesario, para conservar la unidad política del socialismo, no escuchar las voces que surgen de la extrema izquierda. Ellos los traidores, quieren la unidad sobre la misma vieja base de claudicaciones y fulminan rayos contra los hombres que fueron consecuentes y contra el programa que no da lugar a las inconsecuencias. El mismo fenómeno se observa entre el proletariado. En todas partes existen bien pronunciadas dos características entre el proletariado; una amarilla, otra revolucionaria. La primera ha sido formada por la acción de tipos claudicante y miedosos que no vacilaron, en muchos casos, aliarse con la política nacionalista y reaccionaria de los gobiernos burgueses.

Entre nosotros, el gremialismo revolucionario siempre tuvo por guía el ideal comunista y libertario, intransigente, con la intransigencia que se requiere para hacer triunfar cualquier causa. Si los maximalistas hubieran transigido no habrían triunfado; la intransigencia es, pues, una de las principales condiciones del éxito. Si el proletariado comunista no ha triunfado todavía completamente en este país derrumbando el poder del capitalismo no se debe, sin duda, a su intransigencia, sino al hecho de no existir la situación excepcional revolucionaria que permita la implantación de un nuevo régimen; por otra parte, si no existiera el proletariado comunista y todos los gremios estuvieran unidos y manejados por los viejos militantes sindicalistas, tampoco hubieran triunfado en el sentido revolucionario, por que la lucha gremial sin finalidad se concreta exclusivamente a una lucha por aumentos de jornales que, en la sociedad capitalista, resultan siempre puramente ficticios. Los mismos que traicionaron la causa emancipadora del proletariado, ahora claman por la unificación proletaria y fulminan rayos contra los que ellos creen divisionistas, los comunistas.

En este país, el proletario comunista representa el mismo papel que el maximalismo ruso dentro del socialismo universal. El proletariado comunista, por su pasado, por sus luchas que tienden hacia la completa emancipación, ha ganado el derecho de fijar condiciones para establecer la unidad. Lo que ha permitido una conducta leal y consecuente ha sido el ideal y no existe motivo para abandonarlo ahora. ¿Se quiere la unificación? Y, ¿sobre qué bases? Queremos, sí, la unidad, como también la quieren los maximalistas, pero sobre bases firmes, sobre principios que eliminen toda acción tortuosa y de colaboración con los poderes burgueses. La época de la lucha corporativista ha pasado. Es necesario preparar a las masas obreras para la lucha revolucionaria; ésto lo comprenden los elementos más sinceros del proletariado. No es posible volver a cimentar las luchas obreras en el neutralismo incomprensible del viejo sindicalismo de este país que a nada bueno conduce. La lucha obrera, hoy más que nunca, debe tener un carácter definido y un ideal económico para substituir al régimen capitalista. El comunismo no es una ideaología metafísica como prentenden hacerlo creer los verdaderos ideólogos de las patrañas burguesas. El comunismo es un sistema de organización de las fuerzas económicas que imposibilita la existencia del parasitismo y significa la abolición total de las clases, objetivo éste principal para que la sociedad sea emancipada de la explotación capitalista. Contra el comunismo están hoy todos los que fueron inconsecuentes y los que piensan no sujetarse a condiciones definidas y revolucionarias sino medrar en una organización sin carácter y sin objetivo realmente transformador de las viejas relaciones productivas del trabajo proletario. Seamos unificadores pero no demos lugar, por medio de un programa ambiguo, a posibles claudicaciones y traiciones; hoy, el proletariado revolucionario del mundo, siguiendo al proletariado ruso lucha por el comunismo. Sobre la base del comunismo debe ser establecida la unificación. Si todavía no es posible conseguir esta clase de unificación, es porque el proletariado de este país no ha comprendido aún su misión revolucionaria; y si no la ha comprendio, no se debe abandonar al objetivo para aliarse con elementos conservadores, sino intensificar la propaganda del comunismo y poner al alcance de todo el pueblo las enseñanzas que se desprenden de los hechos mundiales que nos conducen cada vez más aceleradamente hacia la nueva sociedad comunista. El motivo principal de que Europa no haya seguido el ejemplo ruso consiste, precisamente, en la acción de todos esos vividores de los gremios y de los partidos socialista que claman por la unificación abandonando los principios revolucionarios de la lucha contra la burguesía.

Que el proletariado de este país reflexione detenidamente y no se deje embaucar por los charlatanes amarillos.

LA PROTESTA



El histrionismo del régimen capitalista ha pensado ahogar, amordazar el pensamiento del pueblo, que azotaba la cara de los lacayos y de los tiranos con el cilicio de la verdad; pero ese pensamiento no dejó de fustigar un solo momento a sus enemigos. Cuanto más perseguido, más inmaculado y lacerante se levantó frente a la mentira y la injusticia y la apresión.

AL IDEAL

I

Te llaman las mil bocas desdentadas,
desde las mil negruras del suburbio
que alimentan la entraña envenedada
mordiendo el cieno del arroyo turbio.

Para curar la herida que la guerra
hará en los pechos de tus hijos fieles
la vieja madre que se llama tierra
te ofrecerá sus bosques de laureles.

Serán constelaciones en la Historia
las chispas todas que tu aurora brote;
y su cerebro educará en tu gloria
la hambrienta y nueva Humanidad—Quijote.

No importa que te insulte la insolencia
no importa que te rasgue la metralla;
ni que te escupa al rostro la demencia;
ni que te grite el odio "eres canalla".

No; no dirán del ave que es errante,
ni que la ola equivocó el camino
porque las ven marchar siempre adelante
sin vislumbrar el fin de su destino.

Ave, un algo recóndito te empuja;
ola, te arrastra un vendaval sin nombre:
¿Qué importa entonces que el abismo ruja?
El hombre es empujado por el hombre.

II

Tú, como el parto de un volcán, tú bramas;
y tu trágico espíritu es el mismo
que hizo una contorsión con cada llama
en cada cordillera, en cada abismo.

Tú eres de esos capullos tormentosos
que los humus fermentan a la altura
en su eterno camino sin reposos
a lo desconocido que perdura.

Tu ritmo de cadencias majestuosas,
más que el perfil de una montaña blanca,
ahonda en el misterio de las cosas
y del misterio de su ser arranca.

La vida que te canta es armonía;
la vida que te evoca es oración.
Estrella en el crepúsculo eres guía.
(La angustia es un crepúsculo sin voz).

Tú en la suma infinita de la forma
cual perfumada lengua de incensario;
tus volutas de luz marcan la norma
del armonioso ascenso a los calvarios.

¿Quién negarlo podrá, oh sacerdote
en cuyo cáliz de irrisión y espanto
comulgara el Hidalgo Don Quijote!
Oh Don Quijote, tú, tres veces santo!

III

Yo voy en pos del mágico reclamo
de tu sonrisa roja. En tí deliro.
Tu nostalgia me hirió: por eso te amo.
Tú eres la evocación de mi suspiro.

En tí deslumbramiento, en tí retoño,
mi tiniebla se funde y se desmaya
como en la perspectiva de un otoño
el contorno ágrio de una ingrata playa.

Habla! Mi cuerpo temblará de bríos.
Que tu álito me encorve aunque me quiebre.
Yo soy el grano que un millón de estíos
amasó con el polen de sus fiebres.

Y báñame en tu ritmo con temblores
y rudas vibraciones de alboradas,
que yo floreceré todas mis flores
para adornar tus rítmicas cascadas.

Porque las mieles de tu beso, que arde,
en mi destino inaccesible y solo
harán entre las sombras de mi tarde,
surgir una nuevo Ereb sobre otro polo.

Max Jara.

NOTAS

DISCULPEN, NOS HA FALTADO

Cuando se nos ocurrió editar este número de LA PROTESTA, lanzamos desde "Tribuna" la invitación a los "anarquistas que escriben para el pueblo" para que nos ayudaran a escribir el número extraordinario. En nuestra buena fe, creíamos que nos "lloverían" las colaboraciones. ¡Tantos son los que escriben por ahí!...

Y no fué así. Nos tiramos una plancha. Los que escriben para el pueblo, no escriben para nosotros... ¿Sera que los intelectuales anarquistas se han hecho "tan" intelectuales que ya no se sienten bien en las columnas de LA PROTESTA? Será que no han respondido porque no les hemos dado, en la solicitud, el calificativo de intelectuales?

Pero, nos pareció tan bien eso de "anarquistas que escriben para el pueblo"...

Es por esa causa que este número — que nosotros queríamos fuese el eco de todos los anarquistas de la región — lo hemos tenido que confeccionar con gran cantidad de recortes; una, porque nuestra muñeca no daba más y otra, por no aburrir a los compañeros lectores con semejante carretada de nuestra pobre prosa.

Disculpen y no nos peguen por eso...

LOS "DEFENSORES" DE RADOWISKI

Después de once años cumplidos en el presidio, al pobre Radowisski le ha salido toda una serie de "defensores", que "trabajan" afanosamente en esta capital para sacarlo de Ushuaia.

Lástima que las gestiones ante el gobierno, como las posturas revolucionàrias alrededor de las organizaciones obreras, no les dan resultado a esos defensores. Lástima también, que estén gastando tanta energía inútilmente y tanta sinceridad... Porque según ellos dicen, lo que no saquen con su muñeca no lo saca nadie; y en cuanto a sinceros, ya se sabe que no hay quien les pise el poncho. Lástima, también, que tanto la sinceridad como el poncho, sean prendas que no han usado nunca estos sinvergüencitas.

¡Mirad!... Abogaduchos, procuradores, picapleitos y merodeadores de secretarías rentadas ¡qué gente mandó mi compadre!

Me dá rabia, hermano Radowiski, no tanto por tu infernal encierro como por los defensores que te han salido a última hora. Verdadera bandada de cuervos que revolotean a tu redor porque creen que has de morir pronto. Como eres gigante, la bandada que espera tu cadáver es enorme.

Tú no les harás el gusto ¿verdad? Enfermo y en Ushuaia, tienes vida para tiempo. Ni aquellos verdugos ni estos cuervos te verán expirar, y tu redención vendrá, como vendrá la redención del pueblo por quien te sacrificaste.

Hermano Radowiski, yo no soy tu defensor, pero te compadezco de los que tienes aquí y que se afanan por "sacarte" del presidio haciendo piruetas revolucionarias en Buenos Aires...

LOS LOBOS

Gordos, bien aliñados — gracias al concurso del barbero, el sastre y varios otros infelices proletarios que les sirven — se pasean tirados sobre la cola en el muelle asiento de sus autos, los lobos. Descansan sus ocios, reposan sus digestiones de carne humana, los lobos.

¡Quien sabe cuánta sangre, cuántas víctimas obreras, trasunta esa cadena de oro que rodea la barriga prendida sobre el epigastrio de la fiera!

¡Ah! Si fuese dado estudiar el interior, pieza por pieza, del organismo de estos animales dañinos, cuánta miseria y cuánta maldad se hallarían bajo esa cubierta áurea!

EL PUEBLO

El pueblo que se agita en la producción, que pasa hambres y recibe palos ¿tiene alguna idea de cómo ha de resolver los problemas que lo agobian? ¿conoce siquiera esos problemas?

Estas son preguntas que nosotros debemos respondernos, ya que el pueblo da la impresión de que no existe; al menos no se le ve ni se le oye por ninguna parte. Y la respuesta que nos demos no será más que la dolorosa comprobación de que a lo que preguntamos no puede responder el pueblo, porque no tiene idea de cómo se resuelve el problema más simple de su vida, ni siquiera conoce la existencia de esos problemas.

El pueblo siente que vive mal; pero no se detiene — en su carrera precipitada hacia el abismo — a ver de donde vienen los males que lo agobian.

Todavía hay que decirle quienes son sus ladrones y sus tiranos. ¡Todavía no lo sabe!

¡LA CIUDAD!

La ciudad. La urbe populosa. ¡Cuidado! El crimen está ahí. Ese es su elemento. Mata, aniquila o corrompe.

Nada se conserva puro. Nada ni nadie vive su vida. El crimen asecha en todas partes.

La gran ciudad, que deslumbra con su brillo, que aturde con su ruido y abruma con sus dimenciones, es el nido de todos los males. Todas las calamidades morales y materiales prosperan, se desarrollan y adquieren proporciones de catástrofes en es-

tos laberintos con alma e instintos de fiera...

Detrás de cada pared germina una tragedia, se gesta un crimen social en cada sótano: desde la madre que siente llorar de hambre a sus hijitos, hasta el comerciante que elabora los venenos de su mercado para despacharle a la población.

LOS MEJORES CRIOLLOS

Los anarquistas que hemos nacido en este país somos lo mejor que produce la Argentina. Esta tierra "de promisión", es tal desde que empezó a producir anarquistas. Y esto es lo único que con esta tierra nos une a los anarquistas criollos: el saber que somos la única promisión nacional.

Y como somos inmodestos — porque modestia es hipocresía — no tenemos el menor reparo en declarar que somos los mejores frutos de este suelo, aunque rabien y se encrespen los otros criollos, que de maulas o de sinvergüenzas no se hacen anarquistas.

Pero vamos a decir porqué somos los mejores y que nuestra exposición sirva de lección a los mulatos de la "liga", a los maricas de la política y a los gringos de la industria o el comercio que no se atreven a vivir por su cuenta...

Somos mejor que todos los demás porque sabemos lo que ellos no saben, sentimos lo que ellos no sienten y vemos lo que ellos no ven. Conocemos de todas las ciencias un poco, lo mismo que del arte en todas sus manifestaciones. Y véase qué diferencia: la mayoría de nuestros conterráneos no sabe ni siquiera deletrear el alfabeto. ¿Cómo se nos van a comparar?

Hemos aprendido la doctrina anarquista de nuestros abuelos los sabios españoles, italianos o rusos y hemos formado nuestra conciencia de acuerdo con nuestra modalidad nativa; es decir, nuestro concepto de patria, amplísimo, formado a la imagen de nuestro vivir en grande sobre este territorio extensísimo, se identificó con la teoría anarquista de la patria sin límites. De esa idea sí que no hay quien nos baje. Nuestra patria no debe limitarse por el Río de la Plata o la cordillera andina. Los caballos de nuestro idealismo no quieren saber nada de alambrados.

Además, como decíamos, sentimos lo que los otros criollos no sienten: ese amor, también sin límites, por toda la especie humana, ¡hasta por los vigilantes! Y esto nos diferencia fundamentalmente de ellos, que solo sienten un amor mezquino por la patria, un amor que casi siempre es interesado e innoble. Quieren la patria porque viven o buscan vivir de la prebenda o el puesto público.

¡Qué se va a comparar ese amor con el nuestro, ni en lo grande ni en lo desinteresado!

Y vemos más también que ellos, porque tenemos una clara visión del porvenir. Sabemos que todo concurre al triunfo de nuestras ideas en un plazo más o menos corto, lo mismo el movimiento material que el ideológico; porque las doctrinas anarquistas han minado este régimen por sus cuatro costados, y porque la facultad de pensar ha llegado a casi todos los cerebros. Y eso no lo ven los que están colocados en otro plano, no lo ven los mulatos, ni los "maricas", ni los gringos tullidos que se hacen ciudadanos para poder comer. ¡Hambrientos!

Y si no somos patriotas, ni políticos, ni tilingos de ninguna categoría, es porque hemos aprendido lo bastante para hacernos a un lado de todas esas macanas.

Es por eso también que a los anarquistas criollos se nos persigue y se nos joroba con la cárcel, lo mismo que si fuésemos extranjeros. Los criollos que gobiernan no quieren más que paisanos infelices y votarates, como los mulatos de la "liga" y los "maricas" de la política, porque a esos los manejan como quieren. Pero nosotros somos rebeldes al yugo; y este también es un mérito nuestro sobre nuestros conterráneos.

De aquí nace nuestro optimismo, nuestra fe en el triunfo de la revolución; aunque somos los menos, somos los mejores; no se las ganaremos con el número sino con la calidad. Aunque rabien.

CARACTER

Casi imposible resulta en estos tiempos tener carácter; pero carácter en la verdadera acepción de la palabra, porque hay quien le da este nombre a la astucia...

En estos tiempos tan enormemente críticos para las bellas prendas morales del hombre, en que la juventud ofrece, acosada por el medio económico, sus servicios a cualquier empresa aventurera, a cualquier negrero acaudalado, la integridad, la hombría, el carácter tambalean como tiernos arbustos batidos por el pampero.

La estrechez económica en la clase pobre y el castramiento físico en la clase encumbrada, son los dos más poderosos factores, los dos microbios mortales que muerden las raíces de la virilidad moral de la especie. Empiezan su obra destructora en la adolescencia del individuo, y lo hacen adaptable; y el que se adapta, o triunfa materialmente, o sirve de peldaño para que triunfe la astucia.

Hay serviles por herencia, como hay caracteres hereditarios. Estos descienden de pueblos que tal vez murieron peleando por su libertad, pero que no se sometieron; el reverso de aquellos.

En el torbellino de esta vida desastroza son los menos los que resisten el empuje de la vorágine. Pero ellos son puñados de energía que se sobreponen a todas las catástrofes abroquelados en una idea mater que se columbra entre las opacidades de la niebla ambiente, irradiando con resplandores de soles. Eso es el carácter.

No se someta la juventud a ninguna disciplina denigrativa; ejercítese en el culto del carácter, de la hombría, y las generaciones futuras verán renacer una sociedad fuerte, viril y sana.

Esa será la sociedad anarquista que se está gestando en el seno de este caos social. Ella llevará a la humanidad por su verdadero derrotero hacia la superación.

LA ELOCUENCIA DEL SOPAPO

La burguesía — por intermedio de sus órganos serviles: la prensa y la tribuna parlamentaria — se ha burlado siempre de las aspiraciones proletarias de conquistar su vida por la acción pacífica, de sacarle una ínfima parte de sus riquezas y privilegios con honestas reclamaciones; ha respondido siempre a las justísimas solicitudes con el sarcasmo inaudito; a veces, para hacer más sangrienta la burla, le ha arrojado unas migajas de su mesa suntuosa.

El proletariado, que ha empezado a tener dignidad, cansado de gestiones inútiles, ha dejado los medios pacíficos y recurrido a la violencia. El boicott, el sabotaje y el petardo, han reemplazado al pliego de condiciones.

La burguesía también ha cambiado su actitud burlona y se ha puesto grave y trágica. Siente que los tiempos han cambiado y que el proletariado ha aprendido a defenderse y a ofender a su vez. Siente que ha recibido la bofetada que merecía su estúpida vanidad y ya no se burla; pero no calla, sin embargo. Ahora insulta al proletariado. Y éste la seguirá abofeteando...

SE PRECISAN VICTIMAS...

La policía, institución de bellacos, no puede producir sino bellaquerías. Nada más se puede esperar de gentes sin cultura, sin dignidad y que gravitan calamitosamente sobre el pueblo.

La policía necesita, para existir como institución, que exista la delincuencia, como el médico necesita la existencia de las enfermedades.

La población — que jamás se detiene a analizar sus calamidades — cree más que lo que debiera en la policía. Como no analiza, no ve la inutilidad de esa organización parásita. Es por eso que cuando ocurre algún delito de resonancia y la policía no encuentra a los autores — que jamás los encontraría sin el concurso de la tortura y de los soplones — se maravilla con la mayor ingenuidad de este fracaso y exige imperativamente el esclarecimiento del hecho.

Es entonces cuando la policía, apremiada por la exigencia de la ciega opinión pública, — y como poco cuesta a sus escrúpulos de horda — produce la bellaquería: hace una víctima entre la gente del pueblo, entre el elemento de menos arraigo, por sus ideas o costumbres, en el seno de esa opinión.

La población queda satisfecha y atruena el espacio con un aplauso servil a la actividad policial de la horda.

Esta también ha justificado su existencia encarcelando al "criminal". Ya puede estar tranquila la población; tiene un celoso guardián de su vida y sus intereses.

Es así como ese conglomerado de todas las bellaquerías y todos los crímenes, ha llegado a tener la preponderancia que hoy ejerce sobre el pueblo indefenso.

La policía, incapaz por su ignorancia y su ineptitud, de ejecutar una acción profiláctica dentro de la sociedad — y porque, además, no es esa su misión sino la de servir al privilegio — sigue produciendo víctimas, "haciendo" delincuentes con sus recursos infames de tortura.

Así justifica su existencia y satisface a ese insaciable monstruo: la opinión pública.

¡PROTESTO!

¡Ah, sí! Soy intransigente. No puedo ver una muchacha del pueblo que "afile" con un milico. Me hace el mismo efecto que cuando las veo leer "Tit-Bits".

¿Para eso las crió la madre, que tal vez fué una obrera honesta? ¿Para leer esas porquerías fueron a la escuela?...

Si alguna vez merece la mujer un puntapié en el trasero, es cuando se entretiene en la calle oyendo los galanteos babosos de un milico. ¡Qué asco! Esa es la verdadera deshonra de la mujer: ¡Enamorarse de un perro!...

Rehusar, tal vez, el hogar que le ofrece un obrero decente, para ingresar en el cubil perruno ¡qué vergüenza! Y luego ¿qué saldrá de ese ayuntamiento? ¡Milicos!

La influencia del cubil es fatal. Hijos de perros: perritos; ¡como tres y dos son cinco! Aunque afirmen lo contrario los estudiosos en la materia.

Es por eso que no transijo; esas muchachas merecen el más injurioso de mis calificativos, el que no daría a ninguna otra mujer.

Pero soy enemigo irreconciliable de los perros.

HERODES

Los chacales defensores de la propiedad deben estar muy contentos. Han conseguido demostrar su inhumanidad en una forma bastante refinada; han puesto en evidencia sus feroces instintos a los ojos idiotizados de este pobre Juan Pueblo.

Los dueños de las habitaciones en esta capital no alquilan a familias que tengan niños. Herodes está en Buenos Aires — ¡otra que leyenda bíblica! — Es un personaje colectivo, que ni siquiera lo podemos matar, porque tiene tantas cabezas como casas hay de inquilinato. El ha decretado la extirpación de los inocentes.

Pero los padres del niño Jesús no debemos huir a Egipto, abandonando los demás niños a la cuchilla de este moderno degollador de inocentes.

La propiedad es la culpable. A ella, con todas nuestras energías.

¡Hay que estrangular al monstruo entre los brazos de la revolución!

GRINGOS DE PORQUERIA

No merecen ninguna consideración los extranjeros que se han adueñado de las tierras americanas, de las bestias, de la industria y el comercio.

Aventureros viles, que han enriquecido con la explotación de las fuerzas populares, solo el desprecio merecen de los hijos del pueblo.

No son ellos los extranjeros, ellos que lo poseen todo; somos nosotros que no tenemos en este país ni el derecho de tener ideas. A nosotros solo se nos ha dejado el deleznable y ridículo derecho a elegir el gobierno que nos ha de aporrear en defensa de los intereses de esos extranjeros.

Por eso nosotros, los anarquistas, nos negamos a elegir ese gobierno.

¡Gringos de porquería!

CINICOS

No se puede comprender cómo hay gente tan cínica que se atreve a sostener que este sistema de vida sea un exponente de orden y buen gobierno social.

Solamente con saber que hay muchos individuos que quieren ocuparse para ganar el sustento y no encuentran en que, sería lo suficiente para cambiar de opinión.

Y si se piensa en que hay millones de niños que pasan hambre y que hay adolescentes que se suicidan por lo mismo; si se recuerda que hay madres que tiran sus hijos aún con sacrificio del amor materno, no se puede menos que sentir deseos de ser juez para condenar a la guillotina tanta cabeza infame.

CAFFTENS

Los que escriben para el pueblo tienen el deber de mantener la honestidad de sus ideas, y no desdecir mañana lo que se dice hoy. Esto es saltimbanquismo intelectual.

Malos servidores de cualquier causa son los que no la sirven con el alma, y en cambio trafican en nombre de ella ocupando un lugar que no les corresponde. Esto es "cafftenismo" del apostolado.

Pero este régimen inicuo de sociedad que padecemos, ha llevado tan lejos su degeneración, ha corrompido tanto a la especie, que hasta a las ideas más nobles les han salido cafftens, y se pueden formar tropas de gentes que llevan su deshonestidad hasta escribir lo que no sienten.

SOBRE LA ESCORIA

El movimiento de las ideas de redención humana ha tenido la virtud de levantar la escoria en todo el mundo. Y todas las manchas sociales que padece la especie, han aparecido en todo su inmundo esplendor.

Así vemos en toda Europa los eruptos del bajo fondo subiendo a la faz de la sociedad para mancharla y humillarla. España con sus "sindicatos libres", hordas asesinas que hizo surgir la burguesía ibérica, armándolas para exterminar al proletariado consciente y a la cultura naciente en aquella península.

En Italia se soltaron con el mismo fin esas manadas de lobos hambrientos que se llaman "fascistas" y que están quemando y matando la poca honestidad que quedaba en la tierra del Arte...

Así se han incendiado casas de trabajadores hasta en la más apartada aldea y los asesinos del "fasci" han apuñalado por la espalda a los mejores elementos del progreso.

Esta misma escoria social es la que ensangrenta a Irlanda y en Alemania ahoga la última huelga reivindicadora de los comunistas; es la misma que ha fracasado en Rusia después de haber derrochado los últimos recursos monetarios de la burguesía aliada; la misma que surgió en la Argentina encabezada por un tenebroso venido a menos.

Pero seamos optimistas y no veamos en este encumbramiento del bajo fondo otra cosa que el último obstáculo puesto por la burguesía mundial a la revolución que llega. Este es el último esfuerzo de las castas privilegiadas ante el ocaso de su poderío. Las ideas de redención no encuentran obstáculo insalvable; vencerán este último como vencieron todos los otros y sobre la escoria, como un diamante sobre el estiércol, quedarán triunfantes.

SOBRE LA FUSION

Creo de mi deber decir unas palabras aquí sobre el tema de actualidad proletaria, ractificando mi opinión vertida editorialmente en "Tribuna Obrera" y LA PROTESTA; opinión que era el pensar de toda la redacción.

No creo que tenga valor ninguna fusión que no sea la de gentes que se unan por afinidad idealista. Y como el anhelo fusionista de los que escriben para el pueblo es el de unificar al proletariado para una cruzada idealista, veo ahí el fracaso. Y el esfuerzo no hay que hacerlo para el fracaso, sino para el triunfo, o por lo menos con más probabilidades de triunfo que de derrota. Nuestra derrota sería esa unificación con elementos que no responden a nuestro idealismo. Elementos enteramente rafractarios al anarquismo ¿con qué fin se van a unir al anarquismo sino con el de perjudicarlo? ¡Y demasiado perros tiene en su contra el anarquismo...!

Es, pues, muy lógica y bien fundada esta prevención. No sólo se debe pensar en la inutilidad de esa fusión, sino también en lo que puede perjudicar a las ideas y a la organización del proletariado anarquista. Y deben velar por que ese caso no se produzca quienes anhelan el triunfo del anarquismo.

Es más. Creo que la fusión con elementos que no responden a la finalidad anarquista es un mal juego de niños, con lo que no deberían jugar los anarquistas. ¿Quién que no tenga el criterio de un niño puede auspiciar la fusión de agrupaciones; no ya heterogéneas, sino enteramente opuestas entre sí? ¿Para la revolución?... Pero si la mayoría del proletariado es conservador. ¡Qué se va unir para una acción revolucionaria!

Y si no es para la revolución, que se quiere unificarlo, no veo el objeto.

De todas maneras, en contra de mi opinión, el proletariado se ha de unificar y ha de ir al fracaso. Será esa una nueva lección. Pero el pueblo, como casi todos los muchachos, no aprende sino a golpes...

VENDAVAL SUPREMO

Se encrespa el oleaje impulsado por las rachas que nacen y se desencadenan allá en lejanas latitudes del océano; y llega el vendaval a las playas levantando con su gigantesco soplido inmensos torbellinos de agua, que elevan sus irritados penachos hasta las nubes como una enérgica protesta por las injusticias de la tierra.

Parece que el mar, en un arranque de humanismo — que debería imitar el hombre — manifestara con un rugido grandioso, el dolor de ver las praderas terrestres holladas otra vez por la pata peluda del troglodita ensoberbecido y prepotente.

Y el mar ruge con más fuerza y el vendaval adquiere más imponencia. Avanza sobre la tierra como una procesión de gigantes que surgieran de las profundidades líquidas para amedrentar a las castas inquisidoras, que han encadenado todas las libertades y han destruído el derecho a la vida y al amor. Es un ejército de caballeros armados de todas armas; forzudos paladines de una gran idea, en briosos corceles, abroquelado el brazo y el pecho bullente de idealismo, que vienen a batirse en franca lid con el milenario reptil que está enroscado a las conciencias y que hace gemir a la humanidad bajo la presión de sus anillos.

Y llega el vendaval. La caravana de gigantes semeja un paso al frente dado por la cordillera andina. ¡Es tan majestuosa su imponencia! Vibra en la atmósfera y llena todo el espacio, con sonoridades de clarín, el eco de todas las rebeliones de un mundo que se viene sobre otro. Huyen las hordas dominadoras a hundirse con precipitación en sus cavernas trogloditas; de donde no volverán a salir jamás, porque el mundo se llenará de luces...

Pasa el vendaval, y el sol golpea con sus alas de fuego sobre el frontispicio del palacio de la Aurora, y la tierra, purificada de toda escoria, sonríe al sol, como una doncella en un sueño de amor, y las aguas purísimas se deslizan, murmurantes, por la pendiente florecida; la fauna alada ejecuta un aire cadencioso en la arpa de la creación, y una brisa suave se desliza lentamente acariciando las hojas y dejando un beso en cada flor.

Es que la Tierra, en su eterno connnubio con la vida, empieza a cruzar una nueva era, la única digna de ella: la era en que el hombre es dueño de sí y soberano de todos los reinos de la naturaleza.

¡Hasta el sol parece sonreir con satisfacción al ver a los hijos de la tierra en armónica confraternización!

Y allá, sobre una protuberancia de la campiña redimida, donde el sol pone su primera pincelada gualda, se ha detenido un grupo de caballeros armados en cuyos brazos brillan al sol los broqueles. El grupo ha quedado de centinela.

Es la fuerza del idealismo; es el poderoso motor del mundo, que está en descanso.

NO SABE APROVECHAR...

Verdaderamente, no se comprende cómo este pueblo anda a medio vestir y a medio comer. En cada esquina le ofrecen artículos de comer y de vestir a precios de liquidación... verdaderas "boladas" que no sabe aprovechar... En cada plaza aparecen periodicamente, haciendo derroche de elocuencia y de promesas, desinterados defensores del pueblo, que se disputan entre sí el derecho de defender a ese harapiento que muestra las carnes al frío ambiente y que nunca come lo necesario.

Sin embargo es un hecho que el pueblo anda arrastrando las hilachas y pasando hambres perrunas; situación ésta muy distinta de la de sus "defensores", que hacen arrastrar sus barrigas bien repletas en lujosos automóviles.

PAISANOS BRUTOS

¿Pero qué pensarán de sí mismos estos paisanos brutos traídos de las provincia a "miliquear" por acá?

¡Hay que verlos metidos entre la infamante librea policial! ¡Qué orondos! Cruzan la calle hasta con cierta suficiencia de mariscales con mando en la plaza.

Debe ser cosa muy importante para ellos verse vestidos y armados así, con tanta corrección... y sin que les cueste nada; porque ellos ignoran lo que es la dignidad y otras delicadezas que a los hombres impiden meterse entre una librea.

¡Vedlos cruzar la calle! Esos animales chúcaros, criados entre los chañarales de las provincias andinas o en los esteros del norte y el litoral, parece que anduvieran aquí en su elemento.

Pero no: son unos paisanos brutos, agarrados a bola.

H. Marino.

AL REDEDOR DE LA ANARQUIA

ANARQUISMO Y QUIMERA

Una observación deficiente, un descocimiento de nuestras ideas, una apreciación somera de lo superficial, de lo aparente, crearon en torno del anarquismo una atmósfera legendaria que, en el mejor de los casos, nos presenta a la consideración del mundo como soñadores generosos, como temperamentos líricos, como poetas de un porvenir imposible y de una realidad que no consulta la naturaleza de los hombres y de las cosas. Pero la verdad es lo diametralmente opuesto. Si hay quien se coloque en un terreno rigurosamente positivo y científico, si hay quien destierre de su pensamiento la autoridad, sea de la tradición, sea del número, sea del maestro, ese no puede ser más que el anarquista, el hombre libre, analítico y observador por la fuerza de su psicología racional, de su negación de todos los dogmas y todos los principios inmutables.

La anarquía está fundamentada en los métodos y descubrimientos científicos nuevos, en esos métodos y en esos procedimientos que van desterrando de la vida la metafísica escolástica y los fetiches materiales y morales que encadenaban el alma humana.

No es la anarquía una ensoñación lírica de espíritus generosos; es la nueva verdad positiva que acompaña a la ciencia moderna y trabaja personalidades libres, entierro de dogmas y abstracciones, renovación constante de valores, posibilidades de progreso en los planos de la verdad, del bien y de la belleza.

Hermanos filosóficos nuestros han sido los nihilistas rusos. También a ellos les tocó vivir envueltos en la nebulosa de una leyenda fantástica. Y nuestra doctrina que, en su principio filosófico, niega la autoridad y concibe el hombre libre como un instrumento de progreso, a pesar del periodista venal que la difama, del crítico ignorante que la juzga o del burgués cobarde que la teme, será hoy, como lo será mañana, la explicación, la traducción mental del mecanismo que mueve las fuerzas universales y determina la evolución de todos los hombres, las sociedades y las cosas.

La anarquía no tiene nada de quimérica; lo quimérico es aquello que pretende funcionar en un plano de estabilidad, de sujeción y de dependencia, pues la única ley reconocida como eterna, es la de la evolución universal y con esta ley, no se armonizan los dogmas, las autoridades, los sistemas acabados y perfectos.

JEFES Y MAESTROS

La anarquía no reconoce autoridades, combate los ídolos, no tiene compasión para el hombre que pone su mano sobre otro hombre, que lo engaña y que lo somete a su voluntad; se dirige al esclavo y al tirano, al partidario y al caudillo. No acepta compromisos que resten su independencia, que cohiban su libertad. Quisiera que todos los hombres fueran dueños de sí mismos, que solo acataran las imposiciones de la realidad por ellos propios percibida y estudiada, que desatendieran los influjos de las extrañas pasiones y las ajenas ideas y escucharan con preferencia y con libertad los dictámenes, las conclusiones de su conciencia. En fin, quisiera que de igual modo que se acepta como justo y lógico el trabajo productivo obligatorio, el trabajo que aporta a la sociedad un grano de trigo, una piedra labrada, un cuadro artístico o un pensamiento nuevo, se aceptase y se ejerciese el trabajo mental obligatorio.

Ahora bien: la realidad nos da una minoría de hombres que piensan y una inmensa mayoría que se conforma al pensamiento de los demás, de donde nace la necesidad de que estos sean dirigidos por aquellos. Puestos en ese trance, constreñidos a dirigir y encauzar a los que no piensan, nosotros, rebeldes a la autoridad, no sólo no la consentimos sobre nosotros, sino que somos reacios a ejercerla sobre los demás. Nuestra abstención fué aprovechada en los gremios obreros y en el ambiente revolucionario por socialistas y sindicalistas poco escrupulosos ante la perspectiva de un caudillaje, de una jefatura revolucionaria.

Nosotros no hemos querido ser jefes, nos contentamos con ser maestros y maestros que incitan a los oyentes a descubrir la verdad por sí mismos. Nuestra prédica no da una doctrina acabada, un sistema perfecto de moral o de economía; se reduce a estimular la actividad del pensamiento humano, paralizado por los postulados autoritarios. Y en esto nos distinguimos, nos separamos y nos encontramos con todos los jefes, de cualquier escuela que sean. Para ser jefe hay que pisotear o desconocer la voluntad de los acaudillados, forrarse en dogmas, ajustarse a cánones intangibles; para ser maestros, apóstoles de independencia, de emancipación y de libertad, solamente se requiere la convicción de que la verdad es relativa, sujeta a las contingencias del tiempo y del espacio, y de que nadie podrá jactarse de haberla aprisionado en su cerebro, como no se aprisiona la realidad, lo infinito y lo absoluto.

ANARQUISMO Y SINDICALISMO

Se discutió durante mucho tiempo si debían los anarquistas actuar en la vida gremial, desarrollar dentro de los sindicatos obreros su idea filosófica antiautoritaria. Sacóse a relucir la tendencia conservadora y retardataria de toda organización, el problema de la libertad individual, y otros argumentos más bien sofísticos que razonables.

¿Dónde mejor que en un sindicato obrero, pueden los anarquistas propagar su idea, ejercer su magisterio libertario? El sindicato será el órgano regulador de la vida económica y política futura, la representación de la colectividad productiva emancipada de un tutelaje supérfluo. Si no estamos nosotros en él, su misión revolucionaria se desvía. La obra de los jefes inherentes a toda organización, pervierte el significado sindical, aplasta, mella el arma de esos organismos de combate. El jefe se burocratiza, se convierte en déspota; ve con malos ojos la crítica de la masa y procura ahogar en germen toda independencia de criterio en los sometidos a su férula. Pero el anarquista, siempre que sea lo suficiente firme como para no dejarse arrastrar por la locura del poder, siempre que conserve su personalidad en el magisterio antiautoritario, siempre que diga a los sindicados que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos — pero obra del pensamiento personal y del esfuerzo colectivo, — debe, no sólo militar en las organizaciones sindicales, sino asumir en ellas las peligrosas funciones administrativas.

En cuanto a que la organización cohibe la libertad individual, nada más falso, so pena de concebir la libertad como los primitivistas, los partidarios del salvajismo y enemigos de la sociabilidad, por cuanto, al ser la sociedad una organización, ella también cohibe y constriñe el desarrollo de la voluntad, la vida del hombre libre. Felizmente, ya son muy pocos los anarquistas que predican contra la organización. El mismo Bakunin admitíala, como admitía una cierta disciplina voluntaria.

El aislamiento del proletariado organizado, por nuestra parte, equivaldría a consentir el triunfo de los "leaders", de los directores, de los caudillos de la masa trabajadora; la afirmación del gobierno en nombre del trabajo, y no en merced de la gracia de dios o de la democracia electoral.

Si no queremos ser maestros en los gremios, los gremios buscarán jefes, los rodearán de su aprecio y su veneración y se someterán a su voluntad; pero la emancipación espiritual no será la culminación de sus esfuerzos y de sus sacrificios, y una nueva clase gobernante salida de las filas obreras y revolucionarias sustituirá al gobierno de la burguesía.

Libertador

Ser, o no ser, jamás fué para él, como para el trágico, problema pavoroso: no le intimida la muerte ni la desea; la vida ni le seduce ni le pesa, y en la alta serenidad de su mente las mira con igual indiferencia. El oro no tiene para él tentaciones, nunca lo preocupó. La gloria no le atrae, ni le deslumbra, él es superior a ella.

Ama la libertd: toda la libertad, la suya y la ajena; no concibe unos derechos y unos deberes, sino la plenitud del derecho y la plenitud del deber.

En donde él comparece y los encuentra cercenados, protesta, evangeliza, inflama la multitud con el verbo de un apostolado, la arrastra, arma a los desposeídos, y al reflejar de su espada fulgurante, más temible después de cada revés, lleva sus legiones por entre lagos de sangre, por sobre ruinas y hecatombes, a la victoria sin nombre del derecho sobre la fuerza.

Como el dios de las leyendas orientales, crea de la nada, hace la luz, fulmina, habla de entre la zarza ardiente, cruza en un carro de fuego deslumbrador por entre las gentes asombradas.

Cuando asienta el pie en las nubes de la cumbre, impone a los pueblos redimidos la libertad intolerante, sin compromisos ni remiendos, la que arrasa el templo y levanta la escuela; la que silencia los embaucadores; la sublime atea que le reconoce y le respeta a la vida todo lo que es de ella; lo que es del cerebro, la razón; lo que es del corazón, el amor; lo que es del vientre, el hambre. La que tala la maraña primitiva, riega el suelo con la sangre de los rezagados rebeldes, y desde el zénit, sol sin ocaso, calienta al amor de sus rayos los venideros gérmenes, y hace brotar de la calcinada tierra las razas nuevas.

César Zumeta.

Los padres de la paz burguesa

WILSON IDOLO DE BARRO

Mister Lansing, ex secretario de Estado del gobierno de Wilson ha escrito un libro donde cuenta, con mucha indiscreción para un estadista burgués, algo de la actividad de Wilson en la tarea de redactar el tratado de paz de Versalles. Dice el autor que el fracaso de Wilson en muchos puntos importantes provino del deseo del ex presidente norteamericano de estar solo, sin ayuda de consejeros y de técnicos, en la formidable tarea del tratado de paz que tenía que armonizar infinidad de intereses opuestos, intereses de las diferentes nacionalidades que habían participado en la guerra.

Relacionamos esta actitud del ex presidente, actitud de dios olímpico poseedor de la suma ciencia, con el deseo o la creencia manifestada por el buen maestro Kropotkine que, al estallar la guerra, aconsejando a los anarquistas a tomar parte en favor de los aliados, decía y creía que los libertarios serían admitidos a las reuniones oficiales, después de terminado el conflicto bélico, para proponer bases justas para la paz definitiva de los pueblos.

Muchos anarquistas, quizás llevados de una exagerada veneración por el viejo apóstol ruso, tan querido igualmente para nosotros que no hemos seguido sus consejos, se entregaron con ardor a defender, con la pluma y con el sable, a los países aliados confiando que en las tareas de la paz tendrían ellos también una importante participación y una grande influencia. De ésta creencia sólo ha quedado el recuerdo de una derrota vergonzosa, de una exclusión absoluta y llena de olímpico desdén. Los cuatro "ases" de las potencias principales se creyeron únicos representantes legítimos para elaborar las cláusulas de la paz. Hasta el dios Wilson no ha querido siquiera la colaboración técnica de los delegados norteamericanos. Solo creyó en su inmensa sabiduría y en su inmenso poder, y hoy, hasta los mismos representantes de los gobiernos burgueses confiesan que Wilson obtuvo un lamentable fracaso que es atribuído a la ignorancia del ex presidente — así lo dice Lansing al referirse a Wilson en el libro mencionado más arriba.

La importancia de este asunto reside en la idea que se forman de sí mismos los personajes que dirigen los destinos de los pueblos. Ellos se creen únicos para decidir de la paz y de la guerra y con sus colosales errores y con sus espantosos conceptos criminales contribuyen poderosamente a labrar la ruina de todos los trabajadores, que son siempre los más afectados por las medidas inconsultas que toman los dirigentes de los gobiernos burgueses. En los resultados de la paz establecida por cuatro tiburones de la política, los trabajadores deben aprender magníficas lecciones que determinen para el presente y el futuro una conducta distinta a la que se ha observado en el pasado. Resulta una gran vergüenza, una gran cobardía y todo lo más denigrante, que millones y millones de hombres agobiados de trabajo y de miseria, creadores únicos de todas las riquezas del mundo, se dejen manejar como muñecos e imponer cosas absurdas y criminales como son las guerras y las paces que provocan los dioses de la burguesía, esos gobernantes engreídos y faltos de sentimientos humanos que no vacilan en desencadenar las más horribles hecatombes y luego, en determinar con sangre fría la esclavitud de los pueblos vencidos. Nada de lo que pasa en el mundo nos es extraño. En esta nación también es posible un conflicto guerrero con otras naciones vecinas, y más de una vez se ha hablado ya, a "sotto voce", de las complicaciones internacionales, que surgen a menudo, con Chile y Brasil; por lo mismo, aprendiendo en las realidades de todas partes, debemos ilustrar al pueblo sobre sus deberes para que no se deje imponer ya más la enorme injusticia, el gran crimen de una guerra. Nosotros los trabajadores debemos decidir de nuestros destinos y en cualquier probable conflicto provocado por los gobernantes burgueses, tiene que sentirse el peso de nuestra voz y de nuestra acción.

Hoy, como siempre, quizá más que nunca ya que contamos con la experiencia de la última guerra, es necesario repetir y que el pueblo comprenda que la única medida para impedir los desastres colectivos originados por la obtusidad y maldad de los gobiernos burgueses, consiste en la huelga general revolucionaria y en la toma del poder por el proletariado organizado. Para esta contingencia debemos estar preparados, firmemente decididos a morir en las barricadas antes que en las trincheras matando a otros trabajadores como nosotros. No; que ningún nuevo Wilson, ídolo de barro, nos sorprenda desorientados. A la simple amenaza de guerra, la huelga revolucionaria!

EL ARTE REVOLUCIONARIO

Arranquemos la vejez de nuestro corazón: sean las calles, nuestros pinceles y las plazas, nuestras paletas...—Majakowsky.

Desde hace más de diez años, — exactamente desde 1909, — la revolución del arte precedió el arte de la revolución. Futurismo, Cubismo, Expresionismo lograron, en ciertas ocasiones, agrietar, con sus embestidas, los muros de la ciudadela, constituída en reducto de un arte anticuado, cuyo último brote, era el Impresionismo, afirmación flagrante de un individualismo estrecho, beato y antirevolucionario: producto genuino de un siglo manfichista y pagado de sus propias cualidades. Esto, sin embargo, no significa la condenación de un arte, que supo encendese en el más puro amor a la belleza y supo lograr valores de una delicadeza indiscutible. Sus atributos divinos, son y serán innegables en todas las épocas, pero su evolución y su marcha era demasiado lenta y era, además el triunfo de una concepción, bastante limitada del universo. Su contemplación de la vida a la griega, — para no decir resueltamente a través del pasado, y su afectada bohemia que le hacía vivir en un mundo aparte de los demás hombres, son quizás las fallas imperdonables de ese arte.

Hoy, otras pasiones y otros problemas, deben preocupar al artista. Ya les preocupan. Es verdad, que inútilmente se buscaran estos síntomas en los salones parisinos de 1920 y 1921, donde, entre más de diez mil artistas, apenas si se encuentran uno o dos que evidencian un temperamento excepcional. Pero los artistas de Francia, arguirán que ellos no han tenido todavía su "revolución". Esto es cierto, y el único reproche que se les puede hacer, es que nada hagan ni nada hayan hecho para prepararse.

Entre tanto, los artistas de Europa, así como los de la Argentina, no estaría mal que meditasen sobre lo que está sucediendo en otros países que han logrado cambiar sus anticuadas formas de gobierno.

Entre los raros documentos que nos llegan de Rusia, cabe señalar un estudio importante de Constantino Oumansky, cuyo título es "El nuevo arte en Rusia".

Detállase, en ese estudio, el movimiento artístico de la revolución y nos demuestra que en Rusia se está desarrollando un arte, fruto genuino de la revolución proletaria, un arte del pueblo y para el pueblo... Esto, el autor lo hace sin que se le haya propuesto deliberadamente y hablándonos de la evolución del arte eslava, desde 1910, donde se encuentran ya las huellas del futurismo italiano, el cubismo francés y el primitivismo eslavo, sin que, por eso, llegue a revelarse como un arte verdaderamente nacional y creador.

Pero desde el momento que la revolución ha llegado a su máxima eficiencia, una turba de nuevos y jóvenes artistas de una originalidad sorprendente, se han revelado como un jardín multiculor, cuyas flores bizarras proclama la alegría de vivir en el corazón de todos los hombres.

Y es, en realidad un nuevo arte que nace, el arte de la vida moderna, el arte de la calle, el arte para todos en oposición al arte por el arte. Y ella, surge como una inspiración y como una voluntad de las masas: a todos alegra y a todos hace mejores, cumpliendo así, finalmente, con la verdadera y única misión que desempeñó el arte en las más grandes épocas de su historia. El gobierno revolucionario se ocupa de ella y ha comprendido que se ha vuelto necesaria a la vida de un pueblo en marcha. Resulta de este modo, el arte que empuña la antorcha ardiente y va a predicar en la ciudades la grandeza del hombre y la verdad sin sofisticaciones que es la Belleza.

Con ellos, con los nuevos artistas, el pueblo aprende nuevamente a celebrar una fiesta y a comprender la inmensa alegría de su significado, — una fiesta, como nunca se imaginan de ver los europeos, quienes olvidaron las fuentes de la más pura y desbordante emociones, — una fiesta que es toda una ciudad palpitante, encendida, en la que no hay solamente algunos tambores o algunas banderas, sino casas que se mueven, calles que huyen ardientes y enloquecidas hacia horizontes increíbles; paredes rosas que crujen y sinfonías inauditas de color que entonan himnos de amor y alegría.

Bajo la égida del comisariado por la educación de las masas y bajo el contralor del mismo comisario del pueblo Lunatcharsky, los jóvenes artistas se dirigieron al viejo mercado de los Cazadores (Ochtnyi Riad), uno de los barrios más viejos de la ciudad, compuesto de pequeñas casucas sucias y renegridas por la acción del tiempo, barrio que más orgullosamente conservaba las huellas de una añeja tradición y que, bajo los pinceles ágiles y alados de los nuevos artistas, se cubrió de rutilantes colores, convertido, al poco tiempo al regocijo juvenil y común, sonriendo como un viejo sátiro coronado de alegres pámpanos, ante quien enguirnaldadas, danzan un coro de ninfas.

Sobre la plaza del Teatro, en Mosca, fueron pintados hasta los viejos troncos de los arboles. Hubiérase dicho que cien primaveras habían volcado sobre la ciudad, sus dones policromos y enloquecedores. Se instalaron escenarios multiculores a fin de disimular la triste arquitectura de algunos palacetes mundanos y se dibujaron alegorías en las que se les enseñó al pueblo la filosofía de los más viejos símbolos. Prometeo encadenado con el viejo buitre, representado por los políticos rusos que más celebre se hicieron por su venalidad, fué el símbolo trasparente que más éxito tuvo entre el pueblo.

Los viejos monumentos del zarismo, el de Alejandro III, el del general Skobslow y muchos otros fueron derribados. Para substituirlos el gobierno ruso adoptó la decisión de erigir en toda Rusia, estatuas monumentales, glorificando los grandes libertadores del mundo; organizó para ello, un concurso, según el cual debían elevarse sesenta estatuas. Todos los artistas fueron admitidos y hubo ocasión para presenciar las tentativas más audaces y originales. La arquitectura y la plástica tuvo así ocasión de encontrar el puesto primordial que siempre ocupó entre todos los pueblos de grandes civilizaciones, ya lo griegos o los asiáticos, para citar un ejemplo.

La pequeña tela de caballete, adquirida por un individuo y hurtada a la colectividad en la reserva de una mansión particular, pierde su valor y no tiene lugar de ser. No se trata ya más de esto: se trata de un arte gigantesca que puja por surgir y afirmar sus carácteres imperecederos, contando la historia de un pueblo y de una raza. En vez de emborronar una mala tela, se trata de pintar armoniosamente una calle, donde todos podrán deleitarse artisticamente y en vez de un busto, de un bajo relieve para ser visto con luces veladas, se erigen estatuas gigantescas que dan a la ciudad su carácter intrínseco de urbe hormigueante y afanosa.

Como algo de una completa realización cabe señalar, el monumento a Dostojewsky y el monumento al "Pensamiento Humano", ambas esculturas del estatuario D. Merkoulow, que se hallan en la Avenida Zweotnoj, en Moscú, y fueron toda una revelación. Es una "prapaganda monumental", como dicen en Rusia, pero es la mejor y la más noble, porque, con ella, se le dá al pueblo la verdad, escoltada por la Belleza. Por otra parte, el Partenon griego ¿no es, acaso, propaganda tributada a Apolo?

El artista individual pierde hoy en esta época tumultuosa y colectiva su significado. La revolución rusa nos demuestra que el nuevo Arte marcha hacia la manifestación colectiva, como lo fué el arte de todas las grandes épocas. Dejaremos tras nuestro un renacimiento artístico parcial y vacuo que adoptó el lema servil de las "cocottes" para divisa suya; vana adulación, por un eclosión fulgurante un clasicismo artístico puñado de ochavos. Ante nosotros, hace su que levantará bajo el dombo añil de un cielo eternamente joven las catedrales del pueblo, cuya arquitectura tendrá el movimiento rítmico y ascendente del alma tumultuosa de las grandes multitudes humanas, trepando por las ásperas cumbres del ideal.

El más humilde menestral, el más oscuro operario, el más sordido ser de la colmena humana, tomará parte en la erección de estas obras en que se esculpirán todas las angustias y todas las alegrías de la raza.

De este modo, no solamente el hombre ganará, sino que el arte acrecentará su poderío y su eficacia educadora, bridándole desde ya a la Humanidad una época intensamente creadora, como nunca vieron los siglos pasados.

Es necesario pues que lor artistas de las jóvenes democracias, donde la tradición y el academismo hizo menos estragos, se preparen y se agiten para celebrar el magno advenimiento, haciéndose artesanos espontáneos de este arte por el pueblo y para el pueblo. Ya algunos, autores y actores, se congregaron en sindicatos, cuyo funcionamiento es similar al de los sindicatos obreros. Esto es algo, pero no es todo porque todavía continúan siendo siervos de una empresa o del gusto pervertido de la crítica burguesa. Deben hacer más e ir resueltamente hacia el pueblo, hacia la masa, bridándole espectáculos populares con las obras de los grandes genios que escribieron para que el viejo corazón del pueblo se encendiera de nuevas ansias de libertad y redención.

Los pintores, escultores por su parte también pueden hacer mucho en pro de la emancipación del pueblo. Es necesario que fraternalmente brinden sus servicios a los sindicatos obreros y contribuyan con sus dones a iluminar de una alegría multiculor las fiestas obreras. Hoy 1.o de Mayo, fiesta del trabajo, ¿cuál es el artista que participa de ella? ¿Acaso los artistas no son obreros de la belleza y el alma del excelso Carriere, del cáotico Rodin, no se estremecieron de amor hacia los humildes, hacia sus tristes hermanos a quienes nunca en su vida de sordida fealdad, penetra un rayo de luminosa belleza?

El amor que, indudablemente, todo artista sincero tiene hacia el pueblo podría hacer milagros. Con ello se provocaría la necesaria comunión eucarística entre los artis-

LOS VERDUGOS



Fraternizan en el peligro, se dan la mano, en afrentoso connubio parasitario los que sostienen por la fuerza y por la mentira, el régimen que vivimos. Frente a ellos, el proletariado consciente debe oponerse como un solo hombre, ejercitar su esfuerzo solidario y emanciparse de los verdugos de la libertad.

A LA MUCHEDUMBRE

Para los trabajadores.

Sobre la ruta de escombros
de tus avances de siervo,
entre aleteos de cuervo
marché de asombro en asombro,
sintiendo sobre mis hombros
el rayo de tus quebrantos,
los diluvios de tus llantos
que cavaron en mi mismo
un inexplorado abismo
de vergüenzas y de espantos.

¡Oh gran anciana doliente!
hoy es la aurora del día;
tus angustias de agonía
pronto trocarás, sonriente;
y habrá una aureola en tu frente,
y tu afán será fecundo,
porque ese dolor profundo
que en propia sangre te baña
al desgarrarte la entraña
te hará parir otro mundo.

Ahulla el mal en la boca
del capital insolente;
él es blasfemia viviente,
él infama cuanto toca,
él tiene el pecho de roca
cuando de miseria mueres;
él hace de tus mujeres
prostitutas y mendigas,
él hace que tu maldigas
de las cosas y los seres.

Hambriento ¡sé justiciero!
Tu hermano es hoy tu verdugo;
marchas, buey uncido al yugo,
al taller, que es matadero.
Para ti se hizo el acero
y para ti la cadena,
y en tus instantes de pena
vano es que al cielo señales;
cruces hay en los puñales
y el ara de oro está llena.

Vístete de fortaleza
ante el hartazgo villano,
que los callos de tu mano
son tus timbres de nobleza;
no empañarán tu limpieza
por más hiel que en ti derramen,
y aunque canalla te llamen
será santa tu insolencia,
que hoy está en ti la conciencia
de esta humanidad infame.

Max Jara.

tas y la masa que ha menester todo arte para ser grande puro y verdadero. Mediten los artistas todos. El problema que les planteamos, es digno de ello. "Todo gran artista es u ngran rebelde y todo gran rebelde es un gran artista", ha dicho alguien.

Dolor y rebeldía hay en la "Vida es Sueño", como lo hay en "El ingenios Hidalgo de la Mancha" y el alucinante poema de la "Divina Comedia". ¿Podrán lor artistas modernos substraerse a su ineludible misión de poetas del dolor y de la rebeldía dejando de compartir con la enorme muchedumbres de sus hermanos, las ansias, los sueños de dicha y de redención, que laten en su seno?

Los anarquistas, los que han hecho de sus vidas herramientas y, a veces, piquetas para derribar los muros de la rutina, lanzan un llamado a los artistas argentinos para que con su acción contribuyan a educar al pueblo, constituyéndose en los más genuinos intérpretes de su lucha milenaria contra todas las tiranías.

EL CICLO UNIVERSAL DE LAS REVOLUCIONES

Solo de un gran desequilibrio vendrá el equilibrio

La Revolución es el supremo equilibrio de la naturaleza, y en los tiempos que corren, el principio de la emancipación de los pueblos. Categoría inmutable en la historia humana, si nos atenemos a la lección positiva de una larga experiencia de siglos y a la nueva verdad incorporada al conocimiento traído por la maravillosa intuición colectiva, de las masas.

Impulsiones bruscas van marcando penosamente los nuevos movimientos de libertad — traídos por las crisis políticas, económicas y sociales de los regímenes autoritarios — en el mundo, como irradiaciones concéntricas propagadas crecientemente en esa "formidable ebullición de almas" llamada el cuarto estado — única fuerza capaz de romper las cadenas seculares.

Los movimientos de hondas mutaciones sociales, irresistibles como un ciclón, renacen continuamente en todas partes por la interdependencia espiritual en que se encuentran los pueblos, dado el carácter internacional y humano de la cultura y civilidad; por la necesaria relación funcional claramente sentida en el campo económico, debido a la diversidad de los factores geográficos; por la forma más o menos perfeccionada (avanzada) de la producción y por ser los problemas de la libertad política y del comunismo integralmente humanos.

El pensamiento capital marcha. Las ideas, magüer las infinitas persecuciones, propáganse con un poder de distribución maravilloso. La acción y la reacción, signos inequívocos de vitalidad, son cada día más violentos y dolorosos, como que la violencia y la fuerza forman las características determinantes de la civilización burguesa.

En vano pensadores eminentes aconsejan tal o cual medida verdaderamente radical, para otras épocas; ellas solo pueden traducir un reformismo contemporizador con el cual no se conforman las masas. Ya no hay válvulas que aguanten, o dejen escapar por gotas las pasiones desencadenadas del hombre, hijas de su misma naturaleza. Porque a la postre éste movimiento — La Revolución — que ha rebasado el espíritu de la sociedad burguesa es tan humano como cualquier otro: La Reforma, el Cristianismo. No es pues cuestión de creencias, sino de concepciones más o menos limitadas del progreso, y ello lo ven hasta "los ciegos guías de ciegos".

Lo que nosotros llamamos revolución tomada en su sentido científico — sin referirnos a la parte constructiva — es el conjunto universal de los movimientos sociales contemporáneos, avizoradores del progreso en un sentido perjudicial para la estabilidad estatal burguesa, cuyo importante papel en el proceso histórico nadie niega. Y este progreso debe medirse en la unidad total de la revolución, no en una limitada parcialidad referida solamente a una nación. Pues, porque en Hungría se restaure o no la monarquía, no es menos cierto el avance de su pueblo. Si al parecer ha retrocedido no es más que para tomar fuerzas nuevas que han de impulsarlo a una nueva revolución, integrada en el ciclo universal de la serie, que hemos dado en llamar parcialmente sociales, sin dar a la palabra más que un significado siempre de sociedad, ya que lo indeterminado de los cambios de las instituciones es variable e infinito. Aun los revolucionarios miden la hermosa ilusión del progreso desde puntos de vista burgueses como son las formas más o menos democráticas de los gobiernos y valga esto para quienes ven en Hungría un fenómeno de involución o regreso.

Probado está que los grandes fenómenos colectivos tienen un período de latencia no desestimable, si tenemos en vista el mayor tiempo exigido por la realización de los cambios sociales. Acostumbrados como estamos a tomar por medida de todo fenómeno el corto espacio de la vida del hombre.

La existencia de los gobiernos — (republicanos, monárquicos, socialistas, siempre imperialistas, expresión real y positiva del dogma de autoridad no tiene un significado tan fundamental como para detener o aminorar la marcha de las sociedades. Al fin ellos tan naturales como la revolución misma son hijos de idénticas fuerzas sociales — máxime cuando vemos en todas partes al proletariado apoyar directamente, por los traidores, e indirectamente por los políticos, guerras y malos negocios internacionales está fatalmente atado por el entrampado mecanismo de la democracia burguesa.

No creemos en el fatalismo automático de las revoluciones humanas. Pensamos que ellas como el progreso no se hacen solas, ni son hechas por las cosas; las hacen las hombres. Expontáneas y bruscas implican sin embargo antecedentes, causas, maduración, trabajo, propaganda, etc. etc.

Son hechas por la voluntad de los hombres (1) que no tienen nada que perder, por cuanto la vida al ser sacrificada en una gran empresa — lo que nosotros entendemos hoy por Justicia — traduce su valor individual en alto significado moral para la colectividad. Así por ejemplo los antiguos terroristas rusos; los sindicalistas barceloneses y todos aquello héroes civiles que como individuos llegaron donde las muchedumbres no pudieran llegar...

Anúnciase a diario la verdad del cambio y como la fuerza ya madura que ha de guiar al pueblo es el proletariado, su índice de violencia marca lo que practicamente se conquista.

No es que desde Rusia se amenazó incendiar al mundo, sino que, el incendio estaba ya empezado — por la existencia de la lucha de clases, el Estado y el régimen económico. No es que la inmensa Revolución Rusa haya traído a los valores humanos adiciones o descubrimientos fundamentales, que sino, ha convertido en realidad el sueño de justicia e igualdad de una clase, relativo o una época de la historia.

.. ..

Las revoluciones que integran el gran ciclo universal de los pueblos, como las cósmicas, no pueden ser sincrónicas tomando al tiempo en espacios de corto números de años y siendo el intelecto del hombre patrón indiscutible. Sin embargo cúmplense en todo lo abarcado por el conocimiento.

Originanse nebulosas dando nacimiento a sistemas planetarios y mundos nuevos, pliéganse las llanuras y montañas transformando continentes, créanse especies nuevas (animales y vegetales) por mutaciones bruscas. ¿Y los régimenes de convivencia societaria — políticos y económicos por qué mecanismo pueden escapar a la ley inexorable de los eternos cambios?

JUAN LAZARTE.

1.º de MAYO

Para *La Protesta.*

¿No habéis oído nunca el retumbar violento de una montaña, cuyo fuego interior se desespera para salir por algún sitio?

¿No? Pues vamos a explicarlo. Hay en el interior del planeta en que vivimos, materia candente que pugna por salir. Unas veces lo consigue; bocas, y bocas de salida concluyen por dar paso a tanto fuego. Mas hete aquí que de pronto las bocas se cierran o no bastan, y el poder inmenso de aquella fogata colosal se retuerce y se desespera, haciendo tremar amenazantes a las montañas. Por fin vence todos los obstáculos, abre la superficie, vomita con furor, vuelca en las faldas y en las llanuras su contenido, y la calma retorna, calma que suele ser fatal en principio, pero que es también, y pronto, germen de vida, de salud y de bien.

Aquella informe correntada líquida que asuela y destruye, conviértese después en abono fecundo. Y el tiempo, testigo de la historia, registra luego bellas vegetaciones y sazonados frutos.

Tal es lo que ocurre a diario en la Naturaleza, y tal es lo que ocurre también en el mundo agitado de los hombres. Los cataclismos geológicos no son sino el remedo, y más que el remedo, cabría decir el modelo, de los cataclismos sociales.

Odios inveterados, luchas fratricidas, dolores sin cuenta, he ahí el fuego eterno de la vida humana. Desde que el mundo es mundo, el hombre se debate en una guerra criminal y bárbara. No parece sino que hubiese nacido para el mal. La religión, la política y la economía, se han inventado para ser problemas. La tranquilidad, la concordia y el amor, huyeron para dejar el paso franco a la más despiadada de todas las luchas: a la lucha del hombre contra el hombre.

Y así vivimos, y así nos encontramos. Hijos de nuestra culpa, concluímos por ser los padres de nuestro propio mal. El egoísmo nos manda, la mentira nos dirige, la impiedad concluye por hacernos insensibles. Solo que cada tanto, una voz silenciosa, pero enérgica, la voz de la conciencia, sacude la modorra del deber, y entonces solemos desperezarnos; y nos desperezamos como ese fuego interior de las montañas, roncos y tremebundos, quien sabe si porque no todos nos escuchan, quien sabe si porque entonces nos creemos mejores que los demás.

Ahora, precisamente, la humanidad pasa en la tierra por una de esas crisis más violentas. ¿La última tal vez? ¡Quién sabe! No hay que ser demasiado optimista; pero tampoco ha de llegar muy lejos nuestros pesimismo. Estamos seguros que ha empezado el principio del fin.

El odio de los siglos, la injusticia de todas las horas, el abuso de los dirigentes, el dolor y la servidumbre de los oprimidos, hace crisis y brama sin cesar. La luz que la enseñanza hizo en las conciencias ha encendido el fuego de la rebelión, estando ya la justicia en los labios y la fuerza en la razón en los puños callosos de la gleba.

No hay rincón del mundo adonde no haya llegado un soplo vivificante de rebeldía. Protesta la víctima; tiembla el verdugo. Y la violencia, a la que por desgracia es menester llegar, amenaza como un índice acusador y formidable, señalando el camino nuevo de la vida nueva.

No hay duda que la revolución es una violencia y la violencia es una desgracia. Pero, ¿podría acaso llegarse a la justicia por otro camino? He aquí lo difícil. He aquí el trampolín donde los malabaristas de la palabra y los tartufos del sentimiento hacen su juego. La violencia es necesaria no por necesaria sino por fatal. Los detentadores no renunciarán a sus privilegios mientras la razón no se haga acompañar de la fuerza. Por eso el dolor de los cambios. Por eso el sacrificio de nuestros días.

Dentro del hombre hay un Satán que ruge y un Jordán que purifica. Invalidemos al primero, y purifiquemosnos en lo segundo. He ahí lo sublime. He ahi adonde ha de llegar la violencia, la crisis, el cataclismo humano, en estas horas de revisión histórica.

Todo bulle en el vientre del mundo como el fuego interior de la madre tierra. Y ha de reventar, y ha de salir a la superficie, y ha de volcar con dolor y con lágrimas el mal que asuela para engendrar el bien que nos falta. Todo cuesta en la vida, y la felicidad del hombre es tan grande, que no ha de importarnos el precio. Paguémoslo. Nunca será caro, cuando él llegue a no saberse estéril.

Y vendrán días mejores. Vendrán días en que el recuerdo del ayer apenas si rozará la vida del mañana. Vendrán otros Primeros de Mayo, en que los ecos de nuestras bocas y los compaces de nuestras canciones de entusiasmo y de protesta, no serán otra cosa que un himno colosal, un himno gigante de gloria, donde se condense la suma inmensa de todos los sacrificios, como si ello fuese el tributo desmedido del hombre, para obtener la paz, el bienestar y la concordia.

Luis Mallol.

LA HUELGA

(Conferencia leída el 1.º de Mayo de 1908 en el Teatro Nacional de Asunción, Paraguay)

Quiero deciros algunas palabras sobre la huelga, sobre la naturaleza y alcance de este instrumento de emancipación.

He oído decir mil veces, como habréis oído vosotros, que tal huelga es justa y tal injusta. Yo nunca he entendido semejante frase: "huega injusta". Todas las huelgas son justas, porque todos los hombres y todas las colecciones de hombres tienen el derecho de declararse en huelga. Lo contrario de esto sería la esclavitud. Sería monstruoso que los que trabajan tuvieran la obligación de trabajar siempre. Sería monstruoso que la infernal labor de los pobres tuviera que ser perpetua, para hacer perpetua la huelga de los ricos. Yo sé que ha sido negado mucho tiempo este derecho de huelga colectiva, que supone el derecho de asociación. La revolución francesa, que como un corcel impaciente despidió de su lomo los privilegios monárquicos y eclesiásticos que nos oprimían tan solo con el peso de las cosas muertas, se quedó a mitad de camino. Sacudió el yugo económico, el más despiadado de todos los yugos. Volcó el peso de las coronas y de las mitras, pero no pudo volcar el peso del oro, metal pesado que baja al fondo de las conciencias, y una losa de oro nos aplasta todavía. La constituyente prohibió a los obreros asociarse, y bajo ella la fiesta de hoy sería disuelta a tiros y a sablazos. Lentamente hemos conquistado, en los países que se llaman civilizados y no son en realidad sino menos bárbaros que los otros, los derechos de asociación y de huelga. No los perdamos, porque son precisos; si no nos los hubieran dado sería nuestro deber el tomarlos. No hay pues huelgas injustas. Solamente hay huelgas torpes.

La huelga torpe es la que hace retroceder al obrero en vez de hacerle avanzar. La que se resuelve en derrota en vez de resolverse en victoria. La que hace que los siervos devuelvan a la horca el flaco cuello para poder seguir arrastrando su existencia miserable. Ninguna huelga debe reclararse mientras no esté organizada en vista de una larga resistencia. A vosotros os ayudan la suavidad del clima y los recursos del suelo. Sería locura negar lo que han conseguido las huelgas bien organizadas. Cada progreso de la clase trabajadora tiene su origen en una huelga. Sin las huelgas formidables que pusieron en peligro a las grandes compañías, jamás por ejemplo hubieran arrancado al gobierno los mineros franceses las jornadas de ocho horas. La energía esencial de un gremio que declara la huelga reside en la solidaridad con otros gremios que declararán también la huelga si no se hace pronta justicia a las reclamaciones del primero. Una confederación con reservas suficientes a sostener un paro general de una semana se lo lleva todo por delante. Es que el mundo descansa sobre vuestros hombros. No tenéis más que retiraros un momento para que la sociedad se desplome. ¿Qué puedo lograr el capital si no lo oxigena continuamente el trabajo? Todo el oro del universo no bastaría a comprar una migaja de pan el día en que ningún panadero quiera hacer pan, mientras que para hacer pan no hace falta oro, porque aquí está la sagrada tierra que no se cansará nunca de ofrecer el oro de sus trigos maduros a la actividad de nuestros brazos. Y este es el premio de tantos miles de años de servidumbre bañada en lágrimas y en sangre: vosotros, y solo vosotros, sois los árbitros del destino. ¡Vuestra presencia, oh manos humildes que todo lo ejecutan, es la condición indispensable de la vida!

Extraordinario es que se discuta aún la legitimidad de la huelga. La huelga es un procedimiento omnipotente pero pacífico: su carácter es provisorio. La huelga concluye cuando el capitalista cede a la equidad y alivia la suerte de los asalariados. Aunque la riqueza no cambie de distribución y de forma, empresa venidera, es preciso que el capitalista se persuada de que el operario no es su esclavo, sino su socio, y un socio más respetable que él. Es preciso que renuncie a la cómoda teoría del salario mínimo, y a figurarse que con matar malamente el hambre y la sed puedo un ser humano darse por satisfecho. Hoy los hombres aspiran a que se les trate un poco mejor que a los perros. ¡Y esto es una subversión, un delito! ¡Ah! No son los principios de orden lo que los poderosos defienden, sino sus apetitos y sus pasiones. No defienden las ideas, sino el vientre. El obrero tiene derecho a fiscalizar el negocio en que trabaja, y a exigir su parte en las ganancias del capitalista. "Pero yo me puedo arruinar dice el capitalista, y tú no. Mi parte ha de ser mayor. — ¡Qué ventaja la mía, contestará el obrero, obrero manual o inventor, qué ventaja la de no poderme arruinar! No me puedo arruinar porque ya estoy arruinado. Me has arruinado tú. Cuanto posees es mío. Yo he levantado tus edificios, he fabricado tus máquinas, he arado tus tierras, y rascado tu oro con mis uñas a las entrañas de la roca". ¿Será censurable en los trabajadores el emplear la simple abstinencia, la huelga, para mejorar su triste situación, cuando los diplomáticos y los banqueros emplean para dirimir sus cuestiones la práctica del asesinato? Porque la guerra es la práctica del asesinato. Se pretende con ella labrar la prosperidad de una patria, a expensas de la de otra. ¿Pero en qué patria de ambos hemisferios no habrá una innumerable multitud de infelices, desheredados y explotados? Estos explotados forman por toda la superficie del planeta una inmensa patria dolorosa. Lo que urge es la prosperidad de esta gran patria, y no la de las patrias chichas. Vuestros verdaderos compatriotas y hermanos no son vuestros patronos ni vuestros jefes, sino los obreros de Londres, San Petersburgo y Nueva York.

La huelga es la peor amenaza para el capital. La huelga desvaloriza inmediatamente el capital, y revela la vaciedad de la farsa que lo creó. El capital, que no es sino trabajo acumulado para utilizar en mejores condiciones el trabajo subsiguiente, se aniquila en cuanto el trabajo cesa. El capital sin el trabajo se convierte en un despojo, en una ruina, en una sombra. Se ha pretendido que un paro universal destruiría a las masas obreras antes que al núcleo capitalista. Se ha dicho que los ricos resistirían más tiempo que los pobres a los efectos de la huelga mundial. ¡Error! Las riquezas de los ricos no les servirán para resistir. Cuando no haya quien saque a la tierra el sustento cuotidiano, los ricos no tendrán qué comer, por ricos que sean. El mundo vive al día. La humanidad cuece su pan todas las noches. De nada servirán, cuando se declare el paro, los depósitos existentes. ¿Quién preparará esos escasos víveres para la alimentación, quién los transportará a donde hagan falta? ¿Los soldados? ¿Creeréis que les será posible protegerlos y a la vez reanudar el trabajo? ¿Creeréis que los que no saben sino matar sabrán crear y producir? ¿Pero creéis si quiera que no dejarán sus fusiles en cuanto vosotros dejéis vuestras herramientas? ¡No! La desolación será instantánea, y la especie humana reducida a sí misma, desnuda y despojada de todas las armas y las insignias de su falsa civilización, será devuelta de repente a la augusta naturaleza de donde ha salido.

¡Juicio final de donde surgirá la sociedad futura! Al fin todos los hombres serán iguales, todos conocerán el dolor, el abandono, el supremo cansancio, la inclemencia del cielo y la inclemencia más dura aún de los corazones. Como en un naufragio en que de pronto, ante el abismo abierto, se muestran las virtudes y los vicios fundamentales de cada uno, el paro manifestará el valor real de lo que cada uno es y de lo que cada uno tiene. Se restablecerá la justicia, porque lo justo es que nos repartamos todos el sufrimiento y la debilidad de nuestra especie frente a lo desconocido. Se remediará la estúpida injusticia de haber hecho caer todos los sufrimientos sobre una sola clase de hombres. Y en la nueva vida los ricos verán de qué poco les habrá valido su riqueza. Los niños de los ricos tendrán por fin hambre, ¡hambre! como la han tenido desde tiempo inmemorial los niños de los pobres, y ¿qué les darán de comer? Billetes, joyas, el mármol de sus estatuas y el trapo de sus tapices. Morderán el oro, y descubrirán llorando que del oro no se vive, que el oro asesina. Los ricos se extraviarán en sus latifundios. Las selvas y los campos ocultarán las hosamentas de sus propios dueños. Y a los pobres les redimirá su número infinito, y el hábito de sostenerse con poco y de soportar todos los males. Ellos, los que penaron siempre bajo el riesgo de sucumbir y bajo la tenaza de la desesperación, resistirán más que los ricos. Pero no se prolongará mucho la experiencia. El capital anulado pasará al proletario; los ex capitalistas no vacilarán en suplicar a los obreros que resuciten la riqueza, restablezcan el trabajo y pongan otra vez en marcha al mundo. Habremos dominado toda una región del porvenir.

He aquí el papel probable de la huelga en los destinos humanos. Su acción es todavía de corto radio. Usáis de la huelga en pequeños conflictos, en problemas locales, pero no olvidéis que su trascendental misión es llegar al paro terrestre. Todo lo que se haya mantenido en pie hasta entonces se derrumbará. Y la sociedad se transformará de una manera definitiva.

¡Cuántos méritos necesitáis para cumplir tan arduo programa! ¡Cuánto valor, viviendo como vivís bajo la opresión de la fuerza, de esa fuerza encargada de velar por las arcas de los avarientos! ¡Cuánta fraternidad, cuanto tesón, para uniros robustamente y caminar juntos hacia la aurora! No se vence a los fuertes sin ser fuerte, y sin serlo de otro modo. Tenéis que ser fuertes a fuerza de ser buenos y justos. No venceréis del hierro por el hierro, porque ese triunfo sería efímero; hay que vencer por la razón. Vuestra fuerza está en la invisible ola de opinión que hace enmudecer a los reyes y paraliza los ejércitos. Deberéis la victoria a la fatalidad de las cosas y no al azar de las armas. Ante vosotros se disolverán las viejas leyes y se desvanecerán como fantasmas los despotismos, cuando en la conciencia universal esté que ellos son la mentira, y la verdad vosotros.

Luchad, pero que no os impulse la codicia. Todos nos damos cuenta que una sociedad en que por cada miembro con la existencia asegurada hay miles y miles condenados a la enfermedad, a la degeneración, a la angustia y a la muerte prematura, y donde son precisamente estos centenares de millones de siervos macilentos los que trabajan y producen, todos comprendemos que esta sociedad está absurdamente constituída, y que si no se regenera de abajo arriba la alcanzará sin remedio la bancarrota y el desastre. Pero la raíz de todo no es otra que la crueldad y la codicia. La codicia y la crueldad han hecho que en todos los siglos una exigua minoria invente y usurpe el poder, sacrificando a la mayoría indefensa, y que la historia sea una repugnante serie de crímenes. La codicia y la crueldad hacen que cada adelanto de la industria, lejos de favorecer a las clases desvalidas, aumente su tormento. Si sois también codiciosos y crueles, no traeréis nada nuevo al mundo. Si queréis hacer desaparecer el oro, no imitéis a los ricos; no ambicionéis ser ricos. No améis el oro. Amar el oro es odiar a los hombres, y no es el odio lo que ha de inspiraros, no es el odio el fecundo, el que engendrará las generaciones nuevas, sino la compasión y la justicia.

Me contestaréis que es difícil ser paciente cuando aquí mismo en un país casi virgen y de benignos rasgos como el Paraguay, se os hace a veces la vida insoportable. Fuera de la capital, donde ahora no obstante la crisis sume en la miseria a los trabajadores, mientras los que no trabajan gastan tranquilamente sus economías, se le explota al obrero sin piedad. Los obrajes son dignos de negreros, y los yerbales son la vergüenza del Paraguay y una de las mayores verüenzas de América. Sin duda cuando recordáis que un millón de compañeros vuestros, padres de familia, vagan sin trabajo en Inglaterra, y que de los Estados Unidos decenas de miles de inmigrantes, desalojados por las máquinas, regresan al báratro europeo; cuando recordáis que vuestros niños nacen sentenciados y que su débil aliento está colgado del vuestro, mientras que un paso más allá nacen niños con un capital a su nombre en un Banco, la ira os ciega. Ira justa, porque si es terrible que haya hombres ricos y hombres pobres, que haya niños ricos y niños pobres es infame. Pero sed héroes en la emancipación, ya que lo fuisteis en la esclavitud. Grande es amar a nuestros hijos, pero es más grande amar a los hijos de nuestros hijos, a los que no conocemos, a los del radiante mañana. Elevad hasta el firmamento nuestros ideales. No combatamos por codicia, ni por venganza, sino por la fe irresistible en una humanidad más útil y más bella. No desalentéis; empleemos noblemente nuestras vidas pasajeras. Si es cierto que no veremos los más hermosos frutos de nuestra obra, ya florecen bajo nuestros ojos flores de promesa. Los más ilustres pensadores del globo, desde Tolstoy a France, están de vuestro lado. A pesar de las bayonetas, habéis arrebatado ya muchas posiciones al enemigo; posiciones materiales en la contratación del trabajo, y posiciones morales. Se siente universal inquietud. Los menos perspicaces aguardan graves sucesos. Se teme, se

TODOS DELINCUENTES

Su mano inflexible puso la justicia,
del rapaz apresado en el hombro...
La mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo...
El precoz pilluelo
llevaba la angustia pintada en el rostro...
lágrimas y súplicas
llevaba en los ojos...
¡Su queja tenía
plañideros tonos!...
Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible, fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

.. ..

A pesar de la marca infamante
que el precoz pilluelo llevaba en el rostro
vi al rapaz como víctima triste...
¡como delincuentes a los hombres todos!
Llevaba el delito
pintado en el rostro...
¡cómo nimbo purísimo vieron
su angustia mis ojos!...
Me acordé de su madre... yo hubiese
saltado por todo...
yo hubiese arrancado
la mano del hombro...
¡la mano inflexible fría como el mármol
y pesada lo mismo que el plomo!

VICENTE MEDINA

---

espera. Algo salvador desciende por segunda vez a este valle de llanto. Y entre las próximas recompensas de vuestro disciplinado esfuerzo, contad con la paz internacional. No son los cuatro burócratas miopes que sesionan en La Haya los que fundarán la paz, sino la huelga. Los soldados os seguirán y se declararán en huelga. Vosotros les libertaréis del peso de sus armas y trocaréis sus herramientas de matanza por las herramientas de unión y de trabajo.

RAFAEL BARRET

———o———

A LOS HERMANOS PRESOS

NUESTRO SALUDO

Desde Tierra del Fuego hasta Jujuy, desde uno al otro extremo de la región argentina, desde la sombría ergástula de Ushuaia hasta las mazmorras del coyado del norte, desde Radowisky hasta los obreros encarcelados en Jujuy por la última "intentona maximalista", en todos los rincones del país hay anarquistas presos; la idea redentora, al extender su vuelo magno sobre las campiñas sud-americanas, fué dejando girones de su grandeza — hambres que la sirvieron — entre los dientes de las jaurías calchaquíes que defienden los intreses del capitalismo internacional en esta zona féritl de América.

No tenemos la cuenta de cuántos compañeros nos ha llevado la tiranía legal, esta tiranía sorda que desde hace años está despedazando las organizaciones obreras y llevándose los mejores miembros. Pero son muchos los anarquistas que gimen entre las rejas, son incontables los condenados por tener ideas opuestas a las de estos chacales que se reparten a dentelladas los bienes del pueblo argentino.

Hoy en las cárceles de esta capital, Prisión Nacional, Azcuénaga, Sáenz Peña y el Departamento; en La Plata, Bahía Blanca, Mercedes y Azul; en Santa Fe y Rosario; en Córdoba y Río Cuarto; en Mendoza, Santa Rosa, General Acha, Río Gallegos y, aunque ignoramos, posiblemente en casi todas las prisiones de las demás provincias. Porque en los últimos años se ha condenado a destajo por la ley social en todo el territorio; porque en todas partes, surge la idea anarquista que viene a batirse con la rutina. Y el enemigo, lo mismo aquí que en todo el resto del mundo, a las ideas opone la ergástula, que es la "razón" de este régimen.

Y el martirologio de los anarquistas se enriquece con nuevos mártires, que dan su libertad como otros dieron su vida en holocausto a la causa más grande y más noble que alienta en las aspiraciones de la humanidad.

Por eso este día, que es de protesta por todas las injusticias que hieren y afrentan al linaje humano, debemos conmemorarlo como el día de todos los mártires caídos por la Anarquía, por los que dieron su vida igual que los que dieron su libertad.

Todos son igualmente dignos de nuestra recordación y de dedicarles nuestro cariño y nuestro respeto; así Spies, como Ferrer, así Angiolillo como Bresci; los muertos. Los vivos, los que sufren la tortura de este régimen infame, ellos merecen toda nuestra atención y nuestro empeño revolucionario por su liberación. Merecen que todos nos prometamos sinceramente apresurar la caída del régimen que los oprime para que ellos, que lucharon por la libertad de todos, puedan respirar el aire oxigenado en medio de esa libertad que tanto ansiaron.

Al aparecer hoy LA PROTESTA conmemorando el día de los mártires del anarquismo, envía a todos los presos un saludo fraternal, de amor y de esperanza. Hasta las celdas sombrías, trasponiendo los fierros hostiles, llegue el eco de nuestra palabra sincera, que es cuanto podemos dar. Pero estamos seguros que ellos lo escucharán regocijados porque es palabra de hermanos que luchan por la misma causa: por la Anarquía, por la revolución social: por la libertad de todos los oprimidos.

UNA MARIPOSA MAS

Cuando me dieron la noticia no pude, a pesar de todo, retener una exclamación de asombro. La sorpresa fué más fuerte que el dolor. Y ¿cómo no asombrarme, si días antes le viera y día antes hubimos de platicar placenteramente?

Samuel, "el loco de las mariposas", como entre amigos le llamáramos, había estado a buscarme en el escritorio donde trabajo y, confiado en mi amistad que juzgara entrañable, me pidió un favor. Su faz de cobre labrada en sombras, no acusaba la más mínima emoción: ni ansiedad ni pena.

Casi me molesté por ello.

—Dí.

—Es sencillo; necesito 500 pesos.

Hubo un gesto de extrañeza por parte mía. Sabíale mesurado y parco en sus cosas, sabíale poco propenso a recurrir a nadie por mucha intimidad que tuviera, más aún tratándose de favores de esa índole...

Añadió:

—Te debería una explicación.

—De ninguna manera. ¿Por qué?

—Sin embargo quiero que sepas. Toma, lee.

Y me tendió un sobre.

Era una misiva de mujer, que principiaba con la clásica invocación: "Mi inolvidable Samuel. Torna tus negros ojitos sobre estas líneas trazadas por la humilde mano"... Y concluía, no obstante todas las faltas ortográficas, pidiendo quinientos pesos — favor que no olvidaría hasta el fin de su vida.

Doblé la carta y se la devolví. El insinuó:

—¿Comprendes?

—Demasiado.

—No, no es eso. No hagas ironía. Tú te imaginas que se trata de una mujer de "esas", pero, para pedirme lo que me pide tiene sus motivos: actualmente se halla enferma...

—Sí, esa es la razón poderosa que aduce para solicitar ese dinero.

La faz de cobre de mi amigo, tuvo un instante de palidez. Sentí vergüenza de haber sido grosero, pero, él, recalcando las sílabas, con cierta lentitud, repuso:

—Puede que sí... Sin embargo, el interés que tengo en llevarle esa suma, no se debe a lo que tu supones. Lo que yo quiero es obtener una verdad... Comprarla ¿entiendes? Dar quinientos pesos y recibir una verdad, en cambio... ¿Hay nada más hermoso?... Entretanto, el mejor tesoro, tu colección de verdades, aumenta... Como ves, se trata de una compra que es un capricho. Deseo a esa verdad, como cualquier chico un juguete. Luego la romperé... o la hincaré un alfiler y la guardaré entre mis mariposas.

Breve silencio.

—Porque, ella dice que me quiere. ¿Y habrá algo más terrible que el "te quiero" de una mujer? Pues bien, mi intención es desgarrar ese "te quiero" de trapo y llegar has su serrín... Saber, saber, he ahí lo que anhelo... ¿Qué te parece?

—¡Oh, si estás seguro de conseguir todo eso!

—¡Vaya si lo estoy! Y te diré porque... Cuando una mujer de esas te apresa en sus redes, si es de las que saben sacar partido de todo y de todos, rápidamente te avalúa. Y en seguida pone mano a la obra. Logrado su objeto te abandona. La careta, aunque no lo parezca, mortifica; se finge nada más que lo preciso. Por eso, tengo tanta confianza. Mi amiga me avaluó en quinientos pesos, una vez que los haya conseguido, ya no se cuidará de fingir. Habré despanzurrado el "te quiero", y sabré a qué atenerme. Además, me intriga que sin yo buscarla haya venido. Esa espontaneidad de chicuela me despista. Por eso, tengo tanto ahinco en saber... Así que ya ves; un simple capricho, una mariposa más...

A pesar del tono alegre y frívolo empleado para decir estas últimas palabras, comprendí que el "asunto" de mi amigo era un poco más serio de lo que él pretendía hacerme creer.

—Bueno — le dije — si es así, mejor. Donde quieres que te deje la plata? ¿Me esperas, ahora?

—Como te parezca.

—...O esta noche en el café?

—Mira, si estás seguro de llevarla esta noche a las ocho...

—Segurísimo.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche.

Y así nos despedimos.

———

Días, semanas después, me daban la noticia. Samuel se había pegado un tiro. El serrín del "te quiero',, esa mariposa más, le costó la vida.

Alfredo Valenti.

MISERIA



El explendor de los palacios, la magnificencia de los reyes de la industria, del fraude y de la política, no lograron deslumbrarnos y someternos al radio de su aureola. Nuestras pupilas, son heridas por los espectáculos siniestros de la miseria, por la tragedia de los sin pan y sin abrigo, por el dolor de las madres. el llanto de los niños, la rebelión de los fuertes...

LA BURGUESIA Y EL CUARTO ESTADO

(De "La lucha por la existencia", de M. Angel Vaccaro)

La Revolución Francesa, a despecho de sus aspiraciones sociales, en último resultado triunfó casi para exclusiva ventaja de la burguesía.

La abolición de la servidumbre personal, de los privilegios, derechos y jurisdicciones feudales, de la venalidad de los empleos, la reforma de los maestrazgos, la redención de los diezmos y la proclamación de los derechos del hombre, produjeron inmensos beneficios. Esto no obstante, era imposible contentar por entero a las clases más ínfimas, las cuales se habían unido al "tercer estado" en la lucha contra la Nobleza y el Clero.

¿Qué valor podía tener la igualdad de derechos a los ojos de la multitud falta de pan, cuando la propiedad y las riquezas permanecían en manos de los que se habían apoderado de ellas con el privilegio y la expoliación, o habían pasado a ser prenda de la codiciosa burguesía?

Las clases pobres aspiraban a mutaciones radicales y querían también reivindicar de los señores las tierras por ellos usurpadas, que constituían casi dos tercios del territorio de Francia entera.

Rousseau, en el "Discurso sobre el origen de las desigualdades de los hombres", dejó entrever que no estaba lejano el día de tan violenta reivindicación, con estas palabras:

"La desigualdad moral, fundada en el solo derecho positivo, es contraria al derecho natural, cuando no se junta, en las mismas proporciones, con la desigualdad física, cuya distinción determina suficientemente lo que debe pensarse respecto a aquella especie de desigualdad existente en todos los pueblos civilizados, por cuanto es del todo contrario a la ley natural, considérese como se quiera, que un niño mande a un anciano, que un imbécil dé consejos a un hombre sabio y que un puñado de hombres nade en la abundancia, en tanto la multitud hambrienta carece de lo necesario. No es posible que los hombres dejen de hacer uno u otro día reflexiones acerca de un do el porqué de las calamidades que los estado de cosas tan miserable, investigan. oprimen. Los ricos deben advertir pronto lo desventajoso de una guerra perpetua, cuyas costas solo ellos habrán de satisfacer, en la cual el riesgo de la vida es común y el de los bienes particularmente suyo. Aparte de esto, sea cual sea el color que den a sus usurpaciones, los ricos, quieras que no, deben convencerse de que no teniendo aquellas sino un fundamento precario y abusivo, y derivando solo de la fuerza, esta misma fuerza puede quitárselas, sin que les asista razón al lamentarse de su pérdida".

En el "Contrato Social" añade Rousseau luego que "cada hombre tiene naturalmente derecho a lo que le es necesario; que la ocupación del terreno es legítima, mientras no exceda la cantidad del necesario para vivir, y que el estado social no es ventajoso para los hombres sino cuando todos poseen algo, y ninguno tiene nada supérfluo".

Saint Just, imbuído en las ideas de Rousseau, complaciéndose en la imagen de una sociedad fundada en la igualdad absoluta, la sencillez y la austeridad. Robespierre, inseparable amigo de Saint Just, desprecia como él de todas las riquezas y plagiario suyo, abrigaba en su alma el secreto designio de abolir las herencias, de reducir la propiedad individual a una posesión tolerada por la ley, de cargar el impuesto solamente sobre lo supérfluo y de manera progresiva, y deseaba asegurar el derecho al trabajo y a la asistencia pública.

El sanguinario Marat escribía: "Los derechos del hombre derivan todos de sus necesidades. Cuando un individuo carece de lo indispensable, tiene el derecho de arrebatar a otro lo supérfluo de que disfruta. ¿Qué digo? Tiene derecho a quitarle cuanto le hace falta; antes que morir de hambre, tendrá razón en degollarlo y en devorar sus carnes palpitantes... para conservar su existencia, le asiste al hombre el derecho de atentar a la propiedad, a la libertad, a la vida misma de sus semejantes. Para sustraerse a la opresión, tiene derecho a oprimir, a encadenar, a asesinar. Para asegurar la felicidad propia, puede acudir a todos los medios".

La secta de Flobert y la de Babeuf aspiraban a reformar la sociedad en sus fundamentos, aunque fuese por medio de la violencia, de manera que todos pudiesen gozar igualmente de los bienes. Pero esas aspiraciones no eran viables, por cuyo motivo las tentativas para llevarlas a cabo fueron sofocadas con sangre. Con la Convención Nacional, el pueblo representado por los Montañeses logró prevalecer sobre la burguesía, la cual vió caer la cabeza de los Girondinos, valientes defensores de los intereses de dicha clase. No obstante, cuando la Convención quiso llevar a efecto, mediante las leyes, la repartición equitativa de los impuestos según las fortunas, la burguesía hizo un esfuerzo supremo, y, con la revolución de Termidor, venció y restableció definitivamente su predominio.

El "tercer estado" tenía interés en mantener el antiguo régimen de la propiedad, porque él era también propietario. Junto a los latifundios de los nobles y del clero, alzábase la pequeña propiedad de la cual había logrado el antiguo colono, especialmente donde fué menor la voracidad de los "señores", llegar a ser propietario absoluto.

El "tercer grupo", pues, protegido y ayudado por las clases pobres en la lucha contra la nobleza y el clero, cuando se quiso atentar contra la propiedad resistió, y al defender sus intereses, defendió también los de la sociedad y la aristocracia, que al perder los privilegios, conservó buena parte de las riquezas hereditarias. Por otra parte, el "tercer estado" podía estar altamente satisfecho de la Revolución, ya porque logró emanciparse y librar la propiedad de las cargas y vejámenes feudales, ya porque se había asegurado el poder político, del cual esperaba sacar nuevas ventajas. Por el contrario, el "cuarto estado" permaneció pobre, primeramente por la anarquía y las guerras que sucedieron a la Revolución, por el escaso favor y auxilio que le dispensaron la nobleza y el clero y por haberse puesto frente a la burguesía avara, usurera, devorada por la fiebre del lucro.

Fuera de esto, las diferentes condiciones políticas y las franquicias obtenidas no favorecieron al "cuarto estado", el cual permaneció excluído de la vida política y del gobierno del Estado.

———o———

La caida de un roble

Era el amanecer de un día otoñal. La aurora fresca y rojiza que abría sus alas y las extendía sobre el ancho río y la ciudad, parecía una doncella que sonreía su inocencia apoyando la barbilla sobre la verja de un jardín mustio. La inmensa nube americana semejaba, en la semi claridad matutina, un enorme anfibio prehistórico acurrucado a la orilla del río esperando la salida del sol para levantarse a buscar alimento; la monstruosa ciudad aguardaba la hora de hacer su engullición de sangre humana.

El viejo tornero Juan Agañón, morador del último cuarto de tercer piso del conventillo, que hacía seis meses lo tenían atado al catre sus achaques reumáticos y una tos mortífera que lo iba consumiendo, oyó un murmullo que subía desde la calle escalando los aires, y filtrándose por las rendijas de la ventana, al mismo tiempo que el sol rompía su lanza en los cristales. Recordó trabajosamente la fecha, haciendo memoria de cuando cayera en cama, las exigencias del casero, las últimas visitas de los compañeros que le habían traído algunos recursos; todo coordinado con gran esfuerzo mental arrancó una exclamación de entusiasmo. ¡Debía ser el primero de Mayo, y aquel murmullo, la manifestación obrera!

Empleó toda la fuerza que le quedaba para levantarse y llegar hasta la ventana. Una ráfaga de aire helado, cortante, lo hizo tiritar como una hoja seca que está a punto de desprenderse de la rama. Trató de cerrar, pero en ese instante otra ráfaga lo detuvo como adherido a las viejas maderas, y miles de notas bucales resonaron en todos los rincones del miserable cuarto: "Hijos del pueblo te oprimen cadenas", como una sola voz había rotó la somnolencia de la nube y poblado los aires y las estancias vacías. El sol batía su ala aurífera en las mejillas desencajadas del viejo tornero, que se coloreaban animándose a medida que el eco de la multitud se hacía más perceptible. Sus labios resecos parecían querer acompañar aquellos cantos que cada vez se oían más cerca, pero de su garganta no salía sino un leve ronquido; sus ojos ya sin brillo, se inquietaban en la pupila como si los animara el impulso de una su-

prema rebelión; el corazón le latía con violencia como si quisiera irse a influir más valor en aquellos pechos que habían podido salir a la calle.

Cesó el eco de la multitud y, después de breves instantes de abstracción, el viejo tornero volvió a sentir vibrar en todos sus sentidos la canción rebelde: "Si tu existencia es un mundo de penas"... La emoción sacudió aquel organismo descarnado como si hubiera sido una corriente eléctrica y sus manos resbalaron arañando las maderas de la ventana.

El frío de la mañana había obrado fatalmente sobre aquella piltrafa humana que se desplomaba casi inánime; a aquella materia aniquilada por las garras del monstruo industrial, la rendía el influjo de los elementos naturales; aquel espíritu rebelde que en otros días hiciera temblar de pánico a los amos, embanderado en la causa redentora que se dignificaba aquel día, caía en el supremo esfuerzo de sus ansias libertarias.

El sol, como un león fantástico, desparramaba sus melenas áureas sobre la ciudad, y allá por el fondo sombrío de una calle, semejante a una negra cadena interminable, se deslizaba la caravana del trabajo.

La manifestación vino a pasar bajo la ventana del cuarto donde agonizaba Agañón, siempre entonando la canción auroral de las multitudes irredentas. Y la energía, arrancando el postrer aliento a la materia, erguía por última vez aquella cabeza leonina para saludar a la hueste proletaria, que se alejaba en masa compacta empabesada en su cabeza la bandera roja.

Los labios convulsos pronunciaron la última sílaba del verso libertario, y el cuerpo quedó rígido, inmóvil.

Una nube ligera cruzó el espacio sombreando el cadáver, como si el sol titubeara ante la caída de aquel roble vencido. Pero fué un pestañeo de la naturaleza, para luego despojarse de todas sus gracias y arrojarlas como puñados de flores frescas sobre el cuerpo muerto del que pasó por la vida cumpliendo su ministerio de lucha. El sol lo cubrió con su manto de oro, como una mortaja.

AGUAFUERTE

¡Esos brazos!

La tierra está maldita. Seis meses hace que no llueve. Seis meses que sus entrañas preñadas de simientes no palpitan, se secan, agonizan. No florecerán este año los trigales; no vendrán las espigas a extenderse en magníficas olas de verdor sobre su regazo de madre amorosa; no vendrán con el oro de su grávida madurez a pagar ¡madre generosa! los afanes de quienes la fecundaron!... No podrá ofrecerse toda entera a esos brazos fuertes como robles que no saben de otras caricias más tiernas que las del mango de la horquilla que empuñan para peinar sobre las parvas sus áureos cabellos... ¡Esos brazos!...

—¡Señor, un pedazo de pan!

No llueve. Todo se perdió. Todo está seco, polvoriento, tristemente; esos brazos fuertes como robles se alargan implorando humildemente, avergonzados!

—¡Señor, un pedazo de pan!... Si tiene alguna changuita que hacer...

En la casa donde me hallaba, en un pueblecito de nuestra provincia, había casualmente una "changuita" para el que así acababa de pedirla. Entró a trabajar.

—¡Pobre gente! atiné a exclamar inundado mi corazón de simpatía por aquel hombre de recias espaldas y de ojos azules dulces e inteligentes.

—¡Bah! — me contestaron — estos cuando tienen un centavito se olvidan de sus penurias y lo tiran de cualquier modo. Usted los compadece porque no los conoce!

Iba a decirle a mi interlocutor que clase de compasión era la mía por esos humildes, pero me reprimí tratando de olvidar la estúpida observación que me hacía.

Aquel hombre trabajó durante dos días como un forzado y comió como un Gargantua. Cavó en esos dos días un pozo que otro ni en cuatro, según opinión del dueño de casa, lo hubiera hecho.

Pagáronle con cuatro pesos, dinero que aquel aceptó con verdadero júbilo y muy agradecido.

—Ni con veinte consigo el mismo trabajo por un pocero de oficio — me dijo satisfecho el dueño de casa.

....

Al anochecer vimos a nuestro hombre completamente borracho. En un despacho de bebidas vecino habíase gastado toda su mísera paga bebiendo y haciendo tocar, con gran alborozo de su parte, mientras cantaba y bailaba, una pianola horriblemente desafinada.

—¿No le decía yo? ¡Ahí lo tiene! Son unos perdidos...

Durmió, después, toda esa noche y eran las doce del siguiente día y no despertaba de su borrachera. Quisieron despertarle y echarle pero pude impedirlo. A las cuatro de la tarde, un niño de la casa fué a ver que hacía el "borracho" en el galpón de los fondos, volvió corriendo y todo agitado:

—¡Sabe papá, el hombre ese, viera! estaba rezando con las manos así, (cruzó sus manecitas el niño sobre su pecho) y lloraba... Le pregunté que tenía y me dijo que nada... que no le dijera nada a usted...

Al rato vi que el hombre, fardel al hombro, se iba silenciosamente a la calle...

Miré fijamente al dueño de casa y conteniendo como mejor pude mi honda impresión exclamé:

—¡Tiene razón! ¡Son unos perdidos!

J. B. Cairola.

LA FUERZA Y LA INTELIGENCIA

El miedo tiene inspiraciones grandes; crea maravillas de técnica, llena el mundo de útiles de defensa; tiende puentes sobre los ríos, horada las montañas, construye fortalezas en los campos y en las puertas de las ciudades, y, no obstante, es virtualmente infecundo, estéril en las obras de seguridad real, en las obras que integran libertades y conquistas del espíritu. Es que el miedo confía demasiado en la providencia de la fuerza bruta; que aún dominando brevemente no puede precaverse de las infiltraciones de la inteligencia, impotente para comprender y aprisionar los fulgores de la conciencia. Todas las obras de la fuerza no alcanzan jamás equilibrios de duración; sus conquistas son conquistas de ficciones. La época de la fuerza, la actual, es la más perturbadora, la que menos seguridad se ofrece a sí misma y ofrece al hombre; es significativo y de alcance filosófico importante el hecho de que el mundo de hoy, mundo de hierro, sea tan débil y tan pobre en los hechos de libertad, en los hechos de civilización y de seguridad. El hierro es duro pero la inteligencia es audaz; reíos de los cañones, pero temed a los hombres de ideas, a los hombres de pensamiento.

Julio César, en el drama de Shakespeare, dice refiriéndose a Casio: "Piensa demasiado; hombres así son muy peligrosos".

Sí; el pensamiento desnudo, solo, es peligroso, desbarata todas las organizaciones de la fuerza; el pensamiento crea la paz y la libertad, sino en los pueblos, en el individuo; la fuerza, inspiración del miedo, de la infecundidad interior, es incapaz de esa creación lo mismo en el hombre que en los pueblos, y cuando éstos se arman representan debilidad de inteligencia y de espíritu...

La LEYENDA del 1.º de MAYO

Cuando la época de vergüenza y de sangre, que agoniza con el penúltimo siglo del segundo milenio, esté bien muerta — y de la última podredumbre broten, eterno poema de la vida, las flores de nuevas primaveras madurando la mies para toda la familia humana — ya verdaderamente hermanada; na; cuando los gigantes de hierro arrastrados a través de los continentes y los océanos, por la fuerza y con la velocidad del rayo, lleven de una extremidad a otra del mundo los productos del hombre al hermano lejano — y las canciones de guerra y las epopeyas del pasado se hayan apagado, como meteoros nocturnos, en el albor de cantos nuevos, flameantes sobre la nueva transfiguración de la especie humana; cuando las lenguas suaves de Dante, de Víctor Hugo y de Cervantes se hayan fusionado en soberbia armonía ideal con los idiomas austeros de Shakespeare, de Goethe y de Dostoiewsky — y la libertad besada por el arte habrá elevado los corazones al culto del amor, de la belleza, y de la justicia, últimas religiones sobrevenidas entre los hijos del hombre, — entonces el historiógrafo, por que en aquel tiempo de verdad habrá verdadera historia, dirá a sus contemporáneos el símbolo del 1º de Mayo, llegado a ser leyenda y día sagrado para los redimidos:

"En una época ya lejana, había sobre la tierra cosas monstruosas, a las que el hombre civil de la nación humana dudaría en prestar fe, si no existieran los mudos testimonios de tanta infamia que duró una larga noche de siglos.

"Lo que ahora parece natural: el derecho al goce de los bienes brindados a los hombres por Natura y al del trabajo de las generaciones pasadas, trasmitido a las futuras como propiedad de cada uno y de todos, se consideraba utópico, cuando no era castigado como delito.

"Nacía, y moría, entonces, la humanidad con destino inicuo.

"Una parte de ella, que se llamaba la clase de los ricos, de los potentados, había acaparado usurpándolo con el fraude o con la violencia, todo el tesoro del genio, del estudio y del trabajo — la inmensa reserva de riqueza — que no un hombre, sino todos los hombres, no una generación, sino todas las generaciones, habían acrecentado con sus sudores, con sus lágrimas, con su sangre.

"La guerra del hombre contra la natura, rebelde a cederle sus tesoros, sus secretos, había sido sostenida en común, tras largos milenios de preparación fatigosa; y con todo, algunos prepotentes o estafadores se habían posesionado del producto social de los siglos, en nombre de un privilegio, que llamaron derecho de propiedad.

"Del otro lado, abajo, las muchedumbres obreras de todos los países (entonces divididos por la ambición de los poderosos) vivían en una condición extraña, incomprensible para el ciudadano de la nación humana.

"Los hombres de trabajo, que por consecuencia producían toda la riqueza, se transmitían de padre a hijo la fatiga — una fatiga de mulos — y con la fatiga la miseria.

"Las crónicas de aquel tiempo cuentan que existían albañiles de casas, los que después de haber construído tantas para aquellos que no sabían edificarlas, quedaban sin un techo bajo el cual pasar la vejez, cansada de tanto desgaste; que existían tejedores y tejedoras, que después de haber confeccionado kilómetros de paño, telas y puntillas para quien no sabía tener la lanzadera en la mano, pasaban largos inviernos sin poder cubrirse ellos mismos, sus niños, y los viejos suyos; que existían agricultores, los que después de haberse cansado por años y años en cultivar y hacer crecer, para quien no sabía guiar el arado, arroyos de trigos y otros productos agrícolas, quedaban a veces privados de la parte aún mínima de aquel pan, que los improductivos tiraban con desprecio a los perros.

"Y lo más absurdo resaltaba del hecho de que aquella clase de trabajadores que se había afanado para producir — una vez que había llenado los almacenes ajenos de su producto, y que el capricho del mercado de entonces no quería más — era arrojada en la miseria, casi condenada al hambre, por haber trabajado con exceso. Y se llamaban estos fenómenos de la imprevisión y de la estultez de aquellos sistemas, crisis de producción — mientras el mercado era una forma de robo legal, de mutua expoliación en que la suerte de las naciones y de las necesidades públicas se reducían a un vil juego de azar.

"Así marchaban las cosas con pocas cambiantes de forma, desde tiempo inmemoriable — cuando en las entrañas mismas de esta sociedad putrefacta, aparecieron los gérmenes de la Resurrección.

"Y es aquí, donde la historia, después del poema de los poetas precursores, toma los contornos fantásticos de la leyenda.

"Un día, del sepulcro de cinco mártires hechos ahorcar por una sociedad de mercaderes, en una metrópoli de América, por que habían pregonado los derechos de los trabajadores, y una jornada de fatiga menos larga y menos bestial para sí y para sus compañeros, partieron en peregrinaje para una reunión de obreros, que se realizaba en una ciudad europea, muchos hombres de buena voluntad, los que se llamaron caballeros del trabajo, como puñado de combatientes contra los caballeros de la holganza.

"Y allá en el congreso mundial, ellos llevaron esta idea, simple y grande — como todas las cosas que salen del corazón del pueblo — que el 1º de Mayo (el mes de las holganzas dulces para el vagabundaje elegante y feliz) debía de ser proclamado, día de descanso por voluntad de las huestes proletarias mismas.

"Que en ese día, los trabajadores del mundo arrojaran en un rincón los utensilios de sus oficios, cruzando los brazos ante los holgazanes de todos los tiempos, para ver si el mundo caminaba por obra de quien producía muriendo de privaciones, o por mérito del que quedaba inactivo, aun nadando en lo superfluo.

"Que en el día proclamado, los hijos de las varias naciones, mirando al Sol, comprendiesen que este empezaba a resplandecer sobre un espectáculo nuevo: la unificación de la patria universal del hombre, en nombre del trabajo.

"Y la fecha memorable empezó a regir desde el primer año de la última década del siglo XIX.

"A la mañana del día predestinado (historia o leyenda que será real de todos modos) las gentes humanas cuyo único blasón eran las manos callosas y los vientres semi-vacíos, se despertaron, acariciados por las armonías de un himno misterioso aún no escuchado por humanos oídos. Aquel himno venía de lejos, de todos los ángulos más apartados del mundo; y pasaba entre las máquinas innobles, sobre los muelles silenciosos, sobre las ciudades extrañadas, como un rumor leve de voces infinitas, en variados idiomas — un clarineo de esperanzas, de dolores, de ideales; alguna cosa que decía de la dulzura de un alborear, y de la aproximación de una tempestad.

"Los otros, los parásitos, hacían alarde de sonreir con sorna; pero la sonrisa cambióse en triste mueca, y concluyó en contracción de miedo, y en un temblor de terror.

"Y cada nuevo pretexto, a cada elevación de voz obrera pregonando los derechos del estómago mal alimentado — las clases vivientes en la holganza ordenaban a unos hombres adiestrados en el arte de matar a otros hombres, que llamábanse soldados, el exterminio a fusilazos de los hermanos, los padres, las esposas.

"Así perpetuábase este inconcebible hecho; que el pueblo trabajador que se aniquilaba para estos holgazanes, entonces llamados patrones, era el mismo que fabricaba sus cadenas, y los fusiles y los cañones que debían servir para exterminarlos, por manos de sus hijos, por manos del pueblo, esclavos ellos también, y pisoteados.

"Pero los vientos vivificadores de las primeras auroras del gran himno misterioso de Resurrección, pasaban de año en año, fortaleciendo las conciencias en los pechos obreros.

"Y las voces que se trasmitían la palabra de orden de frontera a frontera, se acrecentaban de continuo, de modo que al finalizar del siglo se trocaron en fragor de huracán.

"Fué en la primera mañana de Mayo de uno de los más agitados días del siglo XX, cuando se realizó el milagro — la transfiguración maravillosa de los hombres y de las cosas — y es aquí también, donde la historia se adorna con los esplendores de la leyenda.

"Las iniquidades, la estafas, las violencias triunfantes y honradas, cometidas en las altas esferas sociales, habían llenado en demasía el cáliz de las amarguras y de las vergüenzas, ofrecido desde siglos a las muchedumbres laboriosas, en compensación de los sacrificios inenarrables, de donde había brotado la civilización.

"El alma popular estaba llena de dolor, de idealidades.

"Cuando el primer Sol de Mayo se levantó, millares de voces cantaron de común acuerdo el himno de emancipación: porque los esclavos se habían contado, y se daban cuenta, recién entonces, que eran ellos el número, la fuerza, el derecho, la humanidad: los otros, los dominadores, no eran más que un puñado de holgazanes, temblorosos de miedo.

"Desde aquel día de luz, empieza la epopeya del género humano, la fecha histórica de la edad nueva. El milagro de todas las naciones obreras, que entendíanse hablando el mismo idioma, en acentos variados — el idioma del trabajo creador, reivindicador — este milagro de gloria, fué la redención del hombre, en la vida y por la vida".

En tal forma el historiógrafo del porvenir, cuando escriba la verdadera historia, narrará la leyenda del 1º de Mayo.

Pedro Gori.

———o———

LOS VENCEDORES VENCIDOS

Ruina económica general

Cuando Normann Angell publicó su gran obra "La gran ilusión", algunos años antes de estallar la guerra europea, fué vivamente criticada en su parte económica por muchos estadistas y políticos. Sin embargo, los cálculos de Angell se están cumpliendo hoy con exactitud matemática. Decía este autor que ninguna nación podía derivar ventajas económicas de otra nación que fuese vencida en una guerra. Hoy los países vencedores están colocados en el mismo nivel de ruina económica que los países vencidos. La baja de los valores es general y también es general la paralización de las industrias. A pesar de haber muerto muchos millones de hombres en la guerra, nunca hubo, como en la actualidad, tantos desocupados en los mismos pueblos vencedores. En Italia y en Inglaterra, principalmente, la cifra de los ociosos, de los sin trabajo, alcanza un número extraordinario, millones. Angell aseguraba que la ruina económica de un pueblo, resultante de la guerra, repercutiría fatalmente en otros pueblos. La interdependencia económica en que se funda el trabajo en las sociedades modernas nos hacen solidarios en la ruina y en la prosperidad. Alemania destruyó en Bélgica y en Francia muchas obras industriales con la esperanza de arruinar a estas naciones; pero Alemania fué obligada a entregar casi todo su material ferroviario, su marina mercante y una gran cantidad de material para industrias diversas. Alemania, pues, no puede, como antes de la guerra, por carencia ahora de material, explotar todas sus riquezas; como productora y compradora de materias primas, hace recaer su paralización sobre las demás naciones. Las naciones vencedoras no han ganado nada porque los vencidos, al perder su capacidad de productores y consumidores hacen innecesario el trabajo de los obreros de las otras naciones que les abastecían en ese sentido. Pongamos un ejemplo sencillísimo para que comprendan los trabajadores toda la importancia de este problema: un hombre gana diez pesos diarios y nos compra a nosotros el mismo valor en mercaderías; existe entre nosotros un intercambio beneficioso, el hombre trabaja y nosotros trabajamos también. Pero nosotros le rompemos un hueso al hombre y lo inutilizamos para el trabajo, o rompemos sus herramientas con idéntico resultado; al perder él la facultad de ganar sus diez pesos, perdemos nosotros la facultad de vender. Estaremos satisfechos de haberle roto un hueso, pero nos quedaremos tan pobres como él, en el mismo nivel de ruina económica. En los pueblos, el número se multiplica por millones; el hecho de destruir tantas riquezas en la guerra significa el descenso en la capacidad de producir y consumir y, por consiguiente, la ruina de todos, vencidos y vencedores dada la dependencia económica en que hoy se vive.

Estas verdades no las quisieron comprender los políticos y, probablemente no quieran comprenderlas nunca porque a ellos no es el interés colectivo el que los guía en sus ambiciones; en unos, el afán de glorias y aventuras como en el Kaiser, en otros el deseo del lucro como en los poderosos sindicatos de banqueros de Francia y de Inglaterra, y los trabajadores, que no ganan ni gloria ni dinero, pagan todas las consecuencias. El desastre económico que deja la guerra es inmenso, general y costará muchísimos años de sacrificios para repararlo. Las exigencias de los aliados con respecto a Alemania, tampoco reparan nada a pesar de que ellos dan a esas exigencias el título de reparaciones; porque, como también lo ha demostrado Normann Angell, ningún pueblo, sin perjuicio para sí mismo, puede derivar ventajas de otros pueblos arruinados. Alemania tendrá que pagar mucho; para satisfacer la deuda, los trabajadores alemanes pagarán crecidos impuestos, el salario tendrá poco valor adquisitivo y las naciones que venden mercaderías a Alemania tendrán que guardárselas; y esto traerá el abarrotamiento y la consiguiente paralización industrial y el consiguiente callejón sin salida.

El callejón, sin embargo, tiene una salida; y es la revolución social. Si los pueblos eliminan el poder político y capitalista de la burguesía y se ayudan como buenos hermanos repartiéndose las pesadas cargas de la pasada guerra, el desastre económico podrá ser reparado en poco tiempo; sino, el desastre seguirá quizá hasta cuando con perjuicio para todos y con la perspectiva nada halagüeña de que, una vez reparado, vuelva a estallar otra furibunda guerra, cosa muy posible y hasta fatal como una ley matemática en las naciones donde impera el poder político de la burguesía explotadora y el militarismo ansioso de gloria guerrera.

———o———

LA PRODUCCION BAJO EL REGIMEN DEL CAPITALISMO

Consecuencias previstas

Después de terminada la guerra europea, se presentaron problemas económicos muy graves. El precio de los víveres, durante la situación bélica, había alcanzado una altura prodigiosa. Para no morir de hambre, comenzaron las huelgas parciales y generales para obtener salarios que correspondieran al nivel del costo de la vida. Pero los economistas burgueses, que son unos sabios maravillosos, dijeron que para abaratar la existencia era necesario dejar de hacer huelgas y dedicarse a intensificar la producción. El señor Samuel Gompers, líder de los obreros norteamericanos adheridos a la famosa federación amarilla, se hizo propagandista de ese principio de los economistas burgueses e incitó a los obreros a que se dedicaran a redoblar los esfuerzos para aumentar considerablemente el rendimiento de la producción. El principio parecía tan claro y sus consecuencias tan buenas y claras también, que muchos otros capitanes del proletariado lo adoptaron recomendándolo a los gremios. Pero, nosotros los anarquistas — siempre hemos de ser nosotros los que veamos un poco más allá de nuestras narices — manifestamos que, bajo el régimen de explotación capitalista, toda intensificación del trabajo perjudica, en último término, al mismo trabajador. Si la sociedad estuviera bien organizada y se trabajara para cubrir necesidades, claro está que cuanto más se intensifique la producción más abundancia habrá de productos y más fácil será la vida material para todos los miembros de la sociedad. Pero cuando se trabaja en vista de la ganancia dejando a segundo término o no pensando en las necesidades, la intensificación significa el abarrotamiento y la consiguiente falta de trabajo, la huelga forzosa. El fenómeno se ha presentado ya tal como lo habíamos previsto. La situación europea es terriblemente mala para los trabajadores; industrias importantes cerraron totalmente sus puertas, otras funcionan dos o tres días semanales y los obreros que trabajan se han visto forzados a aceptar la baja de sus salarios. Los industriales dicen que tienen sus depósitos llenos, que no hay pedidos. ¿Entonces la intensificación que se proclamaba hace dos o tres años no ha traído la abundancia y la baratura co-

mo se esperaba, y una consiguiente elevación material del obrero? Sin duda, en muchos artículos se ha notado una considerable baja de precio. ¿Pero qué significa esa baja si el obrero no puede comprar porque tiene que holgar forzosamente, porque las industrias están paralizadas? La capacidad de comprar en el proletariado ha disminuído; poco importa que las cosas — algunas y las menos necesarias, que los víveres todavía están por las nubes — valgan baratas si no hay dinero para adquirirlas.

Todo resulta excesivamente caro cuando no existe la capacidad de comprar. Se abaratan las cosas y falta el trabajo; esta manera de abaratar es propia del capitalismo y una consecuencia de la intensificación de la producción bajo el régimen de explotación.

Las consecuencias que ahora saltan a la vista las habíamos previsto muy bien. No obstante, los eternos cretinos nos llamaban descontentos dogmáticos. No, caramba; a nosotros no nos engaña la burguesía. Todas esas patrañas las tenemos muy bien analizadas. Cuando otros proclamaban el principio de intensificación nosotros decíamos al proletariado que antes de poner en práctica tal principio se adueñara de las industrias, eliminara al capitalista que sólo hace producir para especular y obtener grandes ganancias. Ahora vendrá la miseria para los miles y miles de trabajadores que, durante meses, trabajaron como burros llenando los depósitos; vendrá el hambre espantosa, los suicidios por desesperación, la muerte, todo el cortejo de calamidades que soportan los pobres que no tienen siquiera un amo que explote sus brazos. No faltarán economistas y líderes obreros que traten de solucionar el problema con principios parecidos al principio de la intensificación. Tampoco faltaremos nosotros para decir la verdad de lo que es necesario hacer para la solución del problema: adueñarse de todos los medios de producción, hacer circular lo que existe en los depósitos y trabajar para cubrir las necesidades. Es la única forma de eliminar la miseria y la desocupación. Es también la única forma en que resultará provechosa toda intensificación de la producción.

---o---

!Salud, madre Anarquía!

En esta hora de convulsiones sociales en que una parte de la humanidad lucha denodadamente por su emancipación política-económica y la otra — la minoría — por la perpetuación en el poder para seguir usufructuando todo el bienestar inherente al predominio, es necesario más que nunca afirmar la Idea que ilumina el escabroso sendero de las reivindicaciones.

Y digo hoy más que nunca, por que en los períodos álgidos de la reacción es cuando se conoce la convicción profunda de un ideal y el temple toledano del que lo sustenta con ansia infinita de verlo materializado.

Y, también hoy más que nunca, es cuando el verbo de la Anarquía debe ser pregonado a todos los vientos para que las multitudes se acojan a sus benefactoras irradiaciones.

Porque Anarquía es liberación del yugo político de los hombres y del yugo divino de un monstruo antropomorfo llamado Dios; es igualdad social y económica. Porque Anarquía significa Amor en sus más nobles manifestaciones. Y porque Anarquía no es un dogma cristalizado — negativo de la vida — que subyuga y mata; es germen evolutivo, sin solución de continuidad, de todo lo más bello y noble de la naturaleza.

Es... ¡Anarquía!!!

El canto triunfal de las aves que anuncian el nuevo día. El nexo — generatriz de una nueva vida — de dos cuerpos que se juntan y de dos almas que se confunden en la cruda noche de invierno en la infecta buhardilla suburbana.

Es Anarquía...

Rebelión y no imploración.

De los parias del salario; de las mujeres maltratadas y vilipendiadas en el taller, en el hogar, en la iglesia y en la calle, hechas carne de placer en la plenitud de sus juveniles años y desechadas en el agotamiento de su juventud; de los niños sin abrigo y sin alimentos enfangados en el lodazal de las putrefacciones sociales.

Es Anarquía...

Látigo que cruza y hiere el rostro de los potentados de la tierra que en su afán de predominio y de lucro personal, expolian y esclavizan a los pueblos. Es conmoción sísmica que barre las fronteras...

Es flamígera espada que troncha y derriba los ídolos divinizados por la idiotez humana a través de varios siglos de oscurantismo religioso.

Es rayo que fulmina y alumbra.

Es aquilón que hace estremecer los vetustos cimientos del armatoste social, cimentado en la infamia y la mentira.

Es Anarquía...

Muerte y Vida.

Sepultura del pasado y del presente y cuna del Avenir!

.. ..

Por el pronto advenimiento de la Anarquía, — reino de paz y concordia — luchemos sin cesar sembrando las preciosas semillas de la Verdad en los cerebros ignaros para que germinen y frutifiquen.

Hagamos tremolar bien alto el rojo pendón — símbolo de fraternización universal — en esta hora de convulsiones, afirmando una y mil veces nuestra resolución inquebrantable de libertarnos de toda tiranía político - religioso - económica, porque queremos ser libres y hermanos; porque no queremos más miserias ni vilezas.

Despejemos con la pluma las brumas que oscurecen el cerebro humano y cortemos con la tajante espada el nudo gordiano que nos esclaviza.

Y así, podremos gritar a pleno pulmón: ¡Salud, oh, tú, Madre Anarquía!

Severo Bruno.

DEL PATIBULO

El patíbulo se levanta en Granada... Amenaza en Zaragoza...

El verdugo y el buitre, el desvalijador de cadáveres y el cuervo, señorean y vuelan sobre la "España Negra".

Hablemos un momento del verdugo, del más sincero de los verdugos, dueño y señor de tantos y tantos verdugos de entre bastidores como ejecutan sentencias en silencio... Hablemos del "Señor de París", del "Marido de la Triste Viuda" (la guillotina), del "Ejecutor de altas obras", como se le llamara con grave estilo en otros tiempos, o del innoble "buchí", que así se le tituló también por nuestro gitanesco pueblo en días de suplicio...

Tantas leyendas se forjaron en redor del verdugo desde los felices días de Juan Diente (aquel bravo cuanto leal ejecutor de don Pedro "el Cruel", que a una seña de un señor y dueño descargaba la maza sobre los inermes infantes de Castilla) hasta los desdichados de D. Aureo Fernández, último fenecido verdugo de la Audiencia de Madrid (sede vacante ayer para la lúgubre "máquina de afeitar oficial"); que referirse a los suplicios y a sus inhumanos embajadores fuera tanto como historiar el mundo desde su fundación, y ejecutar al mismo tiempo la paciencia de mis lectores.

Desde los que pintan el verdugo como execración y aborto de la Humanidad, hasta aquellos que le elevan como salvación de ella (que así lo hiciera el conde José de Maistre), median siglos y siglos, en cuyo transcurso lúgubre fué siempre el ejecutor firmísima base del drama humano... Balzac, en su trágico cuento "Misa durante la Revolución francesa", nos presenta a Sansón, el ejecutor de Luis XVI, romántico y llorón, arrepentido de su crimen.

Para la literatura terrorista de otors días "El verdugo de Astrakán" fué como símbolo de execración, horror y duelo.

El verdugo, según afirman unos, vivía fuera de las ciudades, en una casa pintada de rojo, de la que huían aterrados niños y mujeres. Cuando recogía su salario hacíalo de rodillas y levantándolo del suelo, donde se le arrojara con menosprecio...

El ejecutor — aseguran otros — era un magistrado con quien departían, amigables y respetuosos fiscales y jueces, nobles ciudadanos y pacíficos burgueses...

En Valencia y en Zaragoza el verdugo había de ir al mercado para comprar sus víveres acompañado por un "corchete" o alguacil, y no podía tocar cosa alguna con las manos sin señalarla con una varita. En En cambio Luis XI de Francia invitaba a su mesa al ejecutor, vestido de rojo, que le seguía como un perro fiel.

—¿Qué hay de cierto en tan contrapuestas afirmaciones? ¿Fué el verdugo siempre signo fatal del menosprecio público?

Registrando la Historia se halla por igual confirmación para unas y otras versiones.

El verdugo (¡y bien curioso fuera, ¡oh, eruditos!, escribir su roja historia!) en unos pueblos vivía, con efecto, ofendido y aislado. En algunas regiones de España vestía traje especial y se le menospreciaba en las relaciones sociales; pero en cambio, y si se puede creer lo que el abogado Maton de la Varenne dice en la famosa "Memoria que dirigió a la Convención francesa para proclamar, ¡nada menos!, que la inclusión del verdugo entre los elegibles para cargo de diputado. El ejecutor de la justicia había sido en Francia, a lo menos durante largo tiempo, merecedor de general aprecio. "Un mandato del Parlamento de Rouen, en 7 de julio de 1781, y otro anterior de 16 de noviembre de 1681", prohibe, bajo multa de cien libras, "llamar verdugos en "son de menosprecio" a los de Rouen, Sres. Jerey y Joanne".

" Quién no recuerda con ternura — exclama luego "maitre" Maton — las virtudes de Jacobo Garnier, el verdugo de Rennes que dulcificaba los últimos momentos del condenado, y, a cuya casa concurrían los magistrados para jugar a los bolos, tomándolo como árbitro cuando se discutía una jugada"?

Esta "Memoria" (la de Maton de la Varenne — decía Marat en "El Amigo del Pueblo" —, es obra maestra de "sensibilidad", gusto y erudición. El prejuicio contra el verdugo queda destruído en esa obra que no es posible leer sin "conmoverse"),

El verdugo fué, según circunstancias y tiempos, magistrado salvador durante el "Terror", amigo de los tiranos y comensal de ellos, siniestro símbolo y execrada figura...

Todo fué el verdugo: elevado al trono un día; otro, perseguido, dilapidado, ejecutado mañana; tranquilo burgués y sanguinaria fiera, compasivo, obligado funcionario, brutal "dilettanti" de los inhumanos suplicios, tembloroso ejecutor y sensiblero, llorón, monstruo y loco... bestia humana como Krauss, el gigantesco verdugo de Berlín, y culto refinado artista, coleccionador de cuadros como lo fuera Sansón, nieto del ejecutor famoso de Luis XVI; bestial, bonachón, cual José Lebon, el proconsul revolucionario de Arras en 1793, que componía en el tablado, con cadáveres guillotinados, obscenos cuadros; o refinado, espiritual, filósofo, como aquel Monnier, verdugo de París, que hallándose en Londres hacia 1788, y en una fonda donde comían alrededor de la "mesa redonda" distinguidas personas, fué reconocido por una de ellas e invitado a salir del comedor.

"Es verdad — exclamó Monnier—, soy el verdugo; no me choca la repugnancia que siente ese señor hacia mí. Me conoce, pero me ha visto una sola vez... cuando le señalé la espalda con el hierro enrojecido y algunos azotes... Si lo dudáis, pedidle que se desnude".

Salió el verdugo, pero su víctima lo hacía momentos después entre la rechifla de los comensales, indignados justísimamente con el "alguacil alguacilado".

Aun presentado en tan ingeniosa forma, sentimos horror hacia el verdugo, en estos días deificado por España la medioeval y por Inglaterra antaño la libre... Mi repugnancia hacia la pena de muerte, que conmigo naciera, se hizo invencible cuando la casualidad me hizo un día leer en cierta antigua crónica desperdigada en mi biblioteca, un episodio histórico, que a vosotros, lectores sensibles como yo, os estremecerá de horror...

Elena tenía veintidós años; era una linda muchacha de Bourg le Brosse... Acusáronla del delito de infanticidio. Ocurría ello en 1647. El Tribunal la condenó a la pena de muerte.

No hubo compasión para su delicada juventud, ni temor ante las dudosas pruebas que la acusaban... El día de Pascua fué conducida al patíbulo la sentenciada infeliz... Doblaban las campanas de la ciudad con lúgubre mosconeo. La voz del bronce oprimía los corazones... Tocaban a muerto...

Pronto los heraldos unieron el ronco son de sus trompetas con el tañido de las campanas. Sus toques estremecían la ciudad como desgarrados lamentos... La luz del sol hería tristemente el cobre de los clarines... Ronco son de trompetería entraba sordamente por las casas todas del pueblo...

Al oírlo caían de rodillas las mujeres, rezando por el alma de la infeliz que iba a morir... Tras los heraldos desfilaron las autoridades, ceñudas, gravemente silenciosas... Apareció la condenada después... Iba en rústica carreta, anudada al cuello larga soga, según decreto del Parlamento. Dos padres jesuitas, varios capuchinos, procuraban cristianamente consolar los últimos instantes de la condenada a muerte. Agitaban sus manos Cristos de bronce, imágenes de marfil y cobre, crucifijos en que aparecía como sarcasmo el Cristo del perdón... Cerca de la condenada estaba el verdugo, armado de cuchilla fúnebre, y, junto a él, ¡la verdugo! (1), esgrimiendo en su diestra enormes tijeras... Los arqueros, vestidos de militares arreos, de pintorescos trajes, resplandeciendo su pecho con bruñidas corazas, armados de puñales y mandobles, rodeaban el siniestro carro... La multitud se apiñaba tras ellos... Eran los lamedores de patíbulo, la grosera, hedionda canalla, que goza con humanos sufrimientos, que grita, ebria de sangre, cuando rebotan cabezas en el tablado; la misma que aclamaba ayer a Robespierre triunfante y a Robespierre decapitado; la que hoy mismo en el París centro de Europa, entona infames coplas cuando agoniza un infeliz guillotinado bajo la inexorable cuchilla; la que ayer, según acusan oficiales telegramas de Londres, aplaudió, salvaje, cuando en la torre de la prisión apareció la bandera negra, anunciadora de la ejecución de Casement...

Burguesillos y estudiantes desocupados y mujerzuelas, ladronzuelos y aristócratas, rateros, canalla vil, seguían la carreta, levantando rumor de tempestad. No hubo compasión para la víctima... El horrendo patíbulo se recostaba, amenazador, en el fondo de la plaza...

La infeliz reo subió las gradas más muerta que viva, seguida de la pareja de verdugos, de religiosos que balbucian plegarias.

Quitóla el verdugo del cordel que oprimía el cuello de la condenada; cortóla después el cabello con enorme tijera, y la vendó los ojos... Cantos plañideros subían lenta, sordamente, hasta los azules espacios del cielo...

En esto, el ejecutor de la justicia comenzó a palidecer, a temblar. Volvióse tan sensible y blando, como su mujer, la verdugo, displicente y feroz.

El verdugo, según cuentan viejas crónicas, era un hombrecillo débil. Había comulgado por la mañana, y al contemplar la infeliz víctima se sintió vencido... Dirigióse al pueblo, y, conmovido, gritó:

—Perdón... estoy enfermo; me consuma la fiebre...

Después, tambaleándose, tembloroso, alzó los ojos al cielo y arrodillóse ante la reo, pidiéndola por dos veces perdón... Rogó a los religiosos que le bendijeran.

El odioso marimacho, que deshonraba sexo y humanidad, prestamente colocó a la condenada en el tajo...

El pobre verdugo, sobreponiéndose a la emoción, temblando, alzó la cuchilla... La voz de frailes y jesuítas volvió a escucharse lúgubre..

—¡Jesús! ¡María!

Angustiosos de agonía salían de salían de la multitud, como si toda ella latiera en un mismo corazón... La cuchilla del verdugo resbaló sobre el cuello de la víctima...

Su delicada, blanca garganta tiñóse con el rubí de la fresca sangre... Volvió el verdugo a gritar:

—¡Matadme!

Enfurecida la muchedumbre principió a lapidarle... Mas la verdugo feroz, fiera repugnante con humana forma, volvió a colocar en el tajo a la desmayada víctima... Da el verdugo otro golpe más profundo y la infeliz no muere.

El griterío de la canalla rugió entonces como desatada tormenta... Arreciaba la pedrea; jesuitas, capuchinos y verdugo, a todo correr, se deslizaron por la empinada gradería, refugiándose, aterrados, en la cercana iglesia.

La inconcebible tragedía entonces principió.

Quedaron frente a frente condenada y verdugo... Poseída de furor, relampagueando sus ojos de chacal, rechinantes de ira los dientes, la infame ejecutora lanzóse sobre su presa... Semejaba un hambriento lobo enmascarado con sangrientas salpicaduras... Cogió la soga y anudóla al cuello de la víctima... Oprimiendo sus pies el pecho de la infeliz, intentaba estrangularla... Pero la reo, en supremo espasmo oprime la cuerda con sus manos y se defiende... La verdugo ruge de cólera entonces, enloquece de furor... Epiléptica de crueldad, presa de caníbal histeria, arrastra su presa hasta el sangriento tajo, y blandiendo la enorme tijera, intenta decapitar a la condenada.

El furor del público, generoso al fin, se desborda ante la bárbara escena.

Robustos brazos levantan a la víctima infelice teñida en sangre, amortajada en palideces de agonizante...

Racimos de soldados y de arqueros caen confusamente por las graderías del patíbulo.. En aquella canalla, hasta entonces, impávida ante la horrible escena, había surgido el corazón plebeyo, justiciero, generoso...

Un grupo de albañiles y carniceros acometió al patíbulo, apoderóse, rápido, de la víctima, sofocando sus desgarradores gritos, y pudo conducirla a seguro lugar. Aquellos ciudadanos honrados vengaron a la humanidad ofendida por patibularia canalla... Inmediatamente dirigiéronse a los frailes; querían ahorcarlos, "lyncharlos"...

Los jesuítas habían logrado huir por una puerta excusada de su refugio... Apoderáronse en seguida del verdugo y de su mujer, a martillazos y pedradas los machacaron, los despojaron y arrastraron luego por las calles, entre rugidos e insultos de la justiciera multitud... Entretanto la condenada volvía a la vida... Tenía dos heridas en la espalda, seis de tijeras, que le atravesaban garganta y labios; las caderas deshechas, señales y contusiones de arañazos y pedradas.

Cuenta la vieja crónica francesa, por mi torpe mano extractada y que por honra de la Humanidad debiera ser apócrifa, si no lo acreditaran respetabilísimos testimonios, que al despertar de su agonía la infelice mártir, en fuerza de cuidados volvió a la vida... Enloquecida preguntaba a cada instante: "Me matarán? ¿Me matarán?". Curó, sí, la desdichada, y perdonada fué por el rey...

"Arrepentida de sus culpas — termina la crónica — profesó en religión y pudo morir, ya de edad, santa y tranquilamente..."

Respiremos.... Cuando tales horrores se leen, siquiera por decoro de la estirpe humana, quisiéramos ser víctimas de pesadilla cruel... la relación, sin embargo, repito, es rigurosamente exacta...

Pero, ¿de qué asombrarse?... Se dice, en loa de la civilización, que hasta en el arte de ejecutar, en la carreta de verdugos, progresa el mundo... Esto mismo dijeron de la guillotina sus inventores... Era un adelanto..

¡Gran honra para el progreso!...

¡Adelantos! Entre la verdugo francesa y esos ejecutores modernistas que allá, en Nueva York, se solazan fríamente buscando a los pacientes suplicios nuevos, la barbarie, al fin, poco tendría que escoger...

La espada medioeval, la corriente eléctrica tan en boga hoy día, pues hasta para morir hay modas, coinciden en una igual crueldad: la de arrancar humanas vidas en nombre de ejemplaridades del todo desacreditadas.

Es original la tan repetida como resobada y famosa frase de Alfonso Karr: "Suprimiría la pena de muerte; pero que empiecen los señores asesinos"; mas es la más genial de las paradojas.

La crueldad no debe, no puede servir de norma a la justicia.

De proclamarse la barbarie jurídica, más noble fuera cifrarla en el potro y en la inquisitorial picota, en la rueda, en el tormento y en la hoguera, en la guillotina del 93 y en el Consejo de Diez de Venecia.

¡Al fin representaban un sistema, la organización social que arrancaba de un período histórico y se ungía en un poder necesitado del terror para sostener sus prestigios!

Pero cuando la ceguera política y la barbarie juntas llevan a la horca a los caballeros del ideal, cuando Inglaterra, la liberal, que tantas veces execrara por la divina pluma de su historiador Macaulay, ya los horrores de Cronwell, ya la represalia de los jacobistas, pretende, ¡vano empeño!, ahogar con la infamante cuerda del patíbulo impulsos del espíritu, nobles aspiraciones de la raza irlandesa, habrá que maldecir del progreso humano, considerar más lógicos a Torquemada o a Robespierre, a Cronwell o a Saint Just que a Mr. Asquith o a Lloyd George.

Saint Just, era lógico, cuando en los días del "Terror", en plena fiebre sanguinaria defendía su propia cabeza y la de la revolución francesa, recitaba a Sansón, el verdugo, la oración tremenda: "¡Santa Guillotina, trabaja; continúa sin descanso tu obra; sé tú la propulsora del "bienhechor bendito terror", que nos salvará... La vida

(1) Este cargo, el de la verdugo, aún cuando increible parezca, existía en los antiguos tiempos de la justicia francesa. Así consta en crónicas de indiscutible autoridad histórica. Anatole France refiere también este hecho, seguro de haberlo compulsado en documentos veraces.

CARAVANAS TRAGICAS



La guerra, los desastres económicos, los caprichos de los déspotas crean esas caravanas trágicas de productores, esos rebaños tristes de emigrantes que cruzan pampas y mares con la ilusión de hallar en continentes lejanos, un mendrugo de pan. Como si el mundo entero no estuviese asolado por el mismo mal, y el problema económico se resolviera en un cambio de clima y de latitud.

de Francia revolucionaria, ¡santa guillotina!, está hoy en los cementerios!"

Mas por ser tan lógico, Saint Just mereció de Carlyle, del genial historiador inglés en "Historia de la Revolución francesa", la maldición y el menosprecio de la libre Inglaterra.

Años hace hería los sentimientos de Inglaterra una frase del drama "Maria Tudor", que puso Víctor Hugo en labios del carcelero: "Mira, Gilbert, el hombre que conoce mejor la historia de estos tiempos es el verdugo de la Torre de Londres".

Los liberales ingleses protestaron de que se les tuviese en concepto tal... Eran entonces enemigos fieros britanos y franceses.

Frase por frase, ¿indignará también ahora a los ingleses, a los ejecutores de Dublín, aquella tan famosa con que Isnard, el girondino, profetizó desde la tribuna de la Convención el fracaso de la crueldad: "¡Matad, verdugo; la guillotina es jardín regado con sangre donde brotan y fructifican cuantas nobles ideas salvaron a la humanidad; matad!"

RODRIGO SORIANO.

(De "España Nueva".)

CARTA GAUCHA

Me disen q'escrib'algo, que hable algo en criollo en LA PROTESTA del 1o. de Mayo. Y yo no soy rogao.

Diré — y esto pa que óigan los criollos — que hoy no es un día de fiesta como el vainte y sinco. No se vayan de boca, paisanos brutos; no se vayan a crer que hoy, porque no se trabaje, tienen que dir a mamarse, como en los días de fiesta. Hoy no es como el vainte y sinco, que se churrasque, se juega a la taba y se corre la sortija. En este día no se has'eso; se sale de las casas con el cuchillo bien afilao pa meterle con la polisía si se presienta l'ocasión. Porq'en este día, áura muchos años, hubo un gobierno q'hiso una canallada con los trabajadores.

Eran sinco o sais, buenos muchachos todos, que querían mejorar los sueldos de toda la gente d'ese pueblo. Hisieron una güelga macuca y la ganaron a fuersa de aguante y de muñeca. Hubo chumbos y ojaladuras de cueros. Fué gorda la cosa. Dejaron al gobierno y a los ricos con una cuarta e narises y no fueron a trabajar hasta que no les pagaron lo q'ellos pedían.

Entons'el gobierno, esclaro, se quedó mordiendo, y en combinasión con los ricachos inventaron una perrería: los metieron presos a los sinco mosos, les hisieron un juisio como a los piores asesinos, los diarios — pa darle una mano a los otros maulas — digieron que aquellos presos tenían l'intensión de haser volar todo el pueblo con dinamita pa quedars'ellos solos de dueños y q'el gobierno debia e matarlos proq'eran muy peligrosos. ¡Figurensén qué barbaridá!!

El gobierno y los ricos ¡qué más querían sinó que alguno les hisiera chumalé! ¡Después de tener a los mosos como un año en la cársel, los sacaron un día y ¿saben lo q'hisieron con aquellos probresitos? Los colgaron a los sinco y los orcaron! ¡Q'injusticia!

Y dise que murieron hablanro y putiando a los vedugos.

¡Eran machos en toda la liña!

Los trabajadores de todas partes, cuando supieron semejante perrería, se declararon en güelga y protestaron con alma y vida. Y esto susedía en los primeros días de Mayo, no me acuerdo en qué año.

Desd'entonse, todos los años, los trabajadores de todas partes, tanto de Uropa como de Rusia y de Norte América, hasen güelga en ese día. Es como un funeral de cabo de año: nadie trabaja, unicamente que sea muy desgrasiao, como los milicos y otras gentes infelises; y todos salen a la calle con banderas coloradas, como desafiando a los mandones, que saben estar en ese día que no les cabe un'alfiler...

Así que ya saben los criollos, hoy no se trabaja; es un día de salir con el cuchillo bien afilao dispuesto a meterle con la autoridad para vengar la sangre de aquellos pobresitos que orcaron tan injustamente. Hoy no se farrea, ni se emborracha ningún hombre desente; no se llora tampoco, porque no hemos de vengar los muertos llorando: hoy se sale dispuestos a cuadrarse frente a frente de todas las autoridades del mundo y desirles:

¡Viva la anarquía, maulas! ¡Métanlé si les parese!

Juan Crusao.

D'Annunzio, Romain Rolland y "La Nación"

D'Annunzio, el áeda, cuya irrisoria emulación con el Dante, ha dado lugar a una serie de historietas más o menos divertidas, se casa por tercera, cuarta o quinta vez. El asunto no nos interesa mayormente. Luisa Baccara, pianista que amenizara las veladas de D'Annunzio en Fiume, es la elegida. El asunto, repetimos, no encierra para nosotros mayor interés, si no fuera que a través de toda obra de arte y en todo artista, tenemos la costumbre de buscar el hombre. Una separada del otro, no nos convence. Creemos que la vida del artista, está indisolublemente unida a su obra. Ejemplo Segantini, y si se quiere un caso más típico, Baudelaire. Baudelaire, se objetará, no fué un hombre de moralidad impecable, pero nunca fué un arrivista. D'Annunzio, lo ha sido, y lo será siempre. Las mujeres italianas y la rancia aristocracia, fué el Montecarlo de este genio literario, cuyas incursiones por los jardines ubérrimos de Swinburne y la poesía simbolista francesa le fructuaron cuantiosos hallazgos literarios que hubieron de deslumbrar a un público numeroso que no siempre podía tener tiempo, ni afición para averiguar de donde procedían. Esto, empero no significa acusar a D'Annunzio de plagiario, — cosa que se ha en Italia con bastante buena suerte para Marinetti y Cía., — sino de establecer su filiación libresca, su literatura a través de otras literaturas, su falta flagrante de originalidad creadora y su proverbial impotencia para modelar figuras humanas de vida imperecedera. "Imaginífico", le llamó en Italia, algún adulador. Si, imaginista, capaz de crear imágenes muertas, metáforas mustias de tanto andar por todas las literaturas; sinfonista verbal, poseedor de un instrumento casi prodigioso, pero mal artista, si hemos de considerar a esta palabra en su acepción estricta, que significa creador.

Y D'Annunzio, hasta ahora no ha creado más que palabras. "Velivolo", "Serenísima", Foscarina" y otras palabras muy sedeñas, muy bellos son los descubrimientos realizados por D'Annunzio en el campo del arte y que más pertenecen a la filología que a otra cosa. Cuando abordó la tragedia, su fracaso fué completo. "La Nave", "La Gioconda" y otros abortos literarios fenecieron bajo la densa capa retórica de este acróbata de la palabra. La Duse y Zacconi, contratado este último, por aquella, fueron sus víctimas propiciatorias en el ciclo d'annunciacono que emprendieron por Italia. El fracaso, fué artístico, financiero. Los públicos italianos, aunque prendados de la retótica no pudieron resistir aquellos simulacros artísticos que nada nuevo decían por que su autor nada tenía que decir. D'Annunzio maltrecho por sus fracasos literarios, se metió en la política. Desde entonces "La Nación", diario retrógrado de la Argentina, empezó a "protegerle". Palabras fervorosas de admiración, surgieron entonces con cualquier pretexto, alabando al poeta. Era el homicida, el portaliz, el vate, el aeda del genio latino.

Con motivo de los esponsales del poeta con la Luisa Baccara el fervor se acentuó, el panegírico tomó giros extremos. Con un deplorable gusto, aludiendo a la edad y a la invalidez del poeta italiano, la recordaron sus mismas palabras:

"Siete per me signora ome
un giardino chinso"...

Si, "la de los cabellos ticianescos" resultará para el esposo como un jardín vedado. Solamente que esto, debería importarle poco a "La Nación", como nada nos importa a nosotros. Pero es el caso que el órgano mitrista, al alabar a D'Annunzio llevaba su segunda intención. No solamente obedecía a motivos de pura tilinguería, propios de su idiosincrasia, sino que intentaba desmedrar a alguien.

Días pasados, al fin tuvimos la prueba, leyendo un artículo sobre Romain Rolland. Ahí el autor de "Juan Cristóbal", de las biografías de "Miguel Angel" y "Tolstoy", era tratato de "anarquista nebuloso", de "alemán" y otras lindezas más o menos idiotas. ¿Por qué? Cuestión de psicología. "La Nación", que tiene la psicología de un "vallet de chambre" en retiro, no puede soportar las prédicas generosas del solitario de Ginebra. "Será el jefe de los anarquistas intelectuales de Europa", dice con cierto dejo de despecho. ¡Vaya una vergüenza! Como si anaruqistas no fueran todos los más grandes genios de la humanidad. Pero "La Nación", no se contenta con eso y trata de darle consejos a Romain Rolland. Dice que debiera ser menos agresivo, que debería tener un poco más de humor. Max Twain, el payaso norteamericano lo tuvo e hizo grandes cosas.

En fin, "La Nación" logra con estas palabras poner en evidencia su mentalidad de "cocotte"... No quiere que los escritores hagan pensar, quiere que la diviertan, que le cuenten chascarrillos, que le den novelas pornográficas como "Il piasere", donde poder revivir pasadas orgías. Está bien, es su gusto, nada de malo hay para nosotros a que lo continúe cultivando.

Unicamente nos parece reprobable que para alabar a D'Annnunzio, insulte a Romain Rolland que, además, de un escritor, es un hombre cabal y honesto, quien jamás ejerció el "proxenetismo literario" de un fantoche como D'Annunzio. ¿Qué no le agrada Rolland? Déjelo un paz, no pronuncie nunca su nombre. De todos modos, nunca Romain Rolland se acuerda de "La Nación", ni de las medias cucharas que en ese órgano oficían de críticos literarios.

NO TEMAS AL DOLOR

No temas el Dolor, porque nos salva
de caer en indignas somnolencias;
él alumbra las almas como un alba
y evita las humanas decadencias.
El sirve de acicate
para seguir la brega.
!Guay de quién se amilane haciendo entrega
de su voluntad férrea en el combate!
Jamás te domes y dobles la rodilla
ante los dardos que el dolor te clava;
si las flechas el dolor despide de su aljaba,
tú verás la Esperanza cómo brilla
cual si fuera una estrella, en tanto cava
tu persistencia en el sagrado suelo
que recibe la siembra
como fecunda hembra
que inocula el germen con amoroso anhelo.
No temas el Dolor. El es fecundo
y varias veces ha salvado el mundo.
Empuja a la doliente caravana
que ante el Simún, se reconforta ufana
porque un oasis divisa
en lontananza;
y el Nirvana,
solo merece para ella una sonrisa
que engendra la esperanza
de ver frondosidad mientras avanza...
No temas el Dolor. Piensa y alienta
que el suplicio no representa afrenta
para aquél que sueña en la conquista
de un venturoso reino
que vislumbra a la vista
a través de las llamas de un infieno.r
No temas el Dolor, hermano.
Mientras lustras la bota del tirano,
piensa en la atroz revancha
que prepara tu pensamiento inquieto;
por ello, tu pecho ensancha
y reflexiona con el mayor secreto,
meditando en el efecto de la plancha
que se desquiciará como montañas
aplastando desmanes y patrañas.
No temas el Dolor. Tu angustia muerde
considerando que en el vasto espacio
ni una molécula ni un átomo se pierde;
y por eso, tu gesto de rebelde
recordarán los hombres, cual se recuerda a (Caslo.
Ausculta y escudriña los impulsos
que generan el Bien. Y reconforta
tu ánimo en saber que los convulsos
movimientos que hacen la vida corta,
abren otros veneros.
Mientras la muerte avanza
por trillados senderos,
la Vida se abre paso a la Esperanza...
Piensa en la magnitud de tu obra
y recuerda la angustia del minero
que entretanto da brillantes al banquero,
por valor de unos mendurgos cobra...
Acumula la luz del Pensamiento
en tanto aquél prepara su piqueta,
y así como el minero, hambriento
de Justicia se encuentra, tú, sediento
de verdad, reclama tu derecho a ser poeta.
Hermanos en dolor, no lo temais;
porque el dolor, el alma fortifica;
pues si la vida, con el cilicio os arrancais,
vuestro pregón el Sol que vivifica...
Imitad el ejemplo
de Sansón, que ante el engaño de Dalila,
derrumba el falso templo.
Arrasad exaltados como Atila
todos los privilegios que contempla
por cuya causa el pueblo se aniquila.
Oid mi exacerbada arenga
que, con dolor, presiento que se pierde
cual grito en el desierto,
todo el que agravio recibido tenga
y por ello se destroza y muerde
el corazón que salta de su pecho abierto.
Oculta
esa inmutabilidad de momia:
la razón por la fuerza está sepulta
y mi verbo, a que emerja su resplandor la (encomia.
Para ello
habemos de expandir nuestro destello
cual la aureola de un astro,
glorificando la virtud del vuelo
o levantando la mirada al cielo
con el gesto genial de Zoroastro...
Piensa, medita, reflexiona y palpa,
que a los incas alienta
el soplo de Atahualpa
para vengar su ignominiosa afrenta.
Calcula, que a la vez que roe la entraña
de Prometeo, el buitre siniestro,
glorifica el dolor y la patraña
del Olimpo, desenmascara el genio diestro.
Mira como Jesús abre sus brazos
implorando piedad para el culpable,
sin fijarse en su cuerpo hecho pedazos
por la turba miserable...
Contempla a Galileo
al que arranca los ojos la canalla
que no obstante su obsesión y su deseo
porque triunfe la sombra, la batalla
pierde, aunque a Girdano Bruno
arrójalo a la hoguera;
mas como el Sol, el Pensamiento es uno
y agita entre las llamas su bandera...
No temas el Dolor, magüer te entre
hasta la médula su puñal de acero,
no renuncie la vida por los tormentos harta.
Piensa que todo vientre
que se abre, es un venero
y sin dolor agudo, no habrá parto...
No se contriste tu alma macilenta
al peso de dolor, procura soportarlo
como el suelo recibe la tormenta
sabiendo que ella viene a fecundarlo...

RUIZ CRUCES.

Del libro próximo "Estelas en la Bruma".

Destrozando las cadenas y derribando los ídolos, la humanidad marchará hacia un porvenir mejor, no conociendo ni amos, ni esclavos, no venerando sino a los nobles mártires que han pagado con su sangre y su sufrimiento las primeras tentativas de emancipación y nos ha iluminado en nuestra marcha hacia la conquista de la libertad.

***

El pueblo, harto ya de engaños, se pregunta el por qué de sus situación, luego de haberse dejado gobernar durante tanto tiempo por la burguesía, y halla la contestación en la situación económica de Europa.

***

Triste es el espectáculo que ofrece Europa en este momento, pero edificante al mismo tiempo.

Pedro Kropotkine

El amor y el matrimonio

En el amor todo es secreto: los amantes buscan y desean la soledad; para su imaginación no hay isla bastante desierta, rincón bastante oculto donde esconder su felicidad; ellos sienten horror a las indiscretas miradas de los extraños. Quien al amor le quitara el secreto le quitaría todo su encanto. Es solo insensiblemente que de los primeros poéticos éxtasis de las almas se llega a goces más corpóreos; la mujer no había previsto el momento en que habría cedido, ni el hombre aquel en que alcanzaría la victoria. Y estos momentos fugaces son luego sepultados en el misterio que los hace casi olvidar, o por lo menos los circunda de una vaga incertidumbre, de una nebulosidad que por largo tiempo deja en el fondo del alma, inalterado, el recuerdo y el encanto.

En el matrimonio, en cambio, todo está fijado anticipadamente; el esposo y la esposa saben, varios meses antes, la hora en la cual podrán amarse, y no sólo ellos sino también todos los amigos y los conocidos de las dos familias saben la hora, el día en que sucederá lo que debe suceder. Todo es público, fijado, regulado: si algunos pormenores están ocultos por una puerta cerrada, los esposos en su efusión ven penetrar hasta ellos las miradas cínicas de los curiosos y de los envidiosos.

Y esto sucede porque si la civilización, la evolución de la especie humana han aportado al amor infinita delicadeza, lo han circundado de infinita poesía, el matrimonio en cambio se ha detenido en la condición barbárica, ha conservado toda la crudeza de las costumbres antidiluvianas, cuando aún no había sido inventada la mujer ni el amor.

El amor es casto, el matrimonio es impúdico.

A. Karr.

—:o:—

MAYO

(Alegoría)

La Aurora, a la que los rojizos destellos hacen más bella, emerge en el Oriente.

Con una mano entreabre los tules matinales, en tanto la otra, erguida en un gesto viril y de amplitud mundial, muestra la tea encendida de las ansias proletarias.

Talleres, fábricas, minas y transportes, como al conjuro de un segundo de epopeya, silenciosos, desiertas, inmóviles, han paralizado el nervio de la vida.

Cual la calma, augural de la tempestad, el silencio del trabajo tiene algo de trágico.

En la hosca voluntad de transformar al agitado trajín del trabajo activo en el reconcentrado silencio de un día, se oye palpitar, como alocado, un deseo en el corazón de la falange obrera.

Es que sueña.

Sueña con una humanidad más bella y justa.

Con una comunidad donde no haya esclavos y opresores. Donde el fruto del trabajo del músculo o del cerebro sea propiedad común.

Por eso, en la reconcentración que se adivina bajo el ceño adusto, se oye palpitar la gestación de una nueva sociedad.

Y Mayo (que los mártires empurpuran con la sangre ofrendada en el altar de sí mismos) asomando en el Oriente saluda a todos los esclavos del trabajo, que se sienten libertados al estrechar la diestra al compañero que se baña en el rojizo destello de la Aurora que levanta con gesto viril de amplitud mundial la tea de la reivindicación proletaria.

Henry Silva.

—:o:—

Los niños y las madres

Hace algún tiempo, leí las siguientes palabras de Andrés Girard, que considero un tratado de higiene moral.

"Dejad al niño libre, libre de pensar, libre de hablar, de obrar. Si por el hecho de su libertad algún peligro le anemaza, apartadlo de él o bien enseñádselo dulcemente, amistosamente, como un hermano mayor más experimentado; si no atiende a la razón distraedlo, ofrecedle un placer más atrayente, nada es tan móvil como el espíritu del niño. Pero que jamás sienta su voluntad subyugada por la vuestra, que os encuentre su igual y no su amo, que toda vuestra superioridad solo la vea en un saber más grande, en una más grande experiencia de la vida, que hagan de vos a sus ojos un protector y un amigo".

¡Cuán erróneamente se educa hoy a los niños!

En muchos hogares, tanto pobres como ricos, no se tiene para el niño ni aun los cuidados con que trata un jardinero a un rosal. El niño es con frecuencia un juguete que sirve para hacer reir a sus padres, haciéndolo repetir frases muchas veces impropias, y hasta obligándole por medio de amenazas a que haga gestos, o pronuncie lo que les ha caído en gracia.

Las madres que son las primeras maestras de la infancia, desconocen por completo los deberes de su elevado magisterio, y ese desconocimiento es causa de que nazca en los niños el orgullo y la envidia. En la casa donde hay más de un hijo, los padres suelen mostrar predilección por alguno, de donde sobreviene la envidia de los otros.

Jamás he oído que al asear o engalanar a sus hijos diga la madre: "si vas aseado estarás más sano, y causarás más alegría en tus padres, maestros y amiguitos". No usan ese lenguaje las madres, sino al contrario; si es una niña, le dicen que será más hermosa, que es la más bonita de la calle y que se casará con un marqués, con lo que se desarrolla la coquetería, la vanidad y el orgullo. ¿Cómo hemos de extrañarnos luego del estado deplorable en que se halla la mujer intelectual y moralmente hablando?

"Que os encuentre su igual y no su amo".

¡Cuán contrario es a esto el trato educativo que se da hoy a la infancia! La madre, las más de las veces, o déspota o falta de carácter, hace del niño un hipócrita o un desvergonzado. Cuando el hijo no atiende a la razón, ninguna madre sabe distraer al niño ofreciéndole un placer más atrayente "sino por el contrario, o bien se ríe y acaba por darle dinero para que compre golosinas, o le pega duramente o lo amenaza con decírselo al padre, haciendo que el niño a fuerza de oir la cantinela "se lo diré a tu padre" acabe por sentir terror y comprender que el padre es el más fuerte, por creer que es malo, con lo cual el niño abusa cuando está con la madre que es débil y cuando viene el padre se hace el santito, o sea el hipócrita, y de este modo se va formando el hombre, cargado de prejuicios que más tarde le han de hacer a la vez déspota y esclavo.

Pero no es de la mujer la responsabilidad, sino que ella es la primera víctima de esos malos sistemas educativos. Niña aun si es obrera comienza a ser carne de explotación burguesa, si es rica la llevan a un convento para que las monjas la eduquen y la instruyan. Al tomar estado la iglesia le exige tan solo que sepa de memoria algunos embustes del catecismo, la ley civil le manda estar bajo el dominio del hombre, y los padres, especialmente las madres, solo saben aconsejarle tonterías, que la hacen más esclava y más hipócrita.

Sobre esa pirámide del artificio y la ignarancia se sostiene la familia.

¡Cuánto falta que aprender!

Teresa Claramunt.

¡HOY!

Hoy, sí, señores gobernantes, clérigos, policías, militares, jueces y burgueses, hoy, el proletariado rememora una de sus grandes efemérides históricas en la que se abrió un cauce por donde las masas populares marchan hacia la conquista de sus derechos hollados por vosotros durante los siglos transcurridos.

Hoy, el mundo obrero se congrega para hacer afirmación de sus nuevos ideales emancipadores para protestar contra todas las injusticias sociales. Para poner de manifiesto, oh señores representantes y defensores del actual orden social, que vuestro imperio está bamboleando y próximo a derribarse. La revolución social está minando los cimientos de vuestra sociedad; pues así lo determina esta época de renovación, que va afirmando cada vez con mayor solidez los principios básicos del comunismo anárquico.

Hoy, se extiende por doquier la rebelión de los oprimidos contra los opresores. No hay cárceles ni cadalsos que detengan la ola revolucionaria; es la voz de los tiempos que anuncia para la humanidad días mejores.

Hoy solo los ciegos y los necios no divisan el porvenir. ¿No observáis que en todas partes los productores se agitan exigiendo el respeto de sus derechos y que avanzan sin respetar leyes ni códigos? Eso demuestra que los privilegios de clase están en plena bancarrota.

Ya era tiempo, señores burgueses, que la revolución social extendiera sus alas por el mundo. La sangre derramada en pro de la liberación de los pueblos, desde Espartaco, que en Roma se rebeló contra la esclavitud hace 1992 años, hasta nuestros días, tenía forzosamente que abonar la tierra para que madurara el fruto del ideal de redención. De manera, pues, que está sucediendo en el mundo lo que era preciso: destruir una época de injusticias y oprobios y crear una nueva era de equidad y de amor.

Hoy, señores gobernantes, las leyes de represión que decretais, como todas las medidas que practicáis para conservar vuestras posiciones, no tienen más virtud ni lograrán otro propósito que adelantar los acontecimientos, que acelerar el paso de la revolución. Por cuanto tales procedimientos de coerción obligan al proletariado a estrechar filas para internacionalizar sú acción contra la tiranía estatuída y contra la opresión, cada día más desenfrenada del capitalismo.

Hoy el proletariado sábe perfectamente adonde se encamina, se ha trazado su verdadero rumbo que lo conduce al puerto seguro de su salvación. La revolución proletaria que se está desarrollando en el orbe entero va destruyendo las viejas formas de la presente organización social, apoyada en la tiranía y va creando la nueva sociedad basada en el amor, en la solidaridad y en el libre acuerdo.

Hoy la clase obrera abandona el trabajo para demostrar a los potentados que ella, la clase productora, constituye una fuerza consciente capaz de hacerse respetar en todos los momentos. Para afirmar que el estado es la negación de la libertad y que por esa razón debe desaparecer. Para negar la existencia de Dios y afirmar el racionalismo basado en las investigaciones de la ciencia. Para protestar contra la propiedad privada y prestigiar el comunismo. Para poner de relieve una vez más lo ridículo que es el concepto de patria, que no tiene otro fin que sembrar el odio entre los pueblos para hacer perdurar los privilegios de los capitalistas; por esto afirmamos los desheredados que para lograr la felicidad humana, la única patria del hombre deberá ser la tierra entera. En una palabra, los trabajadores se congregan hoy, para protestar contra todas las instituciones nefastas que componen al actual andamiaje social y exhortar a todos los hombres libres a prepararse apremiadamente para hacer la revolución que nos conduzca a la igualdad y a la libertad, que equivale decir al comunismo y a la anarquía.

Joaquín Hucha.

Montevideo, 1921



La ANARQUIA y el DOGMA

Las ideas deforman el conocimiento de la realidad

He aquí un ejemplo indiscutible: Después de haberse escrito millares de tratados de semeiótica y haber hecho costosas y pacientes clasificaciones de las manifestaciones patológicas de la vida, la nueva ciencia médica asegura que el buen clínico debe tener muy en cuenta que no hay enfermedades sino enfermos; es decir, no debe someterse al cuadro o sindrome sintomático de una enfermedad la percepción de un hecho morboso o de una serie de hechos, pues éstos tienen su valor independiente y substancial, aunque coincidan más o menos con la descripción de una entidad clínica configurada y descripta en la ciencia libresca.

La naturaleza no está sujeta a las leyes y a los derroteros que los hombres le trazan y le dictan. El valor de una ley científica ni es absoluto ni apodíctico. La prueba más concluyente es esta: muy pocas son las verdades que se conservan vivas a través de los siglos; lo que nuestros abuelos conocieron y creyeron, lo reputamos falso y absurdo, y lo que creerán y conocerán nuestros hijos, quizás contradiga y rectifique lo que creemos y conocemos nosotros.

Nadie ha enunciado todavía una verdad universal y eterna. Lo que se creyó perfecto e inmutable, sufrió modificaciones y evoluciones; y la nueva filosofía considera que es muy justo hablar de una historia natural de la verdad, de su génesis, su crecimiento, su decadencia y su muerte. Pues bien: si la verdad y lo verdadero tienen una existencia y un valor relativos, condicionados por el tiempo y el espacio ¿cómo creer en el valor universal y eterno de las leyes generales, de las clasificaciones, de los arquetipos?

Ya se ha dicho que la nueva concepción de la medicina proclama, no el tratamiento de una enfermedad, sino el tratamiento de un enfermo; lo cual significa una saludable reacción científica contra la filosofía escolástica del medioevo, que sostenía el valor real de los universales, de las categorías lógicas y de las leyes generales.

Las nuevas concepciones filosóficas dan más significación científica a los hechos que a los principios. Sobre esas concepciones descansan gran parte de las ideas predominantes en la alta ciencia y en la filosofía, las cuales llegan a la conclusión de que no hay leyes generales, conclusión que los anarquistas tienen muy presente en sus luchas y en sus embates ideológicos contra los sistemas de organización económica, política y moral establecidos.

No hay leyes generales, hay solamente hechos particulares.

Una ley es la fórmula que resulta de la comparación de una serie de hechos en los que se hizo abstracción de las diferencias en beneficio de las semejanzas y las coincidencias.

La verdadera filosofía anarquista, antidogmática y anticanónica, yerra, vacila y se desvaloriza cuando "deduce" y está en todo su vigor cuando "induce" o infiere, cuando estudia los hechos singulares para elevar la conciencia de la humanidad a planos superiores y a horizontes más lejanos.

Una ley general es algo hecho, algo que supone un sistema, un acabamiento, una conquista; ante ella el espíritu no debe inquietarse ni conmoverse; no tiene alicientes ni estímulos para el trabajo. Una ley general es una conclusión que adormece, así como un hecho espolea e incita.

Además, lo real no es lo general, lo encasillado, lo clasificado y catalogado, sino lo concreto, lo particular, el "hecho".

Contemplar las cosas a través de las leyes generales, de las conclusiones, de las clasificaciones que establece la lógica por exigencias del mecanismo mental, es deformarlas y predisponer al individuo a una vida de apartamiento de la realidad y de quietud de espíritu.

Es permitido establecer o formular una ley general hipotética, como transición entre lo conocido y lo que está por conocer, pero no está permitido al anarquista "deducir", sin observación y estudio, de esa ley general hipotética, la naturaleza exacta de los hechos particulares que supone.

Un hombre de ciencia es anarquista mientras combate y destruye las hipótesis, las leyes generales y los dogmas de los hombres de ciencia que le precedieron, y es conservador cuando formula leyes y conclusiones creyendo haber llegado a la verdad absoluta e indestructible, a la meta de un trabajo que no termina, que no debe terminar nunca, porque el descubrimiento de la verdad es un trabajo infinito.

¿Moraleja?

Lo que dijo Kropotkin no puede servir de base a una fisolofía de la revolución.

Es deber de los anarquistas investigar y estudiar los hechos, independientemente. Y para ello no han partir de Kropotkin, sino de la realidad.

El individuo como centro del mundo.

Cada organismo consciente es el centro del mundo; siente, piensa y quiere en conformidad con su constitución fisiológica, y su constitución fisiológica es la resultante de todas las fuerzas hereditarias y las particularidades del ambiente, que han obrado sobre él en su desarrollo.

Nadie puede substraerse al influjo del medio ni a las fuerzas ancestrales de la raza; fuerzas regresivas o progresivas, según fortifican o debilitan la vitalidad orgánica.

La vida, para el hombre es la suma de realidades pasadas, presentes y posibles que llenan su conciencia; quitad a un ser humano la memoria y no lograréis que se dé cuenta de su individualidad; privadle de su conciencia y borraréis un mundo registrado en el transcurso de la experiencia en las circunvoluciones del cerebro; privadle de sus sentidos y no tendréis hombre, en la acepción psicológica de la palabra.

El mundo es mi representación, la visión interior que tengo de él; visión encendida en la conciencia por las impresiones que le trasmitieron los sentidos, de la realidad sensible.

Ahora bien: los sentidos no sienten el mundo exterior de la misma forma, con el mismo tono, con igual medida en todos los hombres.

La experiencia es un proceso completamente individual; en psicología, como en fisiología, no hay verdaderamente un tipo genérico que nos dé la medida de todos los hombres. En la especie humana se nota tanta divergencia como entre dos especies animales vecinas. El psicólogo dice que es preciso estudiar el individuo para que su ciencia esté más fundamentada; el médico, que no hay enfermedades, sino enfermos.

Sólo mediante abstracciones enormes podemos unificar bajo un tipo genérico a la humanidad. Los hombres que no se sienten en disconformidad con nada de lo establecido, aceptan esas abstracciones como verdades probadas e irrefutables; pero los que cultivan su personalidad, contra los sentimientos y pensamientos de la sociedad y de la época en que viven, se oponen a esa nivelación general que constituye el pedestal de la tiranía.

Los anarquistas consideramos en cada hombre todo un mundo sensible e inteligente, tan lógico y tan interesado en afianzarse en la vida como el nuestro.

Los seres conscientes no coinciden, sin ayuda de la abstracción o del cansancio y de la abulia en la apreciación de una realidad cualquiera; para que esto pudiera ser habría necesidad de igualar en absoluto su pasado, su herencia y las condiciones de su desarrollo. Y esto no es posible de ninguna manera.

Los anarquistas, en la convicción de que cada individuo es el creador de su mundo psicológico y de que no hay dos hombres que puedan identificarse en absoluto, por su psicología y por su fisiología, se distinguen de los grandes científicos que no ignoran esta verdad, en que niegan el derecho a un hombre para imponer a los otros su manera de ver y de apreciar las cosas.

Los anarquistas afirman que nadie es el poseedor de la verdad única; la verdad es de todos y de cada uno; nace en la relación del individuo con la realidad sensible y es, por tanto, individual.

Se llama tiranía a la coacción que un ser racional hace para que otro juzgue, sienta y quiera como él.

La libertad individual "es la clave de toda la doctrina anarquista".—(Fabbri).

El mundo sensible y el mundo racional son del color del temperamento con que se siente y se piensa.

La divergencia de temperamentos — divergencia normal o patológica — a la cual hay que agregar las huellas que el medio ambiente deja en los seres vivos, da por resultado distintos modos de apreciar la realidad, diversos juicios sobre las cosas, varias modalidades espirituales frente a los problemas que plantea la vida, progresivamente expansiva e intensiva a las criaturas humanas.

Lo que queremos los anarquistas es que se respeten las modalidades y los juicios individuales y que, bajo ningún concepto, se los cohiba en su desenvolvimiento.

Pero como la comunidad es condición esencial de vida, y la vida es común exige conformidad en muchos principios, de ahí que nosotros apoyemos el libre acuerdo como sistema de relaciones, no el acuerdo forzoso a que hoy nos someten las clases privilegiadas que legislan las tendencias de su voluntad.

Podría argumentarse que nuestra propaganda revolucionaria y progresiva contradice el respeto que proclamamos hacia todos los hombres y hacia todas las expresiones del vivir; mas se desconoce que nosotros queremos el desarrollo natural del individuo y de las sociedades y, actualmente, se desenvuelven aquéllos y éstas en condiciones inhumanas, sujetos a los caprichos, veleidades y ambiciones del egoísta privilegiado.

Nuestra propaganda no obliga a nadie; nuestra sed insaciable de progreso no significa un imperativo de progreso para el individuo o para la sociedad, aunque la sociedad y el individuo acaben por aplaudirnos y entendernos, y se organicen y cultiven de acuerdo con nuestras aspiraciones.

El anarquista vendría a ser el órgano social más diferenciado para la percepción de nuevos caminos y nuevas perfecciones; el órgano del progreso eterno y sin límites, en una palabra.

El individuo y la sociedad.

Tan realidad es el individuo como lo es la sociedad; y tan equivocados andan los que concluyen en la superioridad de la sociedad sobre el individuo como los que sostienen la superioridad del individuo sobre la sociedad. Ambos razonamientos son metafísicos y parten de principios que fallan por su base.

El hombre — dija Arístoles — es un animal político, es decir, sociable; así, pues, somos animales primero, y luego, animales que vivimos en sociedad. Nuestro bienestar, debe ser una resultante del bienestar común; y los intereses que nos favorecen a nosotros y a la descendencia no son opuestos a los intereses que favorecen a la comunidad en que vivimos.

Los anarquistas, precisamente porque su sensibilidad es más delicada que la del resto de los hombres, no llegan a la aberración de considerar su felicidad como algo independiente de la felicidad social. Se sienten personales, unos, y no oponen el individuo a la sociedad; se sienten solidarios con la comunidad en que actúan y no ahogan en ella al individuo; pero sí hacen de su libertad y de su dicha el contenido de la felicidad de todos.

Un anarquista no es libre, mientras un solo mortal, víctima de la injusticia, haga vibrar en su alma las fibras de la solidaridad y del amor a los que padecen.

El anarquista que se llama individualista se sacrifica por el bien de todos; esto prueba que el nietzscheismo no tiene nada de anárquico. Las doctrinas individualistas que hacen del hombre un Napoleón que detesta a la chusma y se cree superior a ella, están enormemente alejadas de la filosofía anarquista, que es, precisamente, una filosofía del progreso, el cual, en sus gérmenes primeros, se manifiesta en el individuo, no en la soliedad. Anselmo Lorenzo lo dice: "el progreso no es exclusivamente obra del individuo y de la multitud, sino que, ante todo, es obra individual" ("Evolución Proletaria", pág. 175).

La filosofía anarquista, aunque tenga su base en el individuo, no es antisocial, como la de Nietzsche, ni egoísta como la de Stirner. Nosotros propulsamos las fuerzas sociales descontentas hacia la abolición de la propiedad privada, que es una especie de continuación de la personalidad, y hacia todas las formas posibles que impliquen un adelanto, una perfección en la producción, en el cambio y en el consumo; si el comunismo económico es mejor que el régimen individual de posesión y producción, nosotros apoyaremos al comunismo; dentro del comunismo, no cesaremos de trabajar por el advenimiento de nuevos progresos en la vida económica, pues somos, por principio, enemigos irreconciliables de todo estancamiento.

Los anarquistas estamos situados en una posición ideológica tal, que la visión del bosque no es un requisito para que neguemos la existencia de los árboles, ni la visión del árbol es un obstáculo para que afirmemos la existencia del bosque y la relación de intereses comunes que ligan al bienestar del uno al bienestar del otro.

Hay socialistas que ven solamente el bosque, la sociedad. Esto fué posible un día, allá en los tiempos primitivos, cuando el hombre existía fuera de sí mismo, cuando formaba un todo con la naturaleza; sus pensamientos y sus sensaciones se confundían; pero el resultado reflexivo a que hemos llegado independizó la personalidad humana, trazándole inconfundibles contornos y dándole consciencia de sí misma.

El que yo afirme una cosa que otro niega ¿no es prueba de mi independencia? Y el que yo quiera reformar la sociedad en que vivo ¿es que un indicio de mi dependencia de ella?

La sociedad es, por esencia, conservadora; el que se rebela y concibe los fundamentos de algo mejor es el individuo.

Un pueblo, aguijoneado por la prédica del precursor, puede romper cadenas y realizar magnas epopeyas revolucionarias, pero no crea, no es anarquista; esterilizados, los motivos que lo llevaron a la acción, se adormece y apacigua.

Un pueblo se libra "de algo", pero no se libra "para algo".

La máxima libertad de una sociedad se expresa en las épocas de agitación y de revuelta; en otra ocasión cualquiera vive sujeta férreamente a un sistema, a una rutina; pero en el sentido democrático es libre; ella misma forja y acetpa sus cadenas, a las cuales viviría eternamente amarrada, sin la rebeldía individual de los creadores, de los anarquistas, de los órganos del progreso.

Los sistemas acabados perfectos de vida.

La anarquía ha venido considerándose muy generalmente como un conjunto de reformas más o menos revolucionario y catastrófico; como un sistema de filosofía acabado y perfecto, y por lo mismo, estrecho y dogmático, dentro de su teórica tolerancia y su aparente amplitud; ha venido considerándose como un anti-estatismo en lo político y como un cuerpo de doctrina enemiga de la propiedad privada en lo económico, predominando en unos grupos la tendencia libertaria y en otros la igualitaria, y en ambos, la idea nueva de la justicia social.

Concebida así, la anarquía no puede negarse que sea un sistema económico y político, con los vicios y las coacciones de todos los sistemas, restrictivos de la libertad, por su naturaleza misma de sistemas.

La aspiración anti-estatal no implica liberación del individuo; a lo sumo representará la desaparición, la muerte del Estado tradicional, que, en su principio generador, reaparecerá en el municipio libre de Kropotkin, o en el Consejo federal y en el Consejo local de los gremialistas.

El concepto de "anarquía social" nació como una reacción contra el despotismo gubernamental y el exceso de leyes y de trabas reductoras de la vitalidad de los pueblos y de su desarrollo; fué una idea surgida en la conciencia de algunos pensadores y popularizada luego, como todas las ideas viables. Hoy se plantea colectivamente para su realización, con los caracteres de un sistema de vida social, sin el Estado histórico y sin el capitalismo.

Pero esto no es anarquía. Resolver el problema de la miseria y de la opresión como comunmente se resuelve, es decir, sustituyendo las concepciones actuales por otras concepciones, por otros valores estáticos, en vez de sustituirlas por valores dinámicos, no es propio de la idea anarquista.

El anarquista, en todas sus creaciones, y en todas sus propulsiones, tiene la convicción de que su ascensión es infinita, de que sube por una cumbre sin cima, de que corre por un camino sin meta materializada en su espíritu.

El estancamiento es contrario a la filosofía anárquica; la vida es movimiento, es creación, es dinamismo, concepto que no tuvo en cuenta la anarquía dogmática para agitar y conmover la sociedad futura porque, siendo perfecta, no tenía necesidad de él.

Se cree que en la sociedad del porvenir, que ha de aparecérsenos como un aguinaldo después de la revolución social, no sentiremos inquietud por algo mejor; rechazaremos la rebeldía y la inactualidad como sentimientos bárbaros de la era capitalista y nos entregaremos apaciblemente a gozar de una vida sin esfuerzos, sin pasiones, sin necesidades que nos aguijoneen por falta de satisfacción; una vida beatífica y placentera, parecida a la que describe Don Quijote en el discurso a los cabreros.

Hasta ahora, hase venido difundiendo esto a título de anarquía legítima, aunque los más acérrimos propagandistas de estos dogmas se traicionaran en sus escritos, estampando frases de su disconformidad con la anarquía concebida como sistema.

La anarquía niega todos los sistemas, todas las doctrinas acabadas, todos los dogmas; es una aspiración infinita que no quiere forzar, — según la frase de Mella — ninguna forma en la sociedad, ni ninguna virtud en el individuo, sino favorecer todas las formas y todas las virtudes que signifiquen un avance hacia el futuro y hacia la libertad.

No serían anarquistas los pueblos que llevaran como bandera "La conquista del pan", inspirados por el mismo altruísmo y el mismo desinterés que inspiraba a los fanáticos españoles la Constitución de 1812.

La revolución social no ha de transformar de tal modo a las sociedades y a los hombres que nivele a los cafres, intelectualmente, con los pueblos llamados civilizados, y haga del idiota un hombre normal y del esclavo un hombre libre. Un tiroteo en las calles y una matanza de burgueses no tienen tanto poder.

La supresión del Estado histórico no es lo que sobre todas las cosas nos inquieta a los libertarios; nuestro deber es combatir más la esclavitud en los esclavos que la tiranía en los tiranos. Libre del Estado histórico, la sociedad no es anárquica, ni lo serán los individuos; el Estado es una de las muchas traducciones del espíritu servil.

Nosotros apoyamos las transformaciones evolutivas, pacíficas o violentas, pero nunca estaremos contentos de lo existente, nunca el mundo exterior, la realidad sensible se conformará con nuestro mundo interior eternamente inquieto, eternamente en busca de nuevas posibilidades de realidad y de perfección.

La resolución de las irregularidades económicas y políticas es lo que ha preocupado a los creadores del anarquismo comunista, y es lo que preocupa a los pueblos ansiosos de una sociedad con formas de producción, de cambio y de consumo más equitativas; una sociedad desposeída de esas desigualdades irritantes, de esos privilegios infames, de esos abusos gubernamentales intolerables; pero esto no es una sociedad libre; podrá ser libre de ciertas lacras, de ciertas enfermedades; mas, ¿cómo concebir un municipio, o una región libre, si no es libre cada miembro de la región o del municipio?

El pueblo se apropió de las direcciones cardinales del anarquismo social y del comunismo, porque las interpretó como sistema de vida futura que, ciegos hemos de ser para negarlo, ha de ser notablemente superior al que vivimos.

Apenas repudian las muchedumbres la sistematización de su actividad actual, y ya buscan una sistemación nueva en que apoyarse mañana; sin ella no se atreverían a romper su encadenamiento a la costumbre, a la disciplina y al método establecido, a lanzarse al futuro como los pájaros al espacio, sin tener preconcebida la ruta a seguir.

Las promesas del anarquismo comunista despiertan a los pueblos en sus miserias y en su opresión, no para construir una comunidad de acuerdo con el cartabón kropotkiniano, sino para obrar y crear, en su fecundidad revolucionaria, un sistema de vida mejor y más humano. William James ha dicho que las doctrinas no son soluciones de problemas, sino principios de acción.

Ser enemigos del Estado no es bastante para ser anarquistas; hay que ser enemigos de toda autoridad, de toda quietud, y la sugestión moral, por ejemplo, es una autoridad, y el conformismo es una expresión de adaptación, de quietud espiritual, de sometimiento.

D. Abad de Santillán.

LA DESOCUPACION

El salariado encarna todo un sistema de expoliación, de sometimiento y de dependencia. Su aspecto más trágico es la desocupación, la caravana de trabajadores que buscan un amo a quien ofrecer, como una mercancia, sus músculos y su cerebro.

DESORIENTACION DEL ANARQUISMO

Hay que reaccionar

El anarquismo está pasando por una de sus crisis teóricas más profundas. Y resulta más sensible esta crisis por el contraste brusco que ofrece con la actividad febriciente de practicismo que se observa en todos los campos de todos los partidos, muy especialmente en los que pretenden haber dicho la última palabra de la redención humana...

Vivimos los días en que los hombres se manifiestan más prácticos, más materialistas que nunca. Los anarquistas, por el contrario, parecen ciegos ante esta realidad; siguen con la indiferencia más alarmante, discutiendo despreocupadamente los asuntos más insignificantes, en lugar de los más fundamentales; se detienen a contemplar la parte exterior de las cosas, rehusando a compenetrarse de la cosa misma, de su alma, de su esencia verdadera.

"El anarquismo — se ha dicho cada vez que se hizo este reproche, — no debe confundirse con los partidos políticos ni con el sindicalismo domesticado; él debe ser un centro de radioactividad intelectual y moral, mas nunca un partido de muchedumbres". Esto dicen los "aristócratas" del anarquismo, que si habláramos en términos más exactos, llamaríamos los pedantes y negadores del anarquismo.

Pero la realidad es muy otra y ante ella no se debe cerrar los ojos. Es de felicitarse que el anarquismo sea hoy, como lo fué ayer y ha de ser mañana, el que surge puro y radiante por sobre todas las pobrezas de los partidos que no llevan más propósitos que el de la ambición y el lucro; mas no

extrememos este peligroso concepto hasta hacer del anarquismo una escuela metafísica, sin más objeto que el de comparar su indiscutible bondad teórica con los otros partidos, pero sin hacer enteramente nada práctico tendiente a materializar algunas de las tantas bellas ideas que él contiene, aún cuando no sea con la perfección soñada.

De este mal siempre pecó el anarquismo.

En sus primeros años como hasta antes de la guerra, los trabajadores en general, la masa obrera, lo consideraba como un bello sueño, sin prestar mayor atención a las palabras de sus apóstoles, no porque no les pareciera bueno lo que oían, sino precisamente por creerlo demasiado bueno y bello. Acostumbrados como lo estaban, con una historia de esclavitud, de sufrimientos y hambre, los trabajadores no podían concebir en su ruda mente, ni podían convencer a su sufrido corazón, que tanta belleza fuera posible, que un día la sociedad de hoy se convirtiera por voluntad de los hombres en una sociedad de libres y justos. No podían creer en semejante transformación. De ahí que prestaran más atención a los que les hablaban de cosas más accesibles a su limitada inteligencia. Ante todo, los anarquistas no hemos hecho gran cosa para llegar más a las masas y hacer más profusión de nuestros ideales. Encastillados siempre en la pureza del credo anarquista, hacíamos de nuestro ideal algo intangible e irrealizable. Es así como hemos contribuído a que nos tomaran por ilusos y utópicos y nos dieran el valor de tal denominación. Vino la guerra y con ella la gran Revolución Rusa, contando en escena, como personajes de primera importancia, todos son partidos que tienen monopolizada a la gran mayoría de la clase trabajadora. El anarquismo seguirá siendo la escuela de la filosofía del bien y la verdad, pero sin desempeñar ningún papel ejecutivo.

El pueblo ruso, el más sufrido y azotado de los pueblos, se levanta en abierta guerra contra el funesto zar y vemos surgir a Kerensky como corcho sobre el agua borrascosa. Más tarde, y con ayuda positiva de los anarquistas, este es destronado y los llamados maximalistas toman en sus manos la dirección de la Rusia. En Alemania se hace con el kaiser lo que con el zar, tomando el gobierno el partido de los Ebert y Scheideman. Los anarquistas, aquí y allá son apedreados cuando quieren hacerse oir. Y lo peor que al serlo son muy pocos los que salen en su defensa. Miremos solamente a Italia y veremos que cuando alguien toque una oreja a un diputado socialista, se proclama de inmediato la huelga general, mientras que todo parece muerto cuando se asalta a "Umanitá Nova", se encarcela a Malatesta y centenares de anarquistas.

La verdad que el anarquismo no está arraigado ni siquiera inculcado a las masas trabajadoras, justamente por quererlo mantener lejos del grueso del pueblo. Hoy mismo, que gracias a los acontecimientos europeos y sobre todo a la revolución rusa, deberíamos los anarquistas estar más cerca de las masas productoras, ya que más cerca estamos de la realización de nuestros ideales, hoy estamos más lejos que nunca. La prédica y los programas de los partidos que pretenden ser avanzados, tienen absortos, no solamente a los trabajadores, sino a muchísimos anarquistas. Por eso, en lugar de hacer propaganda anarquista, se hace propaganda a partidos políticos que mañana serán los peores enemigos que tendremos que combatir.

Los anarquistas hemos de profundizar cada vez más en la filosofía del anarquismo, pero no abandonar nunca la clase trabajadora en manos de arrivistas que, por virtudes de la última moda, la tienen embobada.

Hoy es más necesario y urgente que nunca el derramar profusamente nuestro ideal, al propio tiempo que se ha de ir al corazón mismo de las masas, orientarlas y encaminarlas hacia su verdadera y total emancipación.

Emancipada, no solamente del yugo burgués, y estatal, sino que también del yugo de los modernos tiranuelos.

La reacción se impone, so pena de vernos arrollados por la ola del oportunismo de los partidos políticos que hoy se llaman ellos mismos "rojos".

D. Marchese.

—:o:—

El anarquista

Lo mismo que un planeta incandescente
Que desde su sitial, hecho pedazos,
Cayera fragmentado en el planeta
Que nos sirve de nave y de cadalso:

Así, como un doctor en cirujía
Que para el corte es hábil y es artista,
Cayó, para condena del perverso,
El Hombre verdadero: el Anarquista.

Surgió para decir que es una farsa
Todo cuanto se yergue en torno nuestro,
Desde el fraile y el rey que nos someten
Hasta el patrón y el servil maestro.

Surgió para decir que es vil mentira
La maquinaria gubernal que impera,
Y que el hombre nació para ser libre
Y no para ser pasto de la hoguera.

Surgió para indicar al ser humano
La línea más directa de la vida,
Que consiste en ser libre cual las aves
Que vuelan sin hallar meta prohibida.

Y es grande su decir; grande y sublime...
La convicción lo erige en un gigante,
Y doquier que su verbo se pronuncie
Deja en el hombre una tensión vibrante.

En la tribuna el ácrata es un fuego;
Erguido como un Dios imprecativo,
Hilvana su anatema a la canalla
Con tono soberbial e imperativo.

Y le temen por ser resuelto y bravo;
Cuando al fin se agota el argumento
Y el enemigo sigue difamando,
Aprieta el puño contra el vil jumento.

Sin tener pretensión de ser apóstol
Ni jefe cual lo son otros farsantes,
El predica el derrumbe del presente
Por un dulce avenir reconfortante.

El no pide la falsa mansedumbre
Que fué lema y poder de los ladrones,
Pero dice que es útil que preparen
Sus fusiles los que han humillaciones.

El no pide prebendas ni favores
Ni tampoco son logros sus afanes,
Pero pide que el fruto del trabajo
No vaya a ser riqueza de haraganes.

Quieren hacer de este mundo ya minado
Por el virus brutal del egoísmo,
Un mundo todo lleno de concordia
Que se obtiene triunfando el Comunismo.

¡Salud, sabio anarquista! las Ideas
Que concibe tu mente soñadora,
Son recibidas por los parias todos
Como una luz solar benefactora.

Si hubo un redentor de nombre Cristo
Que vivió por las tierras de Judea,
Hoy cada anarquista es otro "santo"
Que batalla y que vive por la Idea.

Y son muchos los Cristos redentores
Que fatigan por dar magnos poderes
A los pueblos opresos y humillados
Por los torpes y viles mercaderes.

¡Ahí pasa un anarquista! ¡Vedlo! enhiesto
Como un coloso desafiando al mundo,
Va confiado y sereno porque sabe
Que nunca daña al productor fecundo.

¡Vedlo! ¡Miradle! su semblante altivo
Que no sabe de engaño ni falsías,
Demuestra al hombre exento de maldades
Y al Hércules cargado de energías.

Lleva en su pecho un corazón que late
Y en la mente un cerebro que fulgura,
Y si lleva esos surcos en la frente
Es porque siente de otro la amargura.

Es todo corazón y sentimiento;
Cuando ve una injusticia se exacerba,
Y lanza su anatema pavoroso
Por medio del escrito o de la verba.

Con la pluma que es su arma predilecta
Fabrica una barrera invulnerable,
Donde van a chocar los insidiosos
Contra esa roca anárquica inmutable.

La lucha que sostiene diariamente
Con tantos microcéfalos farsantes,
Es digna solamente de esos hombres
Que la Historia los viste de gigantes.

Pero no aquella Historia mentirosa
Que encumbra a militares asesinos
Y deja en el olvido a los filósofos
Que sembraron de luz tantos caminos;

Sino aquella que el pueblo justiciero
Dentro su pecho eternamente lleva,
Donde encuentra la voz alentadora
Y la luz que le indica senda nueva.

El anarquista es ambulante antorcha
Que resplandece cuanto más avanza,
Pues lleva en el cerebro dinamita
La que el paria traduce en Esperanza.

Lo derrotan cien veces y otras tantas
Resurge más resuelto y más potente,
Y mientras tenga un hálito de vida
Jamás humillará su altiva frente.

Alimenta pasiones imborrables;
Dentro su pecho lleva un odio santo
Contra todos los pérfidos mandones
Que jamás se conmueven ante el llanto.

Pero ama a todo aquel que en este mundo
No encuentra goce siendo productivo,
Llevando como carga inmerecida
Todo el peso infernal del inactivo.

Y lleva eternamente a flor de labio
La secreta sonrisa del vidente,
Porque la fe le fortalece el alma
Y le induce a mirar siempre de frente.

¡Salve, salve indomable peregrino!
Los parias te dirigen sus miradas
Y esperan que le indiques cuando deben
Levantar en las calles barricadas.

Cuando digas, al fin, con voz de trueno:
"¡Pueblo trabajador: Muerte al tirano!
¡Ya no más sumisiones vergonzosas
Ni permitas que díganle villano!

¡Seguidme con valor! do va este trapo
Que es la enseña sublime de la Idea,
Deberán de seguirlo hasta la muerte
Los que quieren entrar en la pelea!"

Y todos los sufridos y los buenos
Que sueñan transformar la Sociedad,
Te seguirán contentos y entusiastas
Al grito atronador de ¡LIBERTAD!

Fernando Gualtieri.

Inmoralidad del régimen capitalista

(Del libro de reciente aparición, "Los Tiempos Nuevos", de JOSE INGENIEROS)

Todos los moralistas, sin distinción de escuelas, coincidían, pocos años antes de la guerra, en señalar una progresiva corrupción de la moral práctica en las naciones más caracterizadas por su desarrollo capitalista. Una fiebre de lucro y de especulación minaba los sentimientos de solidaridad social. En ciertas clases sociales, divorciadas de todo trabajo útil para la sociedad, los hábitos de holgazanería y parasitismo tornaban cada vez más inescrupulosa la lucha por la vida entre los hombres.

Esas pequeñas minorías de elementos antisociales imponían leyes y costumbres en cada país, constituyendo plutocracias u oligarquías privilegiadas que detentaban el mecanismo institucional del Estado; la política y la finanza se combinaban para legalizar los acaparamientos, proveedurías, proteccionismos, trustificaciones y otros cien resortes de especulación a expensas de las clases productoras. El categórico "¡Enriqueceos¡ honesta o deshonestamente", habíase decidido ya por el segundo término de la disyuntiva; el capitalismo, como sistema, no era la acumulación de capital por el trabajo propio, sino por la explotación del trabajo ajeno.

A medida que el Estado se definía como instrumento político de la plutocracia capitalista, tornábase más numerosa la fauna parasitaria que succionaba en provecho propio las fuerzas vitales de la sociedad. El mal contaminaba a todos y a todo. La administración pública convertíase en refugio de ociosos burócratas, la industria y el comercio eran carcomidos por enguantados especuladores, los partidos políticos degeneraban en pandillas de traficantes deshonestos, las iglesias olvidaban sus credos espirituales y se entregaban al materialista afán de acumular riquezas, el amor se mercantilizaba en turbias cotizaciones matrimoniales, la actividad personal se aplicaba a captar hábilmente los frutos del ajeno esfuerzo. En esa degeneración sombría, la patria, la política, la amistad, la religión, la familia, el trabajo, iban perdiendo todo valor moral, convertidos en sofismas de justificación al servicio de traficantes grandes y pequeños.

Este rebajamiento de la moral práctica no provenía, sin embargo, de una ingénita perversidad de los hombres; era la consecuencia natural, estricta, inevitable, del régimen capitalista. El individuo, si no se resignaba a la perenne servidumbre del salario, tenía que luchar encarnizadamente contra los demás, oponiendo el egoísmo al egoísmo, la hostilidad a la hostilidad, la simulación a la simulación. Cada hombre era un competidor de su semejante: el banquero del banquero, el industrial del industrial, el burócrata del burócrata, el obrero del obrero. El beneficio del vendedor era contrario al del comprador. Los derechos de la mujer herían el interés de los hombres. Los hijos deseaban la muerte de los padres para heredar su fortuna. Los cónyuges desavenidos se atribuían culpas recíprocas para obtener pensiones parasitarias. Los electores explotaban a los candidatos y los elegidos burlaban a los electores. Los gobernantes exprimían a los gobernados y los sacerdotes a los creyentes; los militares hambreaban a los pueblos que se proponían defender. La vida entera del hombre, rico o pobre, activo u ocioso, joven o anciano, estaba ocupada en la tarea de enriquecerse a expensas del prójimo o de evitar que otros lo hicieran en su propio perjuicio.

El bosquejo, aunque somero, basta para comprender que eran profundas causas económicas las que determinaban tristes efectos morales en la humanidad entera. Los hombres adaptaban sus ideas y sus sentimientos a esa atmósfera de rivalidad y de engaño, acostumbrándose a buscar el bien propio en el mal ajeno. Poco a poco, los ideales éticos de justicia y de solidaridad, eran desalojados por delictuosos sentimientos de picardía y de explotación.

Los filósofos y moralistas de las viejas escuelas se esforzaban por atribuir esos males al descrédito en que habían caído los principios dogmáticos de las morales teológicas y racionalistas; y con dialéctica de ciegos, o con espiritualista hipocresía, majadereaban que el remedio a tan graves carcomas debía buscarse en una rehabilitación de los más rancios y apolillados dogmatismos.

Otras corrientes ideológicas, más modernas, afirmaban que la moralidad era una función del medio social. De ello deducían que la regeneración ética de la humanidad reclamaba cambios básicos de las relaciones sociales y económicas, en el sentido de un mayor solidarismo entre los individuos y entre los pueblos.

—

El antagonismo de intereses entre las plutocracias de los Estados más poderosos desencadenó la guerra en el mundo. Para asegurar la preeminencia de sus privilegios respectivos, los imperialismos económicos se disfrazaron de patriotismo y de idealidad; así exaltaron en las masas ingenuas los más bajos instintos de violencia y de destrucción, rellenando con millones de víctimas humanas las lóbregas trincheras donde se moría sin gloria y sin heroísmo. La diplomacia farisaica del engaño recíproco daba sus naturales resultados; los gobiernos de las clases parásitas defendían su bolsa a precio de la vida de las clases trabajadoras.

¿Ideal? ¿Patriotismo? ¿Religión? ¿Honor? Muy pronto fué advirtiéndose que a esas palabras no daban valor alguno las clases plutocráticas, únicamente empeñadas en ensanchar el campo de sus negocios. Alemania e Inglaterra se disputaban los mercados del mundo, prometiendo a sus aliados y satélites alguna participación en las utilidades de la magna aventura. La mente humana renuncia a concebir una degeneración mayor del sentido moral colectivo.

Si alguna duda cupo al principio, fué disipándose a medida que en el curso de la guerra se evidenciaron las inmorales maniobras de los especuladores, proveedores y acaparadores, organizados internacionalmente para explotar el hambre de los mismos pueblos diezmados por la siniestra sangría.

Los políticos de profesi n mentían entre tanto a las víctimas, pretendiendo sugerirles que la pavorosa matanza era un noble sacrificio en aras de elevados ideales; y fué expresiva, entre todas, una caricatura que mostraba a un capitalista alemán y uno inglés, gritándose recíprocamente: "Defenderemos nuestros negocios hasta la muerte del último trabajador".

Al terminar la guerra se puso de manifiesto, en torpe desnudez, la degradación moral de la sociedad capitalista, denunciando la decadencia histórica de su régimen económico.

Politiqueros sin escrúpulos redujeron la paz de los pueblos a la burda negociación comercial tramitada en Versalles, defraudando las esperanzas de los que habían creído en sus mentidos ideales de reordenación social. Se advirtió que el único objetivo de los gobiernos vencedores — lo mismo que el de los vencidos — era apuntalar los privilegios de sus capitalismos respectivos, ahondando, si posible fuera, el abismo de inmoralidad económica implícito en el sistema.

Cuando los pueblos comprendieron, y amenazaron erguirse contra los mangoneadores del fraude, las clases parásitas se aprestaron a la defensa, descolgando de la panoplia tradicionalista todas las armas herrumbradas. Políticos que habían perseguido las iglesias, no han vacilado en fomentar la obediencia religiosa en las clases trabajadoras; explotadores del gobierno, han deshonrado el patriotismo defendiendo a los capitalistas extranjeros contra los trabajadores de su propio país; hablando de orden y de reconstrucción, han sembrado la violencia y el caos; tratando la paz, han envenenado el mundo con odios pavorosos.

Los intereses creados por el régimen capitalista están de pie, abiertas sus fauces insaciables. ¿Qué anhelan al terminar la guerra? Asegurar su parasitismo y mantener a las clases trabajadoras en la servidumbre económica. ¿Qué piden los parásitos vencedores? Beneficios, privilegios, intereses, dinero. ¿Qué defienden los parásitos vencidos? Beneficios, privilegios, intereses, dinero. ¡Cuán grande es la depravación moral de esos políticos que intentan liquidar el sacrificio de los pueblos como una grande, formidable, colosal aventura de mercaderes sin escrúpulos, sin dignidad, sin remordimientos!

—

Ese conjunto de aspiraciones contrarias a la Justicia se refleja en la mente de sus beneficiarios como un todo sistemático y coherente. Es la *vieja conciencia moral* que no vacila ante los medios más reprobables para obtener sus fines delictuosos: perpetuar los privilegios de los parásitos, mantener la explotación del trabajo ajeno, impedir la concordia humana.

Ante esa corrupción moral, que ha sido la consecuencia del régimen capitalista, es forzoso reconocer la ineficacia de todo remedio que no se proponga eliminar las instituciones que lo apuntalan. El mal ha adquirido proporciones demasiado grandes; las pequeñas reformas y concesiones de las clases parásitas no bastan ya para seguir engañando a las clases trabajadoras.

Los cimientos morales de la paz social deben ser la justicia y la solidaridad. Sólo habrá justicia cuando sea imposible la explotación del hombre por el hombre, cuando el derecho a la vida tenga por condición ineludible el deber del trabajo; sólo habrá solidaridad cuando desaparezcan las clases parásitas, cuando todos los seres humanos se sientan hermanados en la dignidad del trabajo.

La enunciación de esas ideas excluye en absoluto la posibilidad de alcanzar una paz social estable mientras no se eliminen los intereses creados por el régimen capitalista y las instituciones que le son conexas. Nuevas relaciones jurídicas, políticas y económicas son indispensables para excluir de la sociedad el privilegio y el parasitismo. En la presente renovación del mundo las clases trabajadoras son la más robusta esperanza para la regeneración moral de la humanidad, de acuerdo con ciertos principios que han tenido en la revolución rusa su primer ensayo de experimentación.

—:o:—

1º de MAYO

Los hombres libres sienten ya próximo que todo lo viejo, lo que no se sostiene uniformable lo carcome la verdad; la verdad está en el alma del pueblo, donde brotan pon sus labios palabras sonoras henchidas de sanas razones.

El pueblo que sufre ve una esperanza no lejana, redimiendo los sufrimientos suyos, el deseo de sanear este malestar perenne, como augurio de un algo que revive en nosotros, para aliviar esta azarosa vida.

Y triunfando en pos de nuestras miras altivas, desecharemos el temor y la cobardía de muchos, para que la obra iniciada en su prólogo de Chicago tenga su epílogo en la emancipación proletaria.

Revivirá como un alerta a nuestros deseos, la inolvidable fecha que enrojeció de iras las conciencias de los rebeldes, y servirá de acicate para continuar con mayor tenacidad, enalteciendo su obra a los que dieron sus vidas, para no perpetuar la tiranía, reivindicando la jornada a lo mínimo de trabajo para no agotar el esfuerzo físico.

Los días se van sucediendo; las fechas se alejan con un recuerdo que se graba en el ánimo de los proletarios para renovar formas y costumbres; hacer surgir en el inmenso trajín diario un dilema de futuras conquistas que redima la humana especie.

El eslabón se ha forjado con sudores de carnes proletarias. La cadena se halla sujeta al yunque que el martillo de la razón elaboró con la verdad en la frente del productor, y las energías agotadas por sus titánicas luchas.

1.º de Mayo: Señalemos ese día como protesta, aunando nuestras fuerzas y dando rigurosidad a nuestros nervios, a nuestros ideales, para conexar aquellas sublimes palabras: ¡Salud, oh, pueblo, de tiempos mejores!

Nicolás Greco.

—:o:—

NUESTRO DIA

Y correrá de nuevo, a raudales, nuestra sangre, pues así lo exige el moderno Moloch insaciable: el Estado burgués.

El plomo mercenario se incrustará en los pechos obreros, henchidos de odios y esperanzas, y ciudades y campiñas se teñirán de púrpura...

Y correrá de nuevo, a raudales, la sangre proletaria, nuestra sangre, nuestra sangre roja, y, junto con ella las lágrimas de nuestras madres, hermanas y novias... Mas no importa; por sobre las charcas de sangre, por sobre el montón de cadáveres, pasarán las huestes proletarias, palpitante el corazón de juvenil entusiasmo y entonando la roja marsellesa libertaria, en su marcha ascendente hacia la cumbre... Y llegarán a ella, mal que les pese a todos los tiranos, a todos los déspotas... Y serán iguales, y serán libres y la felicidad reinará soberana entre los humanos.

1.º de Mayo... ¿Quién dijo fiesta del trabajo? ¡Ah Judas!, ¡ah mistificadores!

¡No; no es fiesta! ¡Es día de duelo, día de gloria, día de augustas rebeliones!

Se paraliza el músculo productor; se paralizan todas las actividades, todas las energías. Es la parálisis voluntaria; es la protesta viril y airada de millones de proletarios lanzada a la faz de los tiranos; es la protesta viril y airada contra los crímenes nefandos perpetrados por los sicarios a sueldo de la burguesía y el Estado.

—¡No; no es fiesta! ¡Es día de duelo, día de gloria, día de augustas rebeliones!

¿Quién dijo fiesta del trabajo? ¡Ah traidores!

1.º de Mayo... Los mártires y los héroes, los héroes y los mártires anónimos... Helos ahí: Chicago, París, Barcelona, Buenos Aires, anegados en sangre!

1.º de Mayo... Que corra la sangre, que corra a raudales nuestra sangre, nuestra sangre roja!... Que sacien las hienas humanas su sed de sangre!... No importa!... Que corran las lágrimas de nuestras madres, hermanas y novias!... Que corran!... No importa!... ¡No importa! ¡Algún día!...

1.º de Mayo... Hay vibraciones de almas; hay crispaciones de nervios; hay explociones de odios!

1.º de Mayo... Es día de duelo, día de gloria, día de augustas rebeliones!

Juan Raggio.

Lo que hoy se entiende por orden, según los partidarios de lo existente, es la monstruosidad de que hayan de trabajar nueve décimas partes de la humanidad para procurar lujo, felicidades y satisfacción de todas sus pasiones, hasta las más execrables a un puñado de holgazanes.

***

Lo que las gentes sensatas llaman desorden, es la protesta del pueblo contra el innoble orden presente, la protesta para romper las cadenas, destruir los obstáculos y marchar hacia un porvenir mejor. El desorden es el timbre más glorioso que la humanidad tiene en su historia.

***

En otros tiempos, si había guerras se sabían al menos por qué se mataba.

Pedro Kropotkine